



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS DE POSGRADO

PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN CIENCIAS MÉDICAS,
ODONTOLÓGICAS Y DE LA SALUD

VIOLENCIA EN TELEVISIÓN Y SU RELACIÓN CON LA CONDUCTA ANTISOCIAL EN ADOLESCENTES ESTUDIANTES DE NIVEL MEDIO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

TESIS

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE MAESTRO EN CIENCIAS

P R E S E N T A

JOSÉ ALBERTO JIMÉNEZ TAPIA

DIRECTORA DE TESIS: DRA. SARAH GARCÍA SILBERMAN
CODIRECTORA DE TESIS: DRA. CATALINA GONZÁLEZ FORTEZA
SINODAL: DRA. MARÍA EMILY REIKO ITO SUGIYAMA
SINODAL: DRA. DAFNA FEINHOLZ KLIP
SINODAL: DRA. FRYDA DÍAZ-BARRIGA ARCEO



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	1
MARCO DE REFERENCIA	
1. CONDUCTA ANTISOCIAL	
1.1 Acercamiento a una definición	7
1.2 La conducta antisocial en adolescentes	13
1.3 Factores relacionados	20
1.4 Algunos modelos teóricos que la explican	26
2. TELEVISIÓN	
2.1 La televisión	36
2.2 Su presencia y la violencia que se transmite	42
2.3 Violencia en televisión y conducta antisocial	45
3. AUTOESTIMA	
3.1 Concepto de autoestima	51
3.2 Autoestima y conducta antisocial	57
4. MÉTODO	
4.1 PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	62
4.2 PREGUNTAS DE INVESTIGACIÓN	64
4.3 OBJETIVOS	64
4.4 HIPÓTESIS	65
4.5 TIPO DE ESTUDIO	66
4.6 MUESTRA	66
4.7 MUESTREO	66
4.8 DEFINICIÓN CONCEPTUAL DE VARIABLES	66
4.9 DEFINICIÓN OPERACIONAL DE VARIABLES	68
4.10 INSTRUMENTO	71
4.11 PROCEDIMIENTO	73
4.12 MODELO CONCEPTUAL DE RELACIÓN DE VARIABLES	74
4.13 CONSIDERACIONES ÉTICAS	76
5. RESULTADOS	79
6. CONCLUSIONES Y DISCUSIÓN	116
7. LIMITACIONES	132
7. REFERENCIAS	135
8. APÉNDICES	
APÉNDICE 1. MODELOS DE DESARROLLO SOCIAL	153
APÉNDICE 2. RESUMEN DE ALGUNOS DE LOS ESTUDIOS REALIZADOS	154
APÉNDICE 3. DATOS DE LA CLASIFICACIÓN DE PROGRAMAS Y LA VIOLENCIA QUE PRESENTAN	158
9. ANEXOS	
Instrumento	159

INTRODUCCIÓN

El planteamiento de este proyecto surgió, originalmente, de una revisión de la literatura que se emprendió con el objetivo de elaborar un libro sobre la violencia en los medios de comunicación; a través de ésta fue posible destacar el impacto que ha adquirido la discusión sobre una posible relación entre la violencia que se transmite por televisión y algunos elementos sociales y de salud mental, los cuales han generado preocupación entre diversos sectores de la sociedad.

Los medios de comunicación masiva se han convertido en uno de los componentes primordiales de la cultura contemporánea; han acompañado desde hace varias décadas el desarrollo de procesos históricos y han estado presentes en casi todos los ámbitos de la vida del hombre moderno. Actualmente hay quienes consideran que se puede pensar en los medios como una institución con una influencia importante sobre la educación de un número considerable de individuos; lo que, en todo caso, representaría cierto desplazamiento de otras estructuras sociales fundamentales como la familia, la escuela y la iglesia en su función de transmisoras de regulaciones morales y conductuales. Este hecho significaría que dichas normas se transformen y que se adecuen en alguna medida a los patrones y estereotipos que aquéllos distribuyen.

El argumento anterior pareciera intrépido. En él es posible reconocer cierta necesidad de adjudicarle a los medios un sitio fundamental dentro de la conformación conductual de los individuos; aunque ciertamente ocupan un lugar importante dentro del complejo tejido sociocultural de las comunidades contemporáneas, resultaría un tanto ingenuo atribuirles esa función tan trascendental que más bien tendría que recaer en otras instancias de educación, política, salud, legislación, investigación y cultura. La otra postura está más bien influida por la tendencia estadounidense de encontrar causas únicas y suficientes para explicar problemáticas que seguramente tienen raíces más complejas.

Aunque sea un hecho aparente que el contenido de la información que transmiten los principales medios de comunicación se ha ido modificando en los últimos años, tanto en su cantidad como en su calidad, pareciera con el paso del tiempo ha aumentado la difusión de material que muestra imágenes explícitas de violencia, esto, por sí solo no es suficiente para proporcionar una explicación completa del fenómeno en el mundo real.

Por otro lado, el público, al parecer, siente una peculiar atracción hacia los eventos de índole violenta (Smith, Nathanson, Wilson, 2002); de tal suerte que el espectáculo de la violencia, el sufrimiento y la muerte han gozado de

la preferencia de las audiencias. Quienes se dedican a elaborar los contenidos de las transmisiones televisivas han sabido aprovechar esta situación para diseñar programas en los que se incluyen contenidos agresivos que resultan atractivos para el teleauditorio, creando así un círculo de consumo que parece funcionar de manera óptima.

Si a lo anterior agregamos que la violencia que existe en el mundo real es bastante y que los niños, los adolescentes y los jóvenes tienden a verse involucrados en situaciones violentas –pensemos en los niños y adolescentes que deciden disparar contra sus compañeros y maestros, en los jóvenes asesinos de las mafias colombianas, en los jóvenes delincuentes de la ciudad de México (hace poco tiempo se discutía en el Congreso sobre la necesidad de reducir la edad penal) o en los adolescentes que resultan violentos contra sus padres-, entonces el asunto de la violencia en general y el de la que se transmite en los medios se torna en un tema un poco más complejo que merece la pena estudiarse.

La cuestión sobre si la violencia en los medios genera violencia en la realidad podría considerarse como una discusión que buscaría sustentar acciones de censura y coerción. Sin embargo, ese camino resultaría como uno de los menos plausibles porque atentaría contra los derechos y

libertades civiles; en este caso podría resultar más sólida en el largo plazo una estrategia orientada hacia la educación para la recepción crítica y orientada de los contenidos que se transmiten por televisión (Sanabria, Castro, 1999).

Esta investigación se desprende de un proyecto titulado "**Televisión, violencia y salud mental**", el cual se desarrolló en la Dirección de Investigaciones Epidemiológicas y Psicosociales del Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz, con financiamiento del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT-34121-S).

El principal propósito de este trabajo de tesis es ampliar, actualizar y sustentar el conocimiento acerca de la probable relación entre el contenido violento de la programación televisiva y algunas áreas de la salud mental, en particular la autoestima y la conducta antisocial en adolescentes estudiantes de la Ciudad de México. Su desarrollo, asimismo, busca contribuir a generar más evidencia que pudiera ayudar a esclarecer la controversia en torno a la vinculación de lo que se transmite en la televisión y su impacto sobre la conducta de los espectadores, en particular de los adolescentes a quienes podría considerarse más susceptibles dada la etapa de vida por la que atraviesan (De la Fuente, 1997).

El trabajo está organizado en tres secciones generales. En la primera, a la que llamo marco de referencia, se presenta una revisión teórica y de la evidencia de investigación sobre algunos de los elementos que caracterizan a la conducta antisocial; desde su conceptualización, la forma en que se presenta en los adolescentes y los diferentes factores que la explican, hasta la revisión de algunos modelos teóricos que han intentado explicar sus causas y el planteamiento del modelo de desarrollo social como la opción explicativa más completa.

También se desarrolla un panorama sucinto sobre la televisión y su establecimiento como un componente primordial en la cultura actual. Se revisa lo amplio de su presencia y el peso que ha adquirido la transmisión de contenidos violentos en su esquema de ganancia de audiencias. Finalmente se presenta un recuento de algunas de las investigaciones en las que se ha abordado la relación entre lo que se transmite en ella y la conducta de los telespectadores.

Al final de la primera sección se describe el concepto de autoestima como un constructo psicológico importante en la sustentación de la personalidad

adolescente y su papel en la aparición y la ejecución de conductas antisociales.

En la segunda sección de la tesis se presenta la descripción del trabajo de investigación en términos metodológicos, así como el procedimiento de recolección y procesamiento de los datos.

Finalmente, en la tercera sección se describen los resultados de los análisis con las variables que se incluyeron en la investigación y se discuten a la luz de algunos de los planteamientos del modelo de desarrollo social y de la evidencia reportada en la literatura sobre el tema.

1. CONDUCTA ANTISOCIAL

1.1 ACERCAMIENTO A UNA DEFINICIÓN DE CONDUCTA ANTISOCIAL

Durante las últimas décadas ha aumentado el interés por identificar los antecedentes y las causas de la conducta antisocial; razón que está relacionada con los costos que generan los daños a la propiedad, la salud y la trasgresión de las normas imperantes. Además de que diferentes estudios muestran que se presenta desde edades tempranas y que posee cierto grado de resistencia al cambio o a la modificación en los adolescentes (Shaw, Winslow, 2002).

Dentro de este escenario, una tarea inicial sería delinear un concepto del fenómeno del que se habla. Sin embargo, plantear una definición única de lo que es la conducta o el comportamiento antisocial y que valga para cualquier contexto, es una labor sumamente complicada. Dado que las sociedades son distintas en cuanto a sus normas y hábitos, debido a que los países difieren en sus leyes e, incluso, al interior de las naciones éstas cambian a través del tiempo, el término se torna escurridizo porque se fundamenta en valores y parece inevitable cierta ambigüedad (Rutter, 2002). Sin embargo, aún así es posible aproximarse a una definición que resulte válida dentro de nuestro ámbito social.

Parece existir consenso sobre el hecho de que la conducta antisocial posee grados de versatilidad en cuanto a sus variaciones, así como cierta heterogeneidad con respecto a su severidad y a sus patrones (Rutter, Giller, Hagell, 1998); ello cual resulta obvio si se consideran las diferentes implicaciones de actos como tomar artículos de locales comerciales sin pagarlos o amenazar con un arma a otro para despojarlo de sus pertenencias. Sin embargo, la aceptación de este hecho también abre la posibilidad para preguntarse si este fenómeno no es sólo el reflejo de la manifestación de la misma tendencia antisocial, es decir, que el sustrato es el mismo y que la variación radica únicamente en una evaluación momentánea de las necesidades, del estado de ánimo, de la oportunidad y de las posibles consecuencias del acto.

En otro sentido, se puede hacer una distinción en cuanto al momento en que ocurre la conducta antisocial: antes de la pubertad y durante la adolescencia. En el primer caso, ésta parece iniciar en edades tan tempranas como los tres años y es poco frecuente, mientras que la variedad adolescente se caracteriza por episodios que pueden llegar a ser graves (Olds, Henderson, Cole, Eckenrode, Kitzman, Luckey, Pettitt, Sidora, Morris, Powers, 1998) y es tan frecuente que incluso se le ha llegado a

considerar como parte de un "síndrome" de adolescencia normal, que es parte usual de esta etapa (Aberastury, 1984; López, 1993).

Este tipo de separaciones resultan valiosas dada la importancia de entender las causas de la conducta antisocial a partir de su proceso evolutivo (inicio, persistencia, escalamiento y cese) (Farrington, 1996). Por ello es que, con base en la evidencia reportada sobre su ocurrencia, se ha propuesto un patrón de las modalidades del comportamiento antisocial (Moffitt, 1993):

- 1) El que se observa sólo durante la adolescencia, el cual rara vez persiste hasta la edad adulta.
- 2) El de carácter crónico, que suele iniciar en la niñez y que continúa hasta la edad adulta; éste puede dar lugar a la comisión de actos graves.

A la conducta antisocial se le ha intentado definir desde diversos enfoques y con perspectivas diferentes; algunas resaltan los elementos estructurales (en cuanto a las formas y sus manifestaciones), otras se centran en sus posibles causas y motivaciones, mientras que algunas más la consideran como parte de un síndrome general de conducta problemática (Pettit, 1997). En términos generales, se podría decir que el concepto conducta o

comportamiento antisocial alude a un espectro de actos problemáticos, casi siempre agresivos, que se caracterizan por transgredir o violar las normas y los valores sociales establecidos (Stoff, Breiling, Maser, 1997) mediante el vandalismo, la infracción de las reglas y el desafío a la autoridad (Christle, Nelson, Jolivette, 2005).

La aproximación clínica psiquiátrica aportó un esquema diagnóstico que, inicialmente, permitió delimitar el comportamiento antisocial a partir de un conjunto de criterios básicos. De este modo, el actual trastorno antisocial de la personalidad ocupa lo que antes se conocía como psicopatía, sociopatía y personalidad disocial (Lykken, 1995). De tal suerte que un individuo recibe dicho diagnóstico cuando cumple cuatro criterios generales: a) manifiesta un patrón general de desprecio y violación de los derechos de los demás y éste se presenta desde los 15 años de edad, b) la persona tiene, al menos, 18 años de edad, c) tiene una historia de trastornos de la conducta antes de los 15 años y d) la existencia de la conducta antisocial no está limitada a un episodio maniaco o psicótico. Este patrón conductual tiene un curso crónico que puede disminuir a medida que el sujeto crece. Se presenta asociado con un nivel socioeconómico bajo y dentro de contextos urbanos; se destaca la importancia de considerar el entorno ambiental del sujeto, ya que en ocasiones este tipo de comportamientos es

más una estrategia de supervivencia que un trastorno en sí (APA-DSM-IV, 1997).

Aunque la delimitación clínica ha resultado importante para crear una caracterización específica y útil, es poco apropiada para revisar el fenómeno en forma global; dado que se avoca principalmente al diagnóstico y al manejo individual, deja a un lado la incorporación de otros elementos que pudieran matizar la presencia del fenómeno.

Por otra parte y desde una perspectiva diferente, se ve a la conducta antisocial no necesariamente como un complejo patológico o problemático, sino, en cierta medida, como un componente común de la etapa adolescente (Aberastury, 1984; López, 1993), aunque no por ello menos serio e indicador de un probable comportamiento delictivo en el futuro.

Se han reportado estimaciones de que cerca del 80% de los adolescentes eventualmente realiza alguna actividad que amerita sanciones penales y/o civiles, pero dichos episodios son ocasionales y, por lo general, no se mantienen como un patrón conductual; lo cual reforzaría la idea de "normalidad" de estas actitudes en los jóvenes (Kazdin, 1995; Greydanus, Pratt, Patel, Sloane, 1997).

Como ya se mencionó, la conducta antisocial implica la ejecución de ciertos actos, los cuales atentan contra las normas y valores establecidos y son objeto de reprobación por parte de la comunidad. Dentro del espectro de comportamientos que se incluyen se encuentran actividades que originan problemas y que son causa de preocupación para los miembros de un grupo social, además de que se consideran como indeseables en las normas convencionales del mismo. Su ocurrencia fomenta respuestas de control, ya sea dentro del orden interpersonal o colectivo, las cuales pueden ir de leves (amonestación/reprobación) a severas (encarcelamiento/reclusión) (Schur, 1971; Jessor, Donovan, Costa, 1991).

Aunque se ha destacado el carácter transitorio de la conducta antisocial y se ha visto que su frecuencia es elevada durante la adolescencia, también se ha hecho evidente que su cronicidad suele llevar a los individuos a tener más contactos con los servicios de salud física y mental, más problemas con el sistema judicial debido a conductas criminales más graves y mayores dificultades en el ajuste social en general (Farrington, 1996; Greydanus, Pratt, Patel, Sloane, 1997). La conducta antisocial suele tener efectos adversos significativos en el desarrollo y en el funcionamiento psicosocial, así como en la salud de los adolescentes (Kazdin, 1995; Greydanus, Pratt, Patel y Sloane, 1997).

De este modo, podemos pensar en una concepción de la conducta antisocial en la que ésta se constituye como un conglomerado de comportamientos que abarca las acciones de oposición y trasgresión de las normas y leyes que se han establecido dentro de la comunidad (y que la mayoría ha aceptado), de los valores y las regulaciones imperantes dentro del grupo social en que vive el sujeto, así como de los patrones de relaciones interpersonales acostumbrados.

En este sentido, dichos comportamientos estarían caracterizados por la agresión y la hostilidad, además del involucramiento en riñas, el atentado contra la propiedad de otros, el robo, la mentira, el escape del hogar, el acoso contra terceros y el uso de violencia, entre otros (Kazdin, 1995; Walker, Colvin, Ramsey, 1995). Todo lo cual indicaría que, sin importar su característica temporal, dichas conductas tendrían una repercusión negativa sobre el desarrollo y el funcionamiento psicosocial adecuado de los sujetos que se ven involucrados.

1.2 LA CONDUCTA ANTISOCIAL EN ADOLESCENTES

Como ya se mencionó, uno de los aspectos que ha acentuado el interés y la preocupación por investigar los diferentes aspectos relacionados con las conductas de tipo antisocial, radica en los índices elevados que tiene en

diferentes partes del mundo. Algunas revisiones han señalado que las cifras en este sentido apuntan hacia un aumento constante durante la segunda mitad del siglo veinte, con pocas excepciones en algunos países, fenómeno cuya explicación resulta elusiva y compleja (Smith, 1995; Farrington, 1996a).

Los datos muestran que en diferentes naciones se presentaron aumentos considerables en los niveles de conducta antisocial o criminal¹; durante el periodo de 1950 a 1990 los incrementos más notorios se presentaron en España (29%), Canadá (27%), Suecia (14%) y Noruega (13%), mientras que países como Australia, Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Holanda y los Estados Unidos, tuvieron aumentos menores (entre 1 y 6%) (Rutter, Giller, Hagell, 1998). Aunque las cifras no están diferenciadas por grupos de edad y no es fácil identificar la contribución específica de los jóvenes, es posible inferir que ésta es importante dado que cerca de un cuarto de estos actos es perpetrado por ellos (Farrington, 1996a; Loeber, Stouthamer-Loeber, 1998; Department of Health and Human Services, 2001).

Cuando se considera al problema como un padecimiento mental diagnosticado, su prevalencia en muestras de población general, llega a ser

¹ Es importante mencionar que el manejo de los términos criminal o antisocial parece indistinto en diferentes fuentes, aunque otras hacen la distinción de lo criminal con base en los códigos legales, por lo que los datos de cada país estarían fundamentados a partir de dichas definiciones.

de 3% en hombres y de 1% en mujeres (APA-DSM-IV, 1997) en Norteamérica. Por otro lado, se han reportado datos que mostraban un aumento de entre 5 y 18% en los índices de actividades como el robo, las riñas, el fraude, el vandalismo y las amenazas en el periodo comprendido de 1936 a 1976 en EU (Hennigan, Del Rosario, Heath, Cook, Wharton, Calder, 1982). Asimismo, se registraron aumentos de hasta 61% en el número de arrestos por delitos violentos entre 1984 y 1994, en donde se estima que la tercera parte de los arrestos involucran a menores de 21 años y el 28% de los crímenes son cometidos por menores de 18 años (Zingler, 1994; Loeber, Stouthamer-Loeber, 1998).

Contrario a la situación anterior y según los datos de los años más recientes, en Estados Unidos, el problema de la incidencia de conductas antisociales está teniendo una tendencia decreciente. Entre 1992 y 2000, sólo 19% de hechos violentos (ataque sexual, robo, asalto y crímenes serios) reportados por las víctimas fue perpetrado por sujetos entre los 12 y 14 años de edad, 32% lo fue por individuos entre los 15 y 17 años y 40% por personas entre 18 y 20 años (Hart, 2003). Entre 2000 y 2001, la tasa de crímenes violentos se redujo 10%, la de asaltos 33% y la de daño a la propiedad 6% (Rennison, 2002). Durante 2001, las tasas de crímenes violentos y robo cometidos por adolescentes fueron de 55.1/1000 en el

grupo de 12 a 15 años de edad y de 55.8/1000 en el de 16 a 19 (Rennison, 2002). Las tasas registradas disminuyeron para el 2003; de tal modo, en el grupo de 12 a 15 años fue de 51.6/1000 y en el de 16 a 19 de 53/1000 (Catalano, 2004).

En México, hubo un incremento de 10, 871 casos en el número de presuntos delincuentes entre 1996 (181, 743) y el 2001 (192, 614). Del total de este último año, 19, 047 (9.9%) los cometieron personas entre los 16 y los 19 años de edad, de los cuales 16, 412 (86.16%) recibieron sentencia (INEGI, 2002). Para 2003, el número total aumentó a 207, 247² (lo que significó un incremento de 14, 633 casos con respecto a 2001), de éstos, 18, 503 (8.9%) los cometieron sujetos que se encontraban en el mismo grupo de edad, de los que 16, 249 (88%) fueron sentenciados (INEGI, 2004). Como se puede apreciar, de acuerdo con los datos oficiales, aunque el número de casos ha mantenido una tendencia al crecimiento, aquéllos en los que están involucrados los adolescentes han permanecido más o menos estables en el país.

² Cabe señalar que los delitos están divididos por fuero (común y federal) y que se registran robos, lesiones, daño en propiedad ajena, homicidios, fraudes, despojos, violaciones, allanamientos de morada, portación de armas prohibidas y narcotráfico, entre otros. Por otro lado, si se revisan los datos por entidad federativa, la frecuencia más elevada se observa, en todo los años, en la Ciudad de México.

Por otra parte, los datos reportados por el Consejo de Menores reflejan una tendencia un tanto diferente dentro del Distrito Federal, ya que el número de menores que han seguido algún proceso legal pasó de 2, 623 en 1999 a 3, 506 en 2003 (Consejo de Menores, 2000; SSP, 2003). En este caso, como en los ya mencionados, la frecuencia más alta se presenta en el grupo de hombres.

Por lo que respecta a los datos de comportamientos antisociales obtenidos mediante encuestas aplicadas directamente a adolescentes estudiantes dentro del contexto nacional urbano, los datos son un tanto diferentes de los oficiales en este segmento de la población. En este sentido, se han reportado cifras de hasta 25% de estudiantes de nivel medio y medio superior, a nivel nacional, que dicen haber cometido al menos un acto antisocial y de 12% de quienes afirman haber realizado más de tres actos en los últimos doce meses (Castro, García, Rojas, De la Serna, 1988).

En el Distrito Federal se han encontrado datos de 26.8% de conductas relacionadas con el robo y de 17.6% de conductas antisociales de consecuencias severas (Juárez, Medina-Mora, Berenzon, Villatoro, Carreño, López, Galván, Rojas, 1998). Asimismo, se ha visto que este tipo de actos tiene una frecuencia mayor en los hombres y en individuos de entre 16 y 22

años de edad, quienes suelen trabajar y estudiar al mismo tiempo (Juárez, 1999). Además, se ha podido ver que los actos de mayor frecuencia entre adolescentes (15-18 años), son el robo (47%), los delitos contra la salud (10.2%), las lesiones a terceros (9.9%) y los daños en propiedad ajena (8.2%) (SISVEA, 2006).

Las encuestas sobre uso de drogas en la comunidad escolar han permitido tener un panorama de la conducta antisocial de los estudiantes de nivel medio y medio superior en el Distrito Federal. Así, se ha podido observar que durante 1997, 2000 y 2003 las conductas con mayor presencia a nivel secundaria han sido:

	% Total		
	1997	2000	2003
Secundaria 1997			
Tomar dinero o cosas con valor de \$50 pesos o menos que no te pertenecen	11.4		19.7
Golpear o dañar algo (objeto o propiedad que no te pertenece)	15.8	15.8	21.7
Tomar parte en riñas o peleas	21.8	22.2	29.9
Tomar mercancía de una tienda sin pagarla (sin causar daños)		14.8	19.6

* Villatoro, Hernández, Hernández, Fleiz, Blanco, Medina-Mora, 2004

En el caso del bachillerato y del bachillerato técnico, los datos muestran lo siguiente:

	% Total		
	1997	2000	2003
Bachillerato 1997*			
Tomar un auto sin permiso del dueño	10.4	12.3	
Tomar dinero o cosas con valor de \$50 pesos o menos que no te pertenecen	15.9	20.3	24.5
Golpear o dañar algo (objeto o propiedad que no te pertenece)	16.6	17.8	26.2
Tomar parte en riñas o peleas	22.7	26.0	35.4
Tomar mercancía de una tienda sin pagarla (sin causar daños)		16.6	22.3

* Villatoro, Hernández, Hernández, Fleiz, Blanco, Medina-Mora, 2004

	% Total		
	1997	2000	2003
Bachillerato técnico 1997*			
Tomar dinero o cosas con valor de \$50 pesos o menos que no te pertenecen	12.7	17.4	17.6
Tomar mercancía de una tienda sin pagarla (sin causar daños)	21.2	19.8	20.4
Golpear o dañar algo (objeto o propiedad que no te pertenece)	13.1	17.6	13.8
Tomar parte en riñas o peleas	26.3	26.9	36.2

* Villatoro, Hernández, Hernández, Fleiz, Blanco, Medina-Mora, 2004

Como se puede observar en los diferentes niveles educativos, los casos de las frecuencias más elevadas muestran tendencias que, en general, se han incrementado en los años recientes. De este modo, entre 1997 y 2000 se registró un incremento de 1.9% en el número de adolescentes estudiantes que realizaron alguna actividad antisocial, esta frecuencia creció a 6.7% de 2000 a 2003 (Juárez, Villatoro, Gutiérrez, Fleiz, Medina-Mora, 2005). Asimismo, hubo un aumento en la presencia de actos antisociales graves (vender drogas, usar armas para obtener algo de otra persona, golpear a algún representante de la autoridad, forzar cerraduras para entrar a lugares diferentes de la propia residencia) pasó de 4.7% en 1997 a 6.8% en 2003 (Villatoro, Hernández, Hernández, Fleiz, Blanco, Medina-Mora, 2004). Esta situación invita a analizar cuáles pueden ser las circunstancias y los elementos que se relacionan con este problema y que podrían estar influyendo sobre su aumento.

1.3 FACTORES RELACIONADOS CON LA CONDUCTA ANTISOCIAL

Numerosos trabajos de investigación en el campo de la conducta o el comportamiento antisocial han podido identificar diferentes áreas o dominios dentro de los cuales se agrupa una gama de factores, o combinaciones de éstos, que están relacionados con el fenómeno antisocial (Hawkins, 1995; Pakiz, Reinherz, Giaconia, 1997; Olds, Charles, Henderson, Cole, Eckenrode, Kitzman, Luckey, Pettitt, Sidora, Morris, Powers, 1998; Hawkins, Todd, Herrenkohl, Farrington, Brewer, Catalano, Harachi, Cothorn, 2000; Ayala, Pedroza, Morales, Chaparro, 2002; Juárez, Villatoro, Fleiz, Medina-Mora, Carreño, Amador, Bermúdez, 2002; Frías-Armenta, López-Escobar, Díaz-Mendez, 2003). Como ya se ha mencionado, estos elementos pueden comenzar a tener una presencia importante desde la primera infancia y permanecer a lo largo del periodo de la adolescencia. Aparentemente funcionan del mismo modo entre diferentes razas, culturas y clases socioeconómicas, además de que sus efectos suelen ser acumulativos y su interacción incrementa el riesgo de manera exponencial (Hawkins, 1995; Department of Health and Human Services, 2001).

Las clasificaciones de los factores contemplan diferentes aspectos, pero en general, éstas suelen agruparlos en cuatro grandes áreas: individuales, familiares, escolares y comunitarios/sociales.

La mayoría de los factores que se han identificado parecen no tener una fuerte base biológica, más bien se piensa que son el resultado del aprendizaje social o bien la combinación de éste con algunos procesos biológicos (Satcher, 2001); es decir, es más factible que un adolescente que tiene padres violentos desarrolle algún tipo de comportamiento en este sentido por la convivencia y el aprendizaje de los modos de relación y de respuesta, que del simple hecho de heredarlo de ellos.

Dentro de los factores individuales se ha mencionado que el involucramiento en ofensas al orden público –no necesariamente actos violentos— se convierte en un riesgo para presentar conducta antisocial más seria entre los 15 y 18 años de edad. Así como algunas características de personalidad (ansiedad, dificultad para concentrarse, tendencia a correr riesgos, baja autoestima) que pueden estar relacionadas con el fenómeno y que suelen tener fluctuaciones considerables durante la adolescencia.

Las actitudes y creencias antisociales, como la hostilidad hacia la policía y la propensión a desarrollar una relación positiva con la violencia, son predictores importantes. También está el uso de sustancias, aunque existe poca evidencia farmacológica que lo relacione con la conducta violenta o

antisocial (Huizinga, Loeber, Thornberry, 1995), cuyo riesgo está implícito en las características del contexto en que éste se da.

Cuando se consideran los factores familiares, se habla de la importancia de los padres en las etapas iniciales del desarrollo y de cómo después éstas son un tanto opacadas por las relaciones con los pares, por lo que se reduce su impacto, aún cuando existan padres antisociales o un bajo nivel socioeconómico –que se ha identificado como un elemento relevante. En este punto parecen tener más peso la supervisión pobre de las actividades de los jóvenes por parte de sus familias, así como una convivencia escasa y una disciplina inadecuada de los padres hacia los hijos (Hawkins, Catalano, Millar, 1992), además de los conflictos familiares.

Por lo que toca a los factores comunitarios o sociales, se menciona que la desorganización de un grupo o la presencia de criminalidad y drogas en el contexto del barrio/vecindario, implica el riesgo de conducta antisocial a nivel individual (Casco, Natera, 1986). Dado que las comunidades desorganizadas se caracterizan por el flujo social, la movilidad de residentes y un mayor número de familias uniparentales, ello reduce la probabilidad de que los adultos se involucren en la supervisión de las

actividades de los adolescentes, lo que redundaría en un riesgo más elevado (Sampson, Raudenbush, Earls, 1997).

En este sentido, se ha visto que resulta más probable que los sujetos que se encuentran expuestos a la violencia en sus lugares de residencia se vuelvan más vulnerables, lo que puede llevarlos a enfrentar cierto nivel de desesperanza. Eventualmente, estos jóvenes verían en la violencia una forma de afrontar y sobrevivir en tales circunstancias (Singer, Anglin, Song, Lunghofer, 1995).

A partir de estas áreas, se han sugerido diferentes arreglos de los factores que implican mayor riesgo para el surgimiento y desarrollo de conductas antisociales en adolescentes. Por ejemplo, el Appalachia Educational Laboratory (1999) propone una estructura de tres dimensiones:

DIMENSIÓN	FACTORES RELACIONADOS
Individual	Impulsividad, incapacidad para prever consecuencias del comportamiento, imposibilidad de retrasar gratificaciones, poca autorregulación de la emociones, necesidad de emociones, baja evitación del daño, baja tolerancia de la frustración, baja autoestima, mal funcionamiento del sistema nervioso, poca respuesta cortical, predisposición a la conducta agresiva, inteligencia deficiente, exposición a la violencia y al abuso, rebeldía, relación con pares inadecuados, actitudes favorables hacia conductas poco aceptadas, rechazo de pares, abuso de sustancias, presencia temprana de problemas de conducta.
Familiar/Social	Bajo nivel socioeconómico, falta de empleo y acceso limitado a recursos, historia paterna de conducta inadecuada, actitudes familiares o comunitarias favorables hacia la conducta inadecuada, hábitos disciplinarios inconsistentes, poca supervisión paterna o comunitaria, bajo nivel educativo en los padres, conflictos familiares, interrupción en la crianza, poco apego entre el individuo y su familia, desorganización comunitaria, apego escaso con la comunidad, índice de criminalidad elevados, alcoholismo en los padres, disponibilidad de drogas y armas, movilidad social, exposición a la violencia (en el hogar, la comunidad y los medios).
Escolar	Fracaso escolar, poca aptitud académica para superar las evaluaciones, falta de compromiso con la escuela, incredulidad hacia los profesores, aspiraciones y metas bajas, rechazo de pares, relación con pares inadecuados, baja moral estudiante/profesor, desorganización escolar, manejo y supervisión escasa de los alumnos, adaptación pobre a la escuela, falta de esfuerzo, enajenación y castigos.

Por su parte, el Departamento de Salud y Servicios Humanos (Department of Health and Human Services, 2001), a partir de su reporte sobre violencia juvenil, propone una estructura de cinco dominios.

DOMINIO	FACTORES RELACIONADOS
Individual	Ofensas generales Uso de sustancias Sexo (ser hombre) Agresividad Autoestima Hiperactividad Problemas de conducta Exposición a violencia en TV Bajo coeficiente intelectual Actitudes y creencias antisociales Deshonestidad Ansiedad Problemas para concentrarse Toma de riesgos Violencia física Crímenes contra otros
Familiar	Bajo NSE (pobreza) Padres antisociales Relación pobre con los padres Disciplina inconsistente Familia disfuncional Padres abusivos Supervisión escasa Poca participación de los padres Conflictos familiares
Escolar	Actitudes pobres Bajo desempeño Fracaso escolar
Grupo de pares	Vínculos sociales pobres Pares antisociales Pares delincuentes Pertenencia a pandillas
Comunitarios	Crimen en el barrio Desorganización comunitaria Disponibilidad de drogas

Finalmente, Hawkins y sus colaboradores (Hawkins, Todd, Herrenkohl, Farrington, Brewer, Catalano, Karachi, Cothorn, 2000), después de realizar un meta-análisis de 66 estudios con jóvenes que tenían problemas antisociales, obtuvieron una estructura de cinco áreas:

ÁREA	FACTORES RELACIONADOS
Factores individuales	Embarazo y complicaciones en el parto. Bajo ritmo cardíaco en reposo. Trastornos en la internalización. Hiperactividad, problemas en la concentración, inquietud, autoestima y toma de riesgos. Agresividad. Inicio temprano de la conducta violenta. Participación en otras formas de violencia. Creencias y actitudes favorables hacia la conducta antisocial o inadecuada.
Factores familiares	Criminalidad en los padres. Maltrato durante la infancia. Prácticas pobres de manejo familiar. Niveles bajos de participación de los padres. Bajo establecimiento de límites y conflictos familiares. Actitudes favorables de los padres hacia el uso de drogas y la conducta violenta. Separación entre padres e hijos. Hermanos delincuentes.
Factores escolares	Fracaso escolar. Compromiso escaso con la escuela. Vandalismo y ausentismo escolar. Cambios frecuentes de escuela.
Factores relacionados con los pares	Amigos delincuentes. Pertenencia a pandillas o bandas.
Factores comunitarios y del barrio	Pobreza. Desorganización comunitaria. Disponibilidad de drogas y armas de fuego. Vecinos adultos involucrados en el crimen. Exposición a la violencia.

Conocer los factores relacionados con el origen y el progreso de la conducta antisocial constituye una herramienta útil para identificar a poblaciones e individuos que se encuentran en mayor riesgo y tener la posibilidad de aplicar medidas y programas pertinentes para prevenir o reducir la probabilidad de que se presente o agrave el problema.

Sin embargo, es importante tener en consideración que difícilmente algún factor o grupo de éstos predecirá con certeza la ocurrencia del fenómeno (Rutter, 1985; Werner, 1989); es decir, probablemente algún sujeto que no esté expuesto a ninguno de los elementos listados desarrolle un patrón consistente y marcado de comportamiento antisocial, así como es posible que otro que experimente de manera constante uno o muchos más de estos factores nunca muestre siquiera un rasgo antisocial.

1.4 ALGUNOS MODELOS TEÓRICOS QUE EXPLICAN LA CONDUCTA ANTISOCIAL

Como ya se mencionó, la conducta antisocial no es un fenómeno homogéneo que se pueda explicar a partir de un marco de referencia único, ya que en su conformación intervienen diversos elementos, así como múltiples factores de riesgo que pueden dar cuenta del fenómeno; de ahí que se hayan planteado diferentes modelos que proponen explicaciones posibles desde su marco de referencia particular.

De este modo se ha buscado dar sentido a los factores que participan y tienen un impacto en el origen y desarrollo de este tipo de comportamiento. Enseguida se resumen algunos modelos teóricos generales que han abordado el fenómeno: biológico-médico, psicodinámico, conductual y de desarrollo social (sociocultural) (Loeber, 1987).

La perspectiva biologicista-médica

El modelo biológico-médico ha generado una propuesta explicativa de la conducta antisocial que se fundamenta en la existencia de una base agresiva que se relaciona directamente con el funcionamiento conductual, el psicológico y las estructuras físicas; de manera tal que la manifestación de eventos antisociales tendría su origen en trastornos estructurales y funcionales del cerebro y del sistema nervioso central, además de la participación de procesos bioquímicos y genéticos que se manifestarían de manera indefectible como comportamientos desviados de la norma (Loeber, Stouthamer-Loeber, 1998).

Los trabajos que se han abocado al estudio de los diferentes factores vinculados con la fundamentación de este tipo de comportamiento, se han centrado en varios aspectos y mecanismos biológicos que consideran asociados (García, Ramos, 1998):

- La herencia de la conducta
- La familia
- Las anormalidades genéticas
- Las hormonas
- El cerebro

Dentro de esta tradición se puede insertar al marco de referencia planteado por la psiquiatría, mediante los criterios diagnósticos contenidos en el DSM-IV; en los que se clasifica a la conducta antisocial como un trastorno de la personalidad cuya característica principal es un patrón general de desprecio y violación de los derechos de los demás. En los criterios se asienta que los sujetos con este trastorno tienden a ser irresponsables e inconstantes en sus diferentes actividades, pueden ser indiferentes ante las consecuencias de sus ofensas y maltratos, carecen de empatía, son cínicos y menosprecian los sentimientos de los demás. Desde esta perspectiva, dicho patrón se presenta asociado con un nivel socioeconómico bajo. Es interesante destacar que en su versión más reciente, el manual incluye una categoría en que establece que se deben considerar aspectos de índole cultural, como los contextos urbanos y ambientales, ya que en ocasiones este tipo de comportamientos pueden ser más una estrategia de supervivencia que un trastorno (DSM-IV, 1997).

El enfoque psicodinámico

El principal representante de esta perspectiva teórica es Sigmund Freud, quien dentro de sus planteamientos habló acerca de la existencia de una pulsión ambivalente que genera tensión y da origen a conflictos psíquicos; uno de sus extremos se orienta hacia la destructividad y tendría algún

correlato con lo antisocial, en el más amplio sentido, a través de una de sus múltiples vías de manifestación (Silva, 2007). De tal suerte, esta conducta surge de los procesos intrapsíquicos del individuo; el análisis, en este caso, se centra en los diferentes determinantes psicológicos (conflictos inconscientes, privación y abuso tempranos, además de fijaciones en cualquiera de las etapas del desarrollo psicosexual). Freud ofreció una explicación reactiva y otra innata o instintiva sobre las raíces de la agresión. La primera implica la respuesta del sujeto a una sensación de frustración, la cual es indispensable para la sobrevivencia. En cuanto al impulso instintivo básico, planteó que no toda agresión es producto de la frustración, sino que existe de manera innata (Montagne, 1994, en García, Ramos, 1998).

La perspectiva conductual

En términos generales, el modelo conductual explica el desarrollo de la conducta antisocial a partir de procesos de aprendizaje e interacción con el ambiente. Desde esta perspectiva, la clave determinista de los diferentes modos de responder radica en factores ambientales que existen cuando aparece una manifestación conductual y las consecuencias de éstos con respecto de la segunda. En este sentido, las variables determinantes de la conducta y que de alguna manera aseguran su continuación, tienen que ver con reforzadores positivos –dinero, prestigio—, negativos –evitar la

frustración-- , vicarios –ser testigo del reforzamiento que recibe otro por su conducta— o autorreforzadores que, de cualquier manera, participarían en el mantenimiento de las formas de actuar (Baron, Byrne, 1996; en García, Ramos, 1998).

Modelo de desarrollo social

El modelo de desarrollo social (Catalano, Hawkins, 1996, Figura 1, ver apéndice 1) incorpora información acerca de la forma en que interactúan los factores de protección y de riesgo para determinar tanto el desarrollo positivo como el antisocial. El fundamento teórico del modelo está sustentado en diferentes planteamientos teóricos, como la teoría de asociación diferencial (Matsueda, 1988), la teoría de aprendizaje social (Bandura, 1978) y la teoría del control social (Hirschi, 1969).

El modelo plantea que la socialización sigue el mismo proceso en la generación de conducta prosocial o antisocial y sugiere que éste se encuentra influido por el grado de involucramiento e interacción con individuos y pares que tengan como característica principal la manifestación de cualquiera de estos dos tipos de comportamiento (asociación diferencial), además de las habilidades necesarias y las recompensas que se deriven de tal interacción (aprendizaje social), así como el grado en que los

sujetos tiendan a vincularse con otros que se encuentren en cualquiera de los dos extremos (control social). Es decir, en tanto la persona establece sus lazos cercanos dentro de ambientes prosociales, su conducta estará guiada básicamente por una tendencia en este sentido. Pero si sus relaciones se desarrollan al interior de contextos antisociales, su comportamiento será del mismo tipo.

Dentro del modelo se plantea que los procesos que conducen a las conductas prosociales o antisociales siguen uno de dos caminos posibles.

En el primer caso, los individuos necesitan tener acceso a las oportunidades para involucrarse en determinado ambiente prosocial, luego deben relacionarse dentro de éste; en cierta medida, el éxito de su participación dependerá de sus propias habilidades. Si su vinculación resulta recompensante, entonces será más factible que forme vínculos con el grupo y comience a compartir sus ideas y creencias, lo cual reducirá la probabilidad de que presente conductas de tipo antisocial.

En el segundo caso, los individuos se pueden enfrentar a oportunidades para involucrarse en contextos que impliquen actividad antisocial y relacionarse con sujetos y situaciones de este tipo. De igual manera, si su

participación resulta gratificante, entonces será más probable que se asocie con pares o con situaciones antisociales, que empiece a aceptar las actitudes y creencias propias de éstos y que participe después de comportamientos de este tipo, además que tenderá a buscarlas de manera intencional.

Estas dos vías son paralelas y están influidas por elementos externos (como las normas de la comunidad, los valores familiares, las reglas escolares), por la posición misma del individuo dentro de su estructura social (NSE, sexo, grupo étnico) y por las características constitutivas de su personalidad (baja autoestima, agresividad, búsqueda de riesgo).

Estos procesos reciben información de los diferentes niveles del mundo de los adolescentes: de su barrio, su escuela, sus pares, su familia y de ellos mismos. De esta suerte, este modelo propone que la instauración de la conducta antisocial depende de diferentes factores y procesos que se encuentran siempre en interjuego dentro de los diferentes contextos en que se desenvuelve el sujeto, pero además, no pierde de vista la importancia que poseen las características personales de cada individuo y los movimientos de reflexión y evaluación que cada uno hace de sus circunstancia particular.

A partir de estos modelos se han postulado diferentes elementos que influyen sobre la probabilidad para desarrollar conducta antisocial, a saber: factores individuales, familiares, del ambiente social y los relacionados con la escuela.

Por factores individuales se entienden aquellos relacionados con aspectos genéticos, de personalidad, temperamento y habilidades cognitivas (impulsividad, incapacidad para sopesar las consecuencias de la propia conducta, falta de visión del futuro, incontinencia emocional, necesidad de estimulación, baja tolerancia a la frustración, autoestima, exposición a la violencia, asociación con pares inadecuados, actitud favorable hacia la conducta problemática, consumo de sustancias y abuso, entre otras).

Dentro de los factores familiares y del ambiente social se pueden mencionar a la privación económica (muy relacionada con el nivel socioeconómico), historia familiar de conducta problemática, poca supervisión y cuidado de los padres y la comunidad, conflictos y violencia dentro de la familia, relaciones poco afectivas entre el sujeto y su familia, vandalismo y violencia en la comunidad, acceso a drogas y armas y exposición a la violencia.

Los factores relacionados con la escuela incluyen a las fallas académicas, la baja aptitud, el ausentismo, bajas aspiraciones y metas intelectuales, asociación con pares problemáticos, poca aceptación de normas institucionales, desorganización escolar y rechazo al ambiente y contenidos académicos.

En este trabajo se considera que esta es una perspectiva integradora y comprensiva que proporcionaría una descripción satisfactoria del fenómeno, ya que plantea que los factores mencionados interactúan mediante los mecanismos de socialización, en los que algunos elementos como el estrés, la depresión y la baja autoestima se relacionan con la conducta antisocial. Es decir, si el sujeto posee una autoestima elevada y ésta, de algún modo, deriva de una estructura familiar sólida o del éxito escolar, implicará una correlación negativa con la conducta antisocial. De manera inversa, si la autoestima es baja y esto es producto de la vinculación con pares problemáticos o con relaciones familiares violentas y poco afectivas, entonces ésta tendrá una correlación positiva con las conductas antisociales (Oetting, Deffenbacher, Donnermeyer, 1998).

Por otro lado, uno de los factores externos sobre los que se ha depositado una carga importante de influencia sobre la aparición y el mantenimiento de

conductas agresivas, problemáticas o antisociales, es la exposición de los niños y adolescentes a la violencia.

Dentro de este contexto se le ha dado un papel determinante a la violencia que se transmite por televisión. A ésta se le atribuye, desde cierta perspectiva, la mayor parte de la responsabilidad en la situación que se vive actualmente en cuanto a lo amplio y serio de esta problemática.

De aquí que en el siguiente capítulo se revisará la extensa cobertura mundial de la televisión y algunas de las características del contenido violento que se transmite.

2. TELEVISIÓN

2.1 LA TELEVISIÓN

El proyecto de la televisión surgió, en principio, por una iniciativa para contar con una herramienta de tipo técnico que sirviera para la transmisión y recepción de señales; además de ésta parecía no existir una idea realmente clara de cuál podría ser su función específica. Quienes la desarrollaron no alcanzaron a vislumbrar su objetivo, por lo tanto, ni los gobiernos tuvieron la capacidad para crear regulaciones sólidas desde el inicio, ni la sociedad poseía una representación del objeto al que se enfrentaba. Por lo tanto, esta ausencia de una delimitación precisa, provocó que desde entonces se creara cierta preocupación de los poderes político y económico, antes inclusive de que los mensajes y los programas fueran causa de inquietud cultural dentro de los círculos de sociólogos y estudiosos de los medios (Vilches, 1996).

En la actualidad se considera a la televisión como el "invento del siglo" pasado, es un fenómeno de nuestro tiempo que está presente y es cercano para una gran parte de los habitantes del planeta; las transmisiones televisivas se han convertido en uno de los ejes principales de la vida cotidiana contemporánea, ya que muchos individuos pueden conocer e interpretar la realidad principalmente a través de ellas (Zarur,

1996). Dado que su mercancía es de tipo ideológico, y a que juega con valores, conceptos y visiones del mundo, ha colaborado de cierta manera para configurar a la nueva cultura que permea al hombre moderno (Toussaint, 1998).

En este sentido, la televisión parece resultar sumamente eficaz en la construcción de una manera particular de percibir los acontecimientos y, en ciertos ambientes sociales, es capaz de determinar las actitudes hacia los diferentes eventos (Vilches, 1996); es decir, a través de ella se pueden elaborar las cosas de tal forma que toman un sentido que no corresponde del todo con los hechos. En otras palabras, está plagada de cierta tendencia a la "dramatización"; ya que escenifica, mediante imágenes, lo que sucede en el mundo real y exagera su importancia, su gravedad y su carácter trágico (Bourdieu, 1996).

Es por esto que se ha planteado la necesidad de procurar un control estricto sobre la estructura de producción y sobre los contenidos que se transmiten, ya que la televisión se ha convertido en un instrumento económico y político de grandes alcances (Fernández, 1996), o en sí misma ha llegado a constituirse en un poder político enorme, si no es que el más importante de todos. En este sentido, se le ha visto incluso

como un riesgo para la democracia en términos del equilibrio de poderes y como un elemento de riesgo para la generaciones nuevas en términos de “deseducación” (Popper, 1998), y mientras, por este lado, la atención se concentra sobre quiénes poseen el control del medio, se pierde de vista al medio mismo y no se aprecia del todo que el acto de tele-ver está, en términos un tanto excesivos, “cambiando la naturaleza del hombre”, dado que está imponiendo lo que se podría denominar la supremacía de la imagen, la dominación de lo visible sobre lo inteligible, lo que conduce a ver sin entender lo simbólico (Sartori, 1998).

Sin embargo, aunque su poderío político y económico es real y dadas las características del modelo de televisión que impera en la actualidad en nuestro país, de corte comercial, el cual da preferencia a la ganancia y por tanto sus contenidos están diseñados para el consumo fácil, el análisis de la televisión no debiera centrarse exclusivamente en esta parte de la ecuación, ya que con ello se presupone que el espectador es un sujeto indefenso e irreflexivo ante la oferta que le presentan.

Por otro lado es cierto que desde la realización de los primeros experimentos que se efectuaron con la televisión, hasta la actual consolidación de ésta como una industria fuerte y estable, el mundo ha

sido testigo de una evolución técnica y de una transformación en los contenidos, lo que ha dado un nuevo significado al fenómeno de la comunicación. De la década de los cincuenta a la actualidad, las posibilidades de acción e influencia de este medio se han desarrollado y se han vuelto más complejas, hasta convertirlo en el de mayor alcance. La popularización de la televisión es un suceso mundial, ya que ésta es capaz de combinar en un mismo instante sonido e imagen en movimiento, además de su fácil acceso (Zarur, 1996).

De acuerdo con Zarur (1996), el desarrollo de la televisión en México tiene tres etapas fundamentales:

- 1) El surgimiento: se adopta el modelo estadounidense (comercial-privado) y aparecen los primeros concesionarios con el apoyo del gobierno.

- 2) Monopolización: se integra la televisión privada en una gran empresa de capital monopólico.

- 3) Vinculación recíproca: se establece una relación de apoyo mutuo entre el monopolio televisivo y el gobierno para mantener su estado de vigencia.

A éstas se podría agregar una cuarta, que se configuró a partir de la privatización del proyecto gubernamental que surgió en 1972 y que terminó por consolidar el proyecto de la televisión comercial en nuestro país, con la existencia de dos empresas que, prácticamente, acaparan el mercado nacional. Aunque existen otras opciones que tienden hacia un modelo diferente de transmisión y que apuestan por la programación con mayor calidad, éstas se mantienen al margen de la competencia entre los dos consorcios y están dirigidas hacia un público más reducido.

Prácticamente desde su aparición, la televisión comenzó a despertar interés y a estar en el centro del debate. Por una parte se habla de que ésta sólo reproduce el acontecer social y, por otra, que aquello que sucede en lo social está francamente influido por lo que se transmite; tanto pulsiones, identificaciones e historia, están asociadas de manera inevitable con sus producciones (Giberti, 1997). Es posible afirmar que existe una relación dialéctica entre la televisión y quien la observa. De tal suerte que en ésta, la cual tiene características dinámicas, se genera

cierta forma de "imaginación colectiva" con respecto a los nuevos mitos que el medio produce y transmite a través de la publicidad, la moda, el diseño, las noticias y el entretenimiento, entre otros elementos que se convierten en factores influyentes en cada espacio de la vida (Antaki, 1992).

Como ya se mencionó, la televisión en México tiene como patrón el modelo norteamericano, lo que ha originado que la industria televisiva en nuestro país se haya desarrollado y permanecido sumergida, durante los últimos años, en una competencia de mercado que evidencia una transformación de los contenidos: el medio que se conformó como un vehículo para cubrir las necesidades de información y entretenimiento, ahora presenta contenidos creados primordialmente para vender, más que para informar. Aquí, como en los Estados Unidos, la televisión cumple una función comercial antes que social, y está regida por la ley de la oferta y la demanda. De esta forma, mediante la justificación de promover mayores ventas, o de mantener una industria estable y llamativa para los inversionistas, los contenidos de acción y violencia se han multiplicado en las pantallas televisivas, utilizándolo como estrategia para hacer más atractivas e interesantes determinadas producciones (García y Ramos, 1998).

2.2 SU PRESENCIA Y LA VIOLENCIA QUE SE TRANSMITE

La televisión es un artículo que está presente en los hogares de la mayoría de la población en muchos países del mundo. Se calcula, por ejemplo, que en Estados Unidos, 98% de las familias posee al menos un aparato de televisión (Piscitelli, 1995; Myers, 1995). Constituye el medio de entretenimiento y de comunicación por excelencia; ocupa la mayor parte del tiempo de ocio y descanso de la una parte importante de la población.

Según un estudio de la A. C. Nielsen Company (1986), las familias norteamericanas ven a la semana 55 horas de televisión; los niños de 2 a 11 años aproximadamente 28 horas y los adolescentes alrededor de 23 horas semanales. Por otro lado, el tiempo que se invierte frente al televisor es mayor que el dedicado a cualquier otra actividad, además de la escuela. Consume más del 50% del tiempo libre de los niños y adolescentes, convirtiéndose así en una de las actividades principales a lo largo de su vida (Clemente, Vidal, 1996).

En cuanto a la cantidad de violencia que se transmite, Gerbner y Gross (1976) reportan que, en los horarios estelares en los Estados Unidos, 50% de los personajes que desempeñan papeles principales se ven

inmiscuidos en hechos violentos y 10% en muertes. De tal modo que la mayoría de los individuos, a la edad de 15 años, ha invertido más horas frente al televisor que en la escuela y que para el momento en que una persona termina la educación primaria ha presenciado al menos 8,000 asesinatos y más de 100,000 actos violentos en la televisión (Zylke, 1988; Smith, 1993).

Los datos nacionales del años 2000 muestran que cerca de 86% de los hogares del país y 97% en el Distrito Federal contaba con un aparato receptor (INEGI, 2000), esta cifra aumentó para 2005 a 91% a nivel nacional y a 98% en el D. F. (INEGI, 2005). Ahora bien, los datos sobre la forma en que distribuye el consumo de televisión y los hábitos televisivos preponderantes en la población general, dan cuenta del elevado porcentaje de tiempo que se dedica a esta actividad: 42% de los habitantes del D. F. invierten 15 horas o más a la semana en ver televisión, mientras que 42% invierte entre 5 y 15 horas (Moctezuma y Asociados, 2000).

Ahora bien, si se considera que una parte importante de la programación que se transmite en nuestro país es de origen extranjero (entre 40 y 45%), de la cual 90% proviene de Estados Unidos y que cerca de 85% de

ésta presenta violencia explícita (asaltos, homicidios, persecuciones, choques, etcétera), se puede ver entonces que la proporción de programas con contenido violento que se transmite en México es considerable (Prieto, 1990; Arana, Martínez, Jiménez, Gutiérrez y García, 2001).

La violencia está presente en 83% de los programas más vistos; los dibujos animados cuentan con el mayor número de secuencias violentas visuales y narradas (López, Cerda, 1999), así como con el promedio más elevado de actos violentos por hora transmitida (12 actos violentos en cada 60 minutos de transmisión). Por otro lado, mediante una cuantificación de actos violentos en una muestra de programas con altos índices de audiencia se vio que los noticieros transmiten, en general, más actos violentos por emisión, que los hombres suelen ser tanto los perpetradores como las víctimas de la violencia –la cual suele presentarse de manera explícita, es ejercida de modo físico, sin justificación y suele tener consecuencias mortales (Arana y col., 2001).

En otro trabajo realizado con grupos escolares se concluyó que los niños y niñas de escuelas públicas consumen más televisión que los que asisten a escuelas privadas y que las preferencias son diferentes entre

estudiantes de primaria y secundaria; éstos últimos prefieren los programas violentos (Bustos, 2000).

Todo este panorama da cuenta de que la violencia en televisión es la regla y de que, dado el nivel de consumo a partir de la cantidad de hogares que tienen al menos un aparato y el tipo de programación que se transmite, no resulta descabellada la hipótesis de un posible impacto sobre los televidentes.

Sin embargo, como se verá más adelante, la evidencia que se ha generado y que apoya dicho supuesto no es contundente; amén de que existen datos del fenómeno en sentido inverso, es decir, que la violencia en televisión no tiene un impacto significativo o bien que funciona como paliativo para la conducta agresiva o antisocial de sus consumidores.

2.3 VIOLENCIA EN TELEVISIÓN Y CONDUCTA ANTISOCIAL

La mayoría de los estudios que se revisaron sobre la investigación de la asociación entre la violencia que se transmite en televisión y la conducta se han realizado en los Estados Unidos. Algunos de estos han demostrado una relación positiva entre el consumo de programas violentos y la posterior agresividad física, siendo ésta consistente entre diferentes poblaciones

(Berkowitz, 1964; Berkowitz, Le Page, 1967; Walters, Willows, 1986; Centerwall, 1989; Bushman, 1995; Berkowitz, Geen, 1996). Parte de la investigación ha relacionado la exposición a la violencia en los medios con una variedad importante de problemas en los niños y adolescentes, entre las que se incluyen la conducta agresiva, la desensibilización a la violencia, el miedo, la depresión y algunos problemas en el sueño. Existe una vasta cantidad de estudios realizados en los que se ha analizado la asociación entre la violencia en los medios y la conducta agresiva, sin embargo, sólo alrededor de 18 han logrado mostrar que ésta existe (Grossman, DeGaetano, 1999).

De los resultados obtenidos en algunos de estos estudios se pueden identificar otras variables que correlacionan de manera positiva con la exposición a la violencia en la televisión, como la edad, la cantidad de tiempo frente al televisor, la identificación con los personajes, la creencia de que lo ocurre es real, la capacidad intelectual, además de algunos factores que podrían incrementar la correlación, como el estado de ánimo de los espectadores antes o después de presenciar el contenido violento.

A partir del reconocimiento de estos elementos se postulan al menos tres consecuencias de ver violencia en la televisión: 1) comportamiento

violento, el cual se desarrolla a partir de un mecanismo de imitación que se inicia con la observación de material violento en la televisión (Bandura, 1978); 2) percepciones distorsionadas de la realidad y 3) tolerancia a conductas agresivas en la vida real^{*}, la cual se establece mediante un mecanismo de desensibilización generado a causa de la elevada exposición al contenido violento en la TV (Thomas, Horton, Lippincott, Drabman, 1977; Molitor, Hirsch, 1994).

Así pues, el desarrollo de algunos estudios ha tenido como objetivo corroborar la existencia de una relación de tipo causal entre el consumo de programación televisiva violenta y la conducta agresiva en niños y adolescentes (Eron, Huesmann, Lefkowitz, Walder, 1972; Greenberg, 1974; Eron, 1982; Josephson, 1987). Sin embargo, las evidencias no son concluyentes, antes bien, muchos de sus resultados son contradictorios. Existen estudios que apenas han encontrado correlaciones modestas, las cuales difícilmente se mantienen fuera de condiciones experimentales (Freedman, 1984, 1986). Otros reportan no haber encontrado correlación entre el consumo de programación televisiva violenta y la conducta agresiva (Rubin, 1988; Harris, 1992). Inclusive algunos han hallado que la violencia en la televisión ejerce un efecto catártico que mitiga la

^{*} Para una discusión más amplia y detallada sobre estos posibles efectos ver la revisión que se presenta en: Medios de comunicación y violencia, de García y Ramos, 1998.

necesidad de ciertos sujetos de comportarse de modo agresivo (Feshbach, 1976; Wiegman, Kuttschreuter, Baarda, 1992).

Una de las limitaciones que más se ha señalado en los estudios que encuentran relación entre la violencia televisiva y la conducta antisocial es la recurrencia a diseños de tipo experimental que difícilmente podrían replicarse en ambientes naturales (Milgram, Shotland, 1974). Asimismo, se ha mencionado que la recurrencia de éstos a variables dependientes un tanto artificiales, así como las formas de medir las consecuencias del consumo de programas y la sobre-generalización de resultados a los que se les podría cuestionar su validez externa, generan dudas sensatas en cuanto a la confiabilidad de los mismos (Fischhoff, 1999).

De cualquier manera, la controversia en cuanto a la existencia de una conexión contundente entre la violencia en los medios (la televisión) y la conducta agresiva, antisocial o la violencia en el mundo real sigue sin resolverse y las evidencias en uno y otro sentido no han sido suficientes para esclarecerla. En el cuadro 1 (ver apéndice 2) se presenta un análisis resumido de algunos de los trabajos que se han llevado a cabo para analizar dicha asociación.

En este sentido, cabe anotar que los resultados que se han obtenido plantean ciertas dudas sobre el verdadero papel de la violencia televisiva en relación con la conducta antisocial, las cuales se deben tener en consideración (Phillips, 1983; Rosenthal, 1986). Ya que se argumenta que este tipo de manifestaciones conductuales puede tener su fundamento en aspectos de índole social (la familia, los amigos, el vecindario) (Borduin, 1999) o de la personalidad (baja autoestima, tolerancia a la frustración, estrategias de enfrentamiento, entre otros), los cuales estarían determinados por circunstancias diferentes al consumo de programación televisiva violenta (Charlton, Panting, Davie, Coles, Whitmarsh, 2000).

Por lo que respecta a la evidencia generada en México, se puede decir que es escasa en cuanto a trabajos de investigación empírica que se hayan realizado con el propósito de explorar si la relación entre la violencia que se transmite por televisión y la conducta antisocial, agresiva o violenta existe. Hay algunos trabajos que han analizado la violencia en TV (López, Cerda, 1999; Bustos, 2000; Arana y col., 2001) utilizando análisis de contenido de los programas. Además de otro en el que se investigó la influencia de lo que se publica en los medios sobre el miedo a la victimización (Ramos, Saltijeral, Saldívar, 1995). Sin embargo, los pocos trabajos publicados en

los que se revisa el tema, denotan el grado de interés que existe alrededor del mismo (García, Ramos, 1998; Delarbre, 1998; Esteinou, 1999; Garrido, 2002).

Como ya se mencionó, la evidencia que se ha generado en cuanto a una posible relación entre la violencia que se presenta en los medios y la conducta agresiva, antisocial o violenta de los consumidores, es algo sobre lo que existe una controversia importante. Los resultados hasta ahora no han sido concluyentes sino más bien contradictorios.

Otro de los elementos que se ha incluido dentro de los factores de riesgo para la presencia de conducta antisocial y que es propiamente una característica individual, y que en el contexto de este trabajo se plantea como una variable que intervendría para mitigar la posible relación entre aquella y la violencia en televisión, es la autoestima. La cual es el tema de la última parte de esta primera sección.

3. AUTOESTIMA

3.1 CONCEPTO DE AUTOESTIMA

Uno de los juicios de valor más importantes que un individuo puede recibir respecto a sus capacidades, y que es posible que se convierta en un factor decisivo para su bienestar psicológico, es el que emerge de él mismo. Generalmente, esta estimación está internalizada y se realiza de manera automática, lo que provoca que sea difícil de identificarla dado que se experimenta de manera constante (Branden, 1969). Dicha autoevaluación es el centro de lo que se conoce como autoestima y es un factor que está presente todo el tiempo en la estructura mental de cualquier individuo.

Aunque la autoestima es un constructo elusivo, se le suele considerar como un atributo personal favorable y como uno de los elementos principales dentro del funcionamiento humano. Entender su origen y las dinámicas que se dan en ésta puede involucrar diferentes paradojas y contradicciones, las cuales se ponen de manifiesto en el hecho de que muchas personas exitosas y competentes viven agobiadas por problemas crónicos de baja autoestima. Por el contrario, hay casos en los que individuos que no han sido muy afortunados a lo largo de su vida la tienen en niveles elevados. Lo que al parecer es un hecho es que la ausencia de cierto nivel de este atributo constituye un signo de alerta y de malestar.

El componente paradójico de la autoestima se puede comprender mejor al considerar la dinámica que se establece para su conformación. Quizá esto resulte más claro si se recurre a otro elemento que tiende a asociarse con ésta y, en ocasiones, a considerarse de manera indistinta, el autoconcepto. Éste tiene que ver con todos los elementos “objetivos” de los que se vale una persona para describirse a sí misma³, en tanto que la autoestima está más relacionada con la evaluación de las características que se incluyen en el autoconcepto. Es decir, tiene que ver con los sentimientos que el sujeto experimenta acerca de todo lo que él es; la autoestima individual se basa en la combinación de información objetiva sobre sí mismo y del juicio que se hace de ésta (Pope, Michale, Craghead, 1988).

En este sentido, una persona que tiene una autoestima elevada es la que hace evaluaciones positivas de sí misma y que se siente bien con sus fortalezas. Por el contrario, quien la tiene baja tiende a encontrar poco de qué sentirse orgulloso respecto a sí mismo. Dentro de este enfoque la autoestima surge de una discrepancia entre el autoconcepto (las características objetivas que constituyen al individuo) y una especie de yo ideal (constituido por lo que la persona valora o desea). Una diferencia mayor genera niveles bajos, mientras que una menor indica niveles altos.

³ En este caso, las descripciones que mencionan tienen más que ver con características instrumentales, es decir, alguien puede decir de sí mismo que es un jugador de ajedrez, un cirujano plástico, que es alto, que pertenece a determinado NSE o que es un estudiante de ciencias.

Por otra parte, existe un componente más que determina el origen de la autoestima y que está relacionado con el aprendizaje social e interpersonal, es decir, está dado por la interacción con el entorno. Desde esta perspectiva, se plantea que el individuo adquiere poco a poco ciertas creencias sobre sí mismo que son un reflejo de la forma en que es tratado por el ambiente en que se desenvuelve y que es el nivel de aceptación social percibido el que determina las condiciones bajo las que los sujetos desarrollan una mejor o peor autoevaluación. De este modo, aquellos que reciben buena aprobación y afecto de su ambiente social, en especial de personas significativas, tienen una mayor probabilidad de contar con niveles elevados de autoestima que quienes se mueven en ambientes sociales menos recompensantes (Bednar, 1989). Aunque es cierto que los factores contextuales tienen un papel importante en el establecimiento de cierto nivel de autoestima, aún parecen tener más peso las evaluaciones personales internas para determinar su forma y esencia.

Como se puede ver, diferentes concepciones que se han desarrollado para explicar a la autoestima toman en cuenta algunas áreas internas y externas de la vida del sujeto que tienen influencia sobre la conformación de ésta. Por ejemplo, James la concibe como el resultado de una especie de ecuación que depende del éxito dividido entre las pretensiones; afirma que

se refiere a los sentimientos que las personas tienen de sí mismas en diferentes situaciones sociales. Para él, este constructo psicológico tiene tres elementos determinantes: 1) los valores personales y las áreas específicas de juicio personal, 2) las normas de la comunidad como formas básicas para la comparación con otras personas y 3) el valor que tienen las características del sí mismo o *self* (International Encyclopedia of Psychiatry, Psychology, Psychoanalysis and Neurology, 1977).

Según Rosenberg (1974, 1986), la autoestima es una actitud positiva o negativa hacia un objeto particular constituido por el sí mismo. Para él, quien la tiene alta piensa que es "muy bueno". De tal suerte que poseer el atributo en cantidad elevada implica una buena aceptación de sí mismo, pero con una conciencia clara de sus limitaciones e inadecuaciones, por lo que tienen un nivel aceptable de confianza en que puedan superar exitosamente los obstáculos y dificultades a las que se enfrentan. Es decir, una autoestima positiva y alta implica que el sujeto se respeta y se aprecia, sin considerarse mejor o peor que los otros, reconoce sus deficiencias y espera madurar y mejorar.

Otros autores la definen como una escala de evaluación que las personas poseen para asignarse valoraciones y calificaciones positivas o negativas sobre diferentes aspectos importantes de su personalidad (Weiss, 1991) o

como una emoción que se experimenta de manera sutil e inconsciente, en términos del afecto y amor que el sujeto siente hacia sí mismo a partir del sentido individual de valía e importancia (Barksdale, 1991) con respecto a las situaciones y contextos en los que se desenvuelve y a los individuos con los que interactúa.

Branden (1991) identifica algunas de las características intrínsecas a la autoestima. En este sentido, estaría conformada por la autoaceptación de todos los aspectos de uno mismo, por la posibilidad de saber evaluar la conducta personal en forma apropiada, tener la capacidad de sentir la culpa justa y verdadera para poder tomar decisiones específicas enfocadas a resolverla, tener el valor de reconocer las virtudes propias, buscar la integración de las diferentes facetas de la personalidad, hacerse responsable de la existencia propia y apoyar la autoestima de las demás personas.

Cabe decir también que la autoestima no es un atributo enteramente fijo en ningún punto de la vida. Puede permanecer estático de manera temporal o manifestarse dinámico, dependiendo de las disposiciones conductuales del individuo a lo largo de su vida. Esto se debe a que la autoestima se encuentra muy relacionada con las actuaciones del sujeto ante las

circunstancias que enfrenta. Por lo que los sentimientos de valor personal son consistentes según la retroalimentación propia o la del contexto. Es así que la autoestima se puede mover a lo largo de un continuo que va de alta a muy baja y el nivel estaría determinado por los patrones de respuesta individuales (Bednar, 1989).

En términos generales, entonces, se entiende que la autoestima es un atributo psicológico que involucra, básicamente, un proceso de evaluación y calificación que el sujeto hace de sí mismo a partir de un juicio personal, determinado por la interacción de diferentes áreas de la percepción de sí mismo y del contexto, lo que le permite relacionarse de cierta forma con su entorno basándose en la autovaloración que realiza.

La autoestima ha sido identificada como uno de los elementos importantes dentro del desarrollo del ser humano y clave durante la etapa adolescente (Rosenberg, 1986; Litt, 1996), ya que se le relaciona con el funcionamiento general del individuo, además de con diferentes malestares (Pope, Michale, Craghead, 1988).

En estudios realizados en diferentes países del mundo, se ha observado que existe una relación entre la autoestima y diversos aspectos relevantes en la

vida de los individuos y en su vinculación con el mundo y los otros. Así, se ha visto que el nivel o las variaciones de este atributo en los individuos están asociados con antecedentes de violencia familiar (Rosen, 1991; Downs, Miller, 1998; Solomon, Serres, 1999), relaciones poco afectivas con los padres (Robertson, Simons, 1989; Berenzon, González, Jiménez, 1997; González-Forteza, Jiménez, Pérez, Ramos, Caballero, Saltijeral, 1999), hábitos televisivos (Polce, Myers, Kliwer y Kilmartin, 2001; Robertson, 2001) y conducta antisocial (Sotelo, Sangrador, 1999; Schiller, 2001; Salmivalli, 2001), entre otros factores.

3.2 AUTOESTIMA Y CONDUCTA ANTISOCIAL

Ya se mencionó que la autoestima es un constructo que se relaciona con varias áreas de la experiencia y la vida humana. Algunos autores han planteado que la autoestima está integrada a una serie de factores que interactúan a través de la socialización y que se vincula directamente con la conducta antisocial. De este modo, el planteamiento se orienta a considerarla como una dimensión importante que está asociada con determinadas tendencias a experimentar agresividad y a expresarla en la forma de conducta violenta o antisocial.

Existe una línea de investigación que ha relacionado a la baja autoestima con la presencia de conductas problemáticas, como la agresividad, la conducta violenta y la antisocial. En este sentido, se ha visto que si el sujeto tiende a la autoestima elevada y ésta deriva de una estructura familiar sólida o del éxito escolar, implicará una correlación negativa con la conducta antisocial. Por el contrario, si es baja y esto es resultado de la vinculación con pares problemáticos o con relaciones familiares violentas y poco afectivas, entonces la autoestima tendría una correlación positiva con las conductas antisociales (Oetting, Deffenbacher, Donnermeyer, 1998).

Otras investigaciones han coincidido en este tipo de resultados. Por ejemplo, se ha visto que la autoestima baja se asocia con porcentajes elevados de conductas problemáticas relacionadas con actos antisociales en niños escolares (Barry, Frick, Killian, 2003). Asimismo, se han encontrado correlaciones negativas entre el bajo nivel de autoestima y las conductas delincuenciales, antisociales y agresivas (Donnellan, Trzesniewski, Robins, Moffitt, Caspi, 2005).

Por otro lado, se ha encontrado evidencia de que niveles bajos de autoestima general y una mayor tendencia a sustentarla en los pares predice asociaciones con pares problemáticos, que a la larga deviene en

conductas problemáticas y antisociales (DuBois, Silverthorn, 2004). Además de que se presentan asociaciones importantes y significativas entre la baja autoestima y cierto grado de rechazo por parte de los pares, lo cual conduciría al desarrollo de conductas problemáticas y antisociales (Barnow, Lucht, Freyberger, 2005). También se ha documentado que los sujetos con tendencias más agresivas tienen niveles más bajos de autoestima, menos apoyo de su padres y mayores niveles de agresividad (Estéves, Olaizola, Martínez, 2006).

La autoestima en niveles bajos durante la adolescencia también funcionaría como un predictor de consecuencias negativas en la vida adulta; dado que los adolescentes que tuvieron baja autoestima tienen una salud mental y física disminuida, perspectivas económicas más limitadas y niveles más elevados de conducta criminal cuando son mayores (Trzesniewski, Donnellan, Moffitt, Robins, Poulton, Caspi, 2006).

Dentro de los investigadores que sustentan esta línea se ha postulado que los individuos que tienen tendencia a niveles bajos de autoestima intentan compensar a través de la dominación violenta de otras personas. Otros sugieren que la autoestima baja se acompaña por ciertas tendencias hacia la toma de riesgos y al involucramiento en grupos violentos. Asimismo, se

ha argumentado que esto conduce a desarrollar una cultura permeada por la violencia como una fuente alternativa para alimentar y fortalecer a la autoestima (Papps, O'Carroll, 1998).

Aunque la evidencia en el sentido de que la baja autoestima es un elemento importante en la ocurrencia de conducta agresiva, criminal o antisocial, existe un debate considerable alrededor de dicha relación (Baumeister, Smart, Boden, 1996; Heaven, 1996; Pliszca, Sherman, Barrow, Irick, 2000). El argumento en este caso se sustenta en la afirmación de esta asociación raramente se ha sostenido y de que la autoestima sólo conduce a conductas de este tipo cuando el miedo a las consecuencias es mínimo (Baumeister, Smart, Boden, 1996).

En este sentido se ha argumentado que la relación propuesta es difícil de mantener ya que existe evidencia de que los individuos que tienen autoestima baja suelen comportarse de manera incierta y confundida, además de que se mantienen alejados de las situaciones de riesgo. Asimismo se ha planteado que les falta la confianza necesaria para obtener éxito, en tanto que las conductas agresivas, antisociales o violentas requieren de un nivel elevado en esta dimensión para tener la expectativa de conseguir el éxito (Baumeister, Bushman, Campbell, 2000).

Si bien es cierto que la cantidad de evidencia se inclina a apoyar a la primera postura, la controversia existe y no se puede soslayar. Por lo tanto, es importante continuar aportando datos que puedan ayudar a esclarecer las dudas, por cuanto toca a la relación entre violencia en televisión y conducta antisocial, así como al papel de la autoestima en esta interacción; obviamente sin dejar de lado la influencia de otras variables.

4. MÉTODO

4.1 PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Como ya se mencionó, algunos de los datos de los que se dispone muestran que la mayoría de los hogares mexicanos cuenta con al menos un aparato de televisión y que el tiempo que se invierte en consumir la programación que se transmite por este medio lo convierte en una de las actividades en las que la población de nuestro país invierte gran parte de su tiempo libre.

Asimismo, se ha documentado que en un porcentaje importante de los programas que se transmiten predomina el contenido violento o está presente en algún momento y de alguna forma. Los datos que se presentaron antes, en cuanto a la posible influencia de este contenido sobre la conducta de los sujetos que consumen estos programas son contradictorios. Diferentes estudios han encontrado evidencia de que existe una relación entre este tipo de contenido y la conducta agresiva, sin embargo, existe la contraparte que afirma que no hay relación alguna. En el contexto nacional, la investigación para explorar cuál es el impacto o la relación entre la violencia televisiva y la conducta violenta es muy escasa.

A pesar de la cantidad de estudios, la mayoría realizados en el extranjero, interesados en analizar la relación entre violencia televisiva y conducta

agresiva, muy pocos se han ocupado de explorar la probable relación de la violencia en televisión con la conducta antisocial, la cual se puede asumir como un precedente de conductas violentas más dañinas y riesgosas y que ha mostrado un aumento constante en nuestro país durante los últimos años. Esto se puede deber a la dificultad intrínseca en la evaluación y medición de este tipo de características; la conducta antisocial puede estar relacionada con otras variables, como la autoestima –se ha visto que bajos niveles en éstas se presentan en sujetos agresivos y aquellos que muestran conducta antisocial--, la violencia familiar, las relaciones con los padres y el nivel socioeconómico, las cuales, a su vez, podrían recibir alguna influencia de la televisión.

Dada la situación anterior y considerando la importancia del problema de la violencia en televisión y la preocupación social que ésta genera, por el posible impacto que sobre la conducta de los espectadores jóvenes, se planteó esta investigación para conocer si la relación que se ha planteado en otros contextos culturales, pero que tienen una fuerte influencia sobre las preferencias y perfiles de la televisión nacional y sus consumidores, se presenta en el contexto mexicano. Este trabajo buscó indagar si existe una relación entre el consumo de programas de televisión con contenido violento y la manifestación de conductas antisociales en una muestra de

adolescentes mexicanos, además se incluye el análisis de otras variables que podrían estar mediando o tener mayor peso en la presencia de comportamiento antisocial, como la autoestima, el nivel socioeconómico y los conflictos familiares.

4.2 PREGUNTAS DE INVESTIGACIÓN

Considerando lo anterior, se partió de las siguientes preguntas de investigación para el diseño de este trabajo:

¿Existe alguna relación entre el consumo de programación televisiva violenta y los actos antisociales en adolescentes estudiantes mexicanos?

De haber relación:

¿Cuál es el papel de la autoestima en ella?

4.3 OBJETIVOS

Objetivo general:

Conocer si existe asociación entre el consumo de programación televisiva violenta y los actos antisociales, además del papel que desempeña la autoestima, en adolescentes estudiantes de secundaria y bachillerato de escuelas públicas y privadas de la ciudad de México, considerando a las variables antecedentes (sexo, NSE, relación con los padres y violencia familiar).

Objetivos específicos

- 1.- Describir los hábitos de consumo de programación televisiva (tiempo y tipo de programas), la autoestima y la prevalencia de actos antisociales.
- 2.- Determinar si existe correlación entre el consumo de programación televisiva violenta y los actos antisociales.
- 3.- Establecer si existe asociación entre consumo de programación televisiva violenta y los actos antisociales considerando a la autoestima.
- 4.- Medir la asociación entre consumo de programación televisiva violenta y actos antisociales incluyendo a las variables antecedentes (relación con los padres y violencia familiar).

4.4 HIPÓTESIS

- 1.- Quienes consumen más tiempo de programas de televisión con elevado contenido violento muestran una asociación mayor entre el consumo y la conducta antisocial que quienes consumen menos tiempo de programas menos violentos.
- 2.- En los sujetos que consumen más tiempo de programas con contenido violento y que tienen una autoestima elevada, la asociación entre el consumo y la conducta antisocial es menor que en los que tienen baja autoestima.

4.5 TIPO DE ESTUDIO

Se realizó un estudio comparativo, de tipo trasversal y *ex-post-facto* (Kerlinger2002).

4.6 MUESTRA

En el estudio participaron estudiantes de secundaria y bachillerato (532), de escuelas públicas y privadas localizadas en tres delegaciones políticas de la ciudad de México (Tlalpan, Xochimilco y Gustavo A. Madero), entre los 12 y 18 años de edad, de nivel socioeconómico bajo y medio, hombres y mujeres.

4.7 MUESTREO

El esquema de muestreo que se empleó para reunir a los sujetos que participaron en el estudio fue de tipo no probabilístico e intencional, por conveniencia y por cuotas.

4.8 DEFINICIÓN CONCEPTUAL DE VARIABLES

Sexo: Carácter de los seres orgánicos que permite agruparlos en un conjunto de individuos que tienen el mismo sexo, pudiendo ser masculino o femenino, hombre o mujer (Moliner, 1994; Larousse, 2007).

Relación con los padres: Está constituida por las conductas que los padres realizan para expresar afecto por sus hijos, así como interés y supervisión de las actividades que éstos desarrollan; las cuales funcionan

como estrategias fortalecer y enriquecer lazos emocionales y sustentar el establecimiento de vínculos más sólidos y estables (Climent, Aragón, Plutchik, 1989; González-Forteza, 1996).

Violencia familiar: Este tipo de violencia se refiere a cualquier forma de abuso (entendido como el uso intencional de la fuerza física o poder, hecho o amenaza contra otra persona y que resulte o tenga una elevada probabilidad de resultar en lesión, muerte, daño psicológico o privación) que tenga lugar dentro de las relaciones que existen entre los miembros de una unidad familiar (Corsi, 1994; OMS, 2002)

Autoestima: Constructo psicológico que consiste en una actitud positiva o negativa que el sujeto tiene hacia sí mismo. Cuando es positiva y alta implica que el sujeto se respeta y se aprecia, reconoce sus deficiencias y espera madurar y mejorar. Por el contrario, cuando es baja o negativa el sujeto se autodevalúa y es incapaz de identificar y utilizar sus potencialidades (Rosenberg, 1974).

Conducta antisocial: Está constituida por un conglomerado de comportamientos de oposición y trasgresión de las normas y leyes que se han establecido dentro de una comunidad, de los valores y las regulaciones

imperantes dentro del grupo social en que vive el sujeto, así como de los patrones de relaciones interpersonales acostumbrados (Kazdin, 1995; Walker, Colvin, Ramsey, 1995).

4.9 DEFINICIÓN OPERACIONAL DE VARIABLES

Sexo: se refiere a la condición anatómica, fisiológica y orgánica de los sujetos. Se medirá a partir de la respuesta a la pregunta sobre el sexo propio de los sujetos (hombre o mujer).

Nivel socioeconómico: estrato socioeconómico al que pertenece el sujeto, el cual se midió a través de la pregunta sobre el tipo de escuela a la que asisten los sujetos (pública o privada). De manera que quienes pertenecían a escuela privada se consideraron de nivel socioeconómico medio y quienes pertenecían a la pública, se consideraron de nivel bajo.

Relación con los padres: respuestas a las 15 preguntas que indican la frecuencia con que los padres del sujeto realizan actividades que denotan una relación con afectiva, de comunicación y supervisada con éste (Escala de Relación con los Padres; Climent, Aragón y Plutchick. 1989). Las opciones de respuesta están en formato de respuesta es tipo Likert (nunca, a veces, con frecuencia, con mucha frecuencia).

Violencia familiar: respuestas a 22 preguntas sobre el número de veces que los padres del sujeto lo han hecho víctima de maltrato en los últimos 12 meses. Se midió a través de las respuestas a dos escalas: la Escala de Tácticas de Conflicto (Conflict Tactics Scale de Straus, Hamby, McCoy y Sugarman 1996) y la Escala de Tácticas de Conflicto padres-hijos (Parent-Child Conflict Tactics Scale de Straus, Hamby, Finkelhor, Moore y Runyan, 1998).

Consumo de programación televisiva violenta: se refiere a la cantidad de horas semanales que el sujeto emplea consumiendo programas violentos; éstos se definieron a partir del contenido del material que se consume: si hay presencia de insultos, disputas, amenazas, forcejeos, riñas, agresiones y daño hacia otro ser u objeto, o se muestran eventos en los cuales existe destrucción evidente y estos tienen como consecuencia el sufrimiento manifiesto de los involucrados. Se definió como no violento si no había presencia de actos que contuvieran este tipo de material. La variable se midió mediante las respuestas a preguntas sobre los programas favoritos de los sujetos y el tiempo durante el que los consumieron.

La clasificación de los programas violentos se obtuvo de los resultados de un análisis del contenido de 1040 horas de programación, correspondientes a lo que se transmitió durante los siete días de una semana en un horario de 6:00 de la mañana a 12:00 de la noche en los canales abiertos en la ciudad de México. En esta muestra se analizaron 1203 programas en los que se observaron 6980 actos violentos (la clasificación y el promedio de actos por hora se muestran en el apéndice 3).

Autoestima: se midió a partir de las respuestas a los 10 reactivos de la Escala de Autoestima de Rosenberg (1965), cada uno tiene 4 opciones de respuesta que van de Totalmente de Acuerdo a Totalmente en Desacuerdo. Se considera que a mayor puntaje, mayor autoestima.

Conducta antisocial: se midió a través de las respuestas a las 15 preguntas que exploran si el sujeto ha realizado alguna de esas conductas (Escala de Actos Antisociales de la Addiction Research Foundation, 1988) en los últimos 12 meses. Un mayor número de respuestas afirmativas significa una mayor presencia de conducta antisocial.

4.10 INSTRUMENTO

El cuestionario que se utilizó para recabar los datos de la investigación se formó con diferentes escalas:

1.- **Datos sociodemográficos:** información general como edad, sexo, tipo de escuela, grado escolar.

2.- **Consumo de televisión:** preguntas que exploraron el comportamiento televisivo de los sujetos en términos del número de aparatos de TV que existen en su hogar y los lugares en que éstos se encuentran. Asimismo exploró los hábitos de consumo en términos de la frecuencia de exposición, los programas preferidos y la forma en que ven televisión (con quién, en qué circunstancias y qué actividades realizan mientras la ven y algunas actitudes en cuanto al consumo de TV).

3.- **Violencia familiar:** Escala de Tácticas de Conflicto (Conflict Tactics Scale de Straus, Hamby, McCoy y Sugarman 1996). Evalúa si los adolescentes han sido testigos de violencia entre los padres. La escala consta de 19 reactivos. Asimismo, se incluyó la Escala de Tácticas de Conflicto padres-hijos (Parent-Child Conflict Tactics Scale de Straus, Hamby, Finkelhor, Moore y Runyan, 1998), la cual se basa en la misma teoría, tiene 22 reactivos y explora el número de veces que los padres del

sujeto lo han hecho víctima de maltrato en los últimos 12 meses. Estas escalas fueron adaptadas y validadas en estudiantes mexicanos por Ramos Lira (2000).

4.- **Autoestima:** Escala de autoestima de Rosenberg (Rosenberg, 1965): consta de 10 reactivos. Las dos dimensiones que la componen contemplan: atributos positivos y negativos de la autoestima. Esta escala fue adaptada y validada en estudiantes mexicanos por Estrada y Velásquez en 1986.

5.- **Relación con los padres:** Escalas de relación con los padres (padre y madre por separado) (Climent, Aragón, Plutchik, 1989). Dos escalas que indagan los mismos aspectos para cada progenitor y constan de 15 reactivos cada una. La adaptación y validación en estudiantes mexicanos la realizó González-Forteza en 1992.

6.- **Actos antisociales:** Escala de actos antisociales (Addiction Research Foundation, 1988). Consta de 13 preguntas con las que se indaga acerca de la participación del adolescente en conductas antisociales. Con ésta se interroga al sujeto en cuanto a su participación o realización, durante el último año, en alguna de conducta considerada como antisocial. La escala fue adaptada y validada en estudiantes mexicanos por Castro en 1988.

4.11 PROCEDIMIENTO

Recolección de datos

El trabajo de campo se realizó en 2 escuelas secundarias y 2 de bachillerato (1 pública y 1 privada, en cada caso). La selección de los planteles se hizo con base en un criterio de accesibilidad¹. Las escuelas se localizan en las delegaciones Tlalpan, Iztapalapa, Xochimilco y Gustavo A. Madero.

Para recolectar los datos de las variables que integran el modelo conceptual se estableció contacto con las escuelas y se solicitó su autorización para la realización del trabajo, previa explicación de los objetivos del estudio. Una vez que se contó con el permiso de las autoridades de cada plantel, se procedió a la aplicación de un cuestionario en formato de autorrespuesta en los salones de clase.

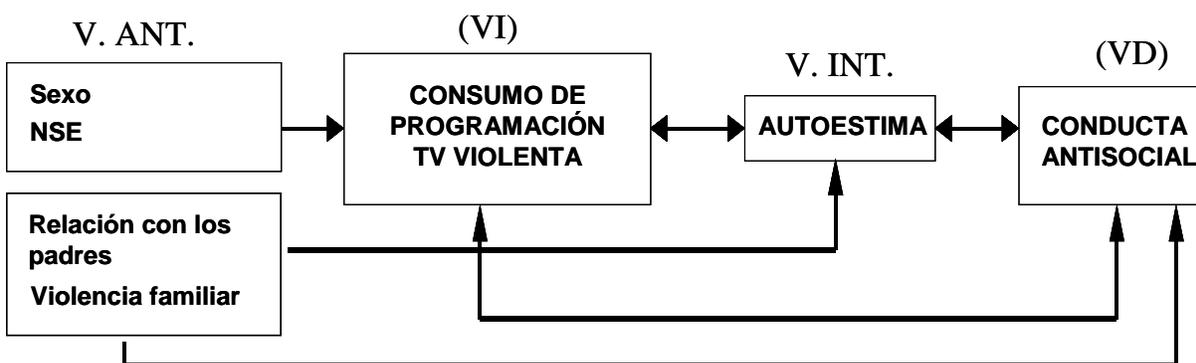
A los participantes se les explicó el objetivo general del trabajo, se les aclaró que su participación era completamente voluntaria, además de que si aceptaban contestar el cuestionario y, una vez iniciado, decidían no proseguir podían hacerlo sin ningún problema; ninguno se rehusó a colaborar. A todos se les dieron las mismas instrucciones, se les garantizó

¹ Se tuvo contacto con 10 escuelas, 5 privadas y 5 oficiales, de las cuales sólo las cuatro en que se efectuó la encuesta, otorgaron el permiso.

completo anonimato en cuanto a la información que proporcionarían y se les ofreció un directorio con datos de instituciones de atención a la salud a las que podían recurrir en caso de que requirieran algún tipo de servicio o asesoría². Asimismo, se les ofreció una sesión personal para resolver dudas y hacer aclaraciones en caso de que lo desearan.

A cada participante se le entregó un cuestionario y se le pidió que lo contestara en forma personal. Las aplicaciones se realizaron sin la presencia de ninguna persona vinculada con la institución.

4.12 MODELO CONCEPTUAL DE RELACIÓN DE VARIABLES (FIGURA 2)



Según el modelo que se propone, las variables antecedentes de sexo (en este caso ser hombre) y nivel socioeconómico (bajo) estarían relacionadas

² Aunque podría pensarse que este tipo de oferta es insuficiente dadas las necesidades de algunos adolescentes, fue uno de los apoyos a los que se pudo tener acceso por el escaso presupuesto para realizar la investigación.

con el tipo de consumo de programación televisiva violenta; éste, que a su vez, se asociaría con la conducta antisocial de manera bidireccional, lo que implicaría que quienes tuvieran el consumo presentarían conducta antisocial y que éstos, a su vez, tenderían a consumir programas con este tipo de contenido.

Por otro lado, la relación con los padres y la violencia familiar se relacionarían directamente con la presencia de conducta antisocial en el sentido de que los adolescentes que tengan relaciones poco afectivas, carentes de comunicación y supervisión y que vivan dentro de entornos familiares en los que existe presencia de violencia mostrarían conducta antisocial. Estas dos variables antecedentes también tendrían influencia sobre el nivel de autoestima; quienes estuvieran en la situación que se mencionó, tenderían a mostrar niveles bajos.

El papel de la autoestima dentro del modelo, como se ha planteado en diferentes investigaciones, sería funcionar como variable de intervención en la relación entre el consumo de programación violenta y la conducta antisocial; en este caso, quienes la tuvieran elevada y consumieran más programación no mostrarían comportamiento antisocial, por el contrario, quienes la tuvieran baja sí desplegarían la conducta.

4.13 CONSIDERACIONES ÉTICAS

Los datos de los estudiantes se recabaron en las escuelas que concedieron el permiso para la realización del trabajo de campo. El contacto con los planteles se realizó de manera directa para plantearles a las autoridades correspondientes los objetivos del estudio y el procedimiento general para la aplicación de los cuestionarios. Se les explicó que la información que proporcionasen los alumnos sería absolutamente anónima y que no se podría entregar ningún cuestionario a los directivos, ni compartir con ellos ningún dato específico de los estudiantes. Se les ofreció un reporte de los resultados, pero se les aclaró que la información contenida en éste sería general de los cuatro planteles y que no se podría hacer ninguna otra especificación.

A los participantes se les explicó que la investigación era para conocer algunos datos respecto a sus preferencias en cuanto a sus hábitos de consumo de televisión y algunas experiencias que los jóvenes pueden vivir en sus casas, con su familia, además de otros aspectos relacionados con su vida en general y con cosas que a veces hacen los adolescentes; se les especificó que en el cuestionario encontrarían preguntas sobre estos temas.

También se les mencionó que cualquier duda sobre el cuestionario y sobre lo que se les había dicho les sería aclarada.

En cuanto a su participación, se les especificó que era por completo voluntaria y que podían decidir no contestar el cuestionario, se les dijo que aun cuando hubieran aceptado inicialmente y hubieran iniciado a responder podían dejar de hacerlo si así lo deseaban, sin ninguna consecuencia negativa para ellos. Se les indicó que únicamente dejaran el instrumento sobre su pupitre.

Se les aclaró que la información que proporcionasen era totalmente confidencial y que no deberían anotar sus datos personales en ninguna sección del cuestionario. Además de que los cuestionarios no se le iban a entregar a las autoridades de los planteles, ni a los padres de familia y que los resultados se procesarían de forma global y que no sería posible identificar a ningún participante de manera individual.

Asimismo, se ofreció a quienes lo desearan un pequeño directorio con datos de instituciones dedicadas a la atención de la salud mental, de problemas relacionados con la familia y de orientación sobre cuestiones de

adolescentes; éstas se ubicaron dentro de las delegaciones en que se localizaban las escuelas.

5. RESULTADOS

DESCRIPCIÓN DE LA MUESTRA: SEXO Y TIPO DE ESCUELA

La muestra (tabla 1) se formó con 532 adolescentes (53% mujeres y 47% hombres, con una media de edad de 14.67 ± 1.9 años). La mayoría de los sujetos (58%) pertenecía a las escuelas públicas.

Tabla 1. Distribución por sexo y tipo de escuela

	TIPO DE ESCUELA				f TOTAL	% TOTAL
	Pública		Privada			
SEXO	f	%	f	%		
Mujeres	135	32.9	105	19.7	280	52.6
Hombres	136	25.6	116	21.8	252	47.4
TOTAL	311	58.5	221	41.5	532	100

CONSUMO DE TELEVISIÓN: GLOBAL, POR SEXO Y TIPO DE ESCUELA

Como ya se mencionó antes, el consumo de televisión se midió considerando el número de horas que los sujetos pasaban frente al televisor por día, durante los fines de semana y durante toda la semana. En promedio, el consumo semanal de televisión de la muestra fue de 26 horas (tabla 2). En el análisis por sexo se pudo apreciar que las mujeres invirtieron un poco más de tiempo de televisión por semana y cada día de lunes a viernes, mientras que los hombres consumieron más tiempo durante los fines de semana. En ningún caso las diferencias fueron significativas.

Tabla 2. Promedio de horas de televisión consumidas, por sexo

	Semanal	lun.-vie.	Fin de semana
Global	26.03±16.3	3.67±2.87	7.68±5.95
Hombres	25.62±13.58	3.55±2.18	7.89±5.36
Mujeres	26.38±18.31	3.78±3.35	7.49±6.43
t	-.531	-.921	.765
gl	515	515	515
p	.595	.357	.445

Por lo que respecta al consumo promedio de horas de televisión por tipo de escuela, se observó un consumo semanal mayor, diario de lunes a viernes y durante los fines de semana por parte de los sujetos de las escuelas públicas (tabla 3). En este caso, las diferencias tampoco fueron significativas.

Dado que no se exploraron otro tipo de actividades recreativas, sólo se podrían hacer suposiciones respecto a esta diferencia en el consumo, que si bien no es significativa, sí da cuenta de la forma en que los sujetos de esta muestra distribuyen esta actividad. Podría suponerse, por ejemplo, que los sujetos de escuelas públicas consumen más tiempo de televisión porque sus opciones recreativas y de uso del tiempo libre son más limitadas debido a que los recursos de los que disponen son menores que los de los sujetos de escuelas privadas o bien que éstos tienen actividades extracurriculares u horarios más prolongados.

Tabla 3. Promedio de horas de televisión consumidas, por tipo de escuela

	Semanal	lun.-vie.	Fin de semana
Pública	26.94+17.88	3.81+3.23	7.89+6.70
Privada	24.72+13.54	3.47+2.22	7.37+4.68
t	1.53	1.32	.984
gl	515	515	515
p	.126	.185	.325

Con quién ven televisión

La mayor parte de los sujetos de la muestra consumió televisión por su cuenta y sin la supervisión de un adulto. Los hombres reportaron que suelen hacer esto significativamente con mayor frecuencia que las mujeres. En tanto que ellas suelen ver la televisión significativamente con mayor frecuencia que los hombres acompañadas por la mamá o con sus hermanos (tabla 4).

Tabla 4. Personas con quienes ven la televisión, por sexo

	Global	Hombres	Mujeres		
	%	%	%	χ^2	p
Con papá	24.6	28.6	20.9	3.3	.071
Con mamá	47.9	38.1	56.5	14.2	.000
Con ambos padres	36.1	32	39.8	2.8	.094
Con hermanos	60.7	55.6	65.1	4.3	.038
Con novio(a)	10	10.9	9.2	.3	.598
Con amigos	13	16	10	2.8	.091
Con otras personas	10.2	9.4	11	.24	.623
Sólo(a)	64	71.3	57.7	7.1	.008

En la comparación por tipo de escuela, los sujetos de escuelas públicas reportaron que suelen ver la televisión en compañía de su mamá, de ambos padres o de sus hermanos significativamente con mayor frecuencia que los de escuelas privadas (tabla 5). Situación que podría hablar de una mayor supervisión del tipo de programas que estos sujetos consumen, o bien de

una estructura familiar que aún conserva mayores elementos de convivencia que las familias de los sujetos de las escuela privadas, quizá por estar sujetos a dinámicas laborales diferentes. También se podría pensar que en estas familias existe sólo un aparato de televisión.

Tabla 5. Personas con quienes ven la televisión, por tipo de escuela

	Pública	Privada	χ^2	<i>p</i>
	%	%		
Con papá	14.7	9.8	3.12	.077
Con mamá	23.9	18.6	9.00	.003
Con ambos padres	24.4	11.7	14.65	.000
Con hermanos	39.5	21.2	19.79	.000
Con novio(a)	4.4	5.6	.83	.361
Con amigos	4.9	8.1	3.67	.055
Con otras personas	4.0	6.2	2.79	.095
Solo(a)	33.1	30.9	1.38	.240

Consumo de televisión violenta: global, por sexo y por tipo de escuela

Para conformar la categoría de mayor tiempo de consumo de programas violentos se unió en una sola variable a los sujetos que reportaron consumir, en promedio, más de 16 horas por semana y cuyos programas favoritos estaban entre los que tenían mayor nivel de violencia: dibujos animados, series y noticieros (la clasificación y el promedio de actos por hora se muestran en el apéndice 3).

Se observó que 47% de los sujetos de la muestra informó que prefiere consumir mayor tiempo de programas con elevado contenido de violencia. La mayoría de los adolescentes que reportó dicho consumo estuvo

integrada por hombres; sin embargo, la diferencia no fue estadísticamente significativa con las mujeres (tabla 6). Esto nos dice que, en general, la preferencia de este tipo de programas y la duración de su consumo fue prácticamente igual en los sujetos de la muestra.

Tabla 6. Sujetos que prefiere más tiempo de programas con mayor contenido violento, por sexo

	%		
Global	47.4		
Hombres	50.4	χ^2	p
Mujeres	44.8	1.61	.20

La comparación por tipo de escuela del consumo de programas con mayor contenido violento, mostró que los adolescentes de las escuelas públicas tienen una mayor preferencia por este tipo de programas. En este caso, la diferencia tampoco fue significativa (tabla 7). Sin embargo, este resultado es un tanto lógico si pensamos que los estudiantes de las escuelas públicas consumen mayor número de horas por semana y que el contenido de la programación de la televisión abierta está, básicamente, dominado por el tipo de programas que contienen mayor carga de violencia.

Tabla 7. Sujetos que prefieren más tiempo de programas con mayor contenido violento, por tipo de escuela

	%		
Pública	28.3	χ^2	p
Privada	19.1	.224	.64

RELACIÓN CON LA MAMÁ Y CON EL PAPÁ

Inicialmente se realizó un análisis factorial exploratorio (componentes principales, rotación oblicua) de las escalas de relación con la mamá y de relación con el papá, además del análisis de consistencia interna para evaluar su índice de confiabilidad. Ambas escalas obtuvieron alfas de Cronbach satisfactorias: relación con mamá = .91 y relación con papá = .94 (tablas 8 y 9).

El análisis factorial se realizó para tener los reactivos (variables) de la escala agrupados en dimensiones que permitieran hacer las comparaciones posteriores con constructos que resumieran sus componentes. De este modo, se obtuvieron estructuras de tres factores en ambos casos, cada uno con índices de consistencia interna satisfactorios. Las dimensiones fueron: afecto, comunicación y control, que explicaron 68.86% de la varianza en el caso de la relación con la mamá y 70.4% en el caso de la relación con el papá.

Tabla 8. Estructura factorial de la escala de relación con la mamá

	Afecto	Comunicación	Control
Trata darte lo que necesitas	.793		
Demuestra preocupación por ti	.791		
Te demuestra cariño	.720		
Te expresa su amor	.667		
Es justo contigo	.605		
Se interesa en ayudarte	.595		
	Var=52.32 α=.87		
Habla contigo de tus inquietudes sexuales		-.792	
Habla contigo de tus problemas		-.755	
Habla contigo de tu vida		-.755	
Le gusta hablar de tus cosas		-.675	
Realiza alguna actividad agradable contigo		-.626	
		Var=9.0 α=.87	
Sabe a donde vas cuando sales			.879
Sabe con quien estás cuando sales			.858
			Var=7.54 α=.84

Tabla 9. Estructura factorial de la escala de relación con el papá

	Afecto	Comunicación	Control
Trata de darte lo que necesitas	.843		
Demuestra su preocupación por ti	.831		
Es justo contigo	.749		
Se interesa en ayudarte	.655		
Te expresa su amor	.637		
Te demuestra cariño	.610		
	Var=54.63 α=.90		
Habla contigo de tus inquietudes sexuales		.873	
Habla contigo de tu vida		.755	
Habla contigo de tus problemas		.743	
Le gusta hablar de tus cosas		.686	
Realiza alguna actividad agradable contigo		.676	
		Var=8.46 α=.88	
Te obliga a llegar a una hora determinada			.808
Sabe a donde vas cuando sales			.617
Sabe con quien estás cuando sales			.608
			Var=7.30 α=.74

Relación con mamá y papá por sexo y por tipo de escuela

En la tabla 10 se muestran las frecuencias del tipo de relación con la mamá y con el papá considerando el sexo y el tipo de escuela. En ambos casos, lo que predomina en los sujetos de la muestra son las relaciones de tipo afectivo, tanto con la mamá como con el papá. Es interesante notar que los hombres reportaron más este tipo de relación con su papá que las mujeres, en tanto que éstas la reportaron más con su mamá. Lo que nos hablaría de relaciones que pudieran estar diferenciadas por algunos aspectos de género. Por otro lado, los estudiantes de escuelas privadas fueron quienes, en mayor medida, dijeron tener una relación afectiva con ambos padres.

Tabla 10. Tipo de relación con la mamá y con el papá por sexo y tipo de escuela

	GLOBAL		SEXO				TIPO DE ESCUELA			
			HOMBRES		MUJERES		PÚBLICA		PRIVADA	
	f	%	f	%	f	%	f	%	f	%
Relación con mamá: afecto	506	97.3	237	96.7	269	97.8	294	96.4	212	98.6
Relación con mamá: comunicación	447	86.5	210	86.4	237	86.5	259	85.8	188	87.4
Relación con mamá: control	487	94.4	229	94.2	258	94.5	281	93	206	96.3
Relación con papá: afecto	444	91.7	216	93.5	228	90.1	252	90.3	192	93.7
Relación con papá: comunicación	345	71.6	174	75.7	171	67.9	199	71.8	146	71.2
Relación con papá: control	413	86.4	204	89.1	209	83.9	233	85	180	88.2

Las comparaciones por sexo de las dimensiones de la escala de relación con la mamá y con el papá, mostraron diferencias significativas en la dimensión de comunicación con la mamá; las mujeres reportaron tenerla de manera más frecuente que los hombres. Éstos, por su parte, dijeron tener significativamente con mayor frecuencia que las mujeres una relación de afecto con su papá (tabla 11). Esto podría estar hablando, como ya se mencionó, de relaciones que estarían matizadas por elementos que pertenecen a una dimensión relacionada con las características de género.

Tabla 11. Comparación de las dimensiones de la escala de relación con la mamá y el papá, por sexo

Dimensiones	Sexo	Rango promedio	
Relación con mamá: afecto	Hombres	263.80	z = -.783, p = .433
	Mujeres	257.56	
Relación con mamá: comunicación	Hombres	244.59	z = -2.280, p = .023
	Mujeres	271.78	
Relación con mamá: control	Hombres	250.57	z = -1.671, p = .095
	Mujeres	265.56	
Relación con papá: afecto	Hombres	252.45	z = -1.970, p = .049
	Mujeres	233.42	
Relación con papá: comunicación	Hombres	253.06	z = -1.852, p = .064
	Mujeres	230.95	
Relación con papá: control	Hombres	242.00	z = -.430, p = .430
	Mujeres	237.20	

Por otra parte, en la comparación por tipo de escuela (tabla 12), la única diferencia significativa que se presentó fue en la dimensión de control en la relación con la mamá, en la que los estudiantes de las escuelas privadas reportaron tener casi siempre una relación de este tipo.

Tabla 12. Comparación de las dimensiones de la escala de relación con la mamá y el papá, por tipo de escuela

Dimensiones	Sexo	Rango promedio	
Relación con mamá: afecto	Pública	260.84	z = -.103, p = .918
	Privada	260.01	
Relación con mamá: comunicación	Pública	266.53	z = -1.499, p = .134
	Privada	248.43	
Relación con mamá: control	Pública	250.88	z = -2.021, p = .043
	Privada	269.26	
Relación con papá: afecto	Pública	241.90	z = -.146, p = .884
	Privada	243.32	
Relación con papá: comunicación	Pública	243.92	z = -.472, p = .637
	Privada	238.23	
Relación con papá: control	Pública	231.93	z = -1.570, p = .116
	Privada	249.66	

VIOLENCIA FAMILIAR

Al igual que en el caso de las escalas de relación con la mamá y el papá, se hicieron análisis factoriales exploratorios de las escalas de violencia de la mamá y del papá hacia los adolescentes para poder agrupar los reactivos de la escala en dimensiones y realizar las comparaciones con los constructos resultantes.

El análisis se ejecutó con el método de extracción de componentes principales y con rotación oblicua. En cada caso se obtuvieron estructuras factoriales de cuatro dimensiones (violencia psicológica, violencia física severa, violencia física muy severa y no violencia). Los factores de la escala de violencia de la mamá explicaron el 67.77% de la varianza y la escala tuvo una consistencia interna satisfactoria (alfa de Cronbach = .90) (tabla 13). Por su parte, los factores de la escala de violencia del papá explicaron 69.07% de la varianza y la escala también tuvo un índice de consistencia interna satisfactorio (alfa de Cronbach = .93) (tabla 14).

Tabla 13. Estructura factorial de la escala de violencia de la mamá

	Psicológica	Física severa	Física muy severa	No violencia
Te dijo estúpido	.856			
Te gritó	.785			
Te dijo groserías	.734			
Te dio cachetadas	.556			
Te dijo que te iba a correr de la casa	.527			
Te amenazó con pegarte	.497			
	Var=48.86 α=.83			
Te pego en las nalgas con cinturón		.926		
Te sacudió		.778		
Te dio nalgadas		.768		
Te dio un manotazo		.540		
Te pegó en alguna parte del cuerpo		.530		
		Var=5.07 α=.84		
Te quemó			-.907	
Te ahorcó			-.866	
Te amenazó con cuchillo			-.827	
Te tiro de un golpe			-.758	
Te pegó muy fuerte (te dio una golpiza)			-.658	
Te dio puñetazos			-.645	
			Var=8.08 α=.88	
Explicó por qué estaba mal lo que hiciste				.769
Te quitó privilegios				.652
Te puso a hacer otra cosa				.620
				Var=5.76 α=.43

Tabla 14. Estructura factorial de la escala de violencia del papá

	Psicológica	Física severa	Física muy severa	No violencia
Te dijo groserías	.867			
Te dijo estúpido	.805			
Te gritó	.740			
Te dijo que te iba a correr de la casa	.587			
Te amenazó con pegarte	.507			
	Var=5.60 α=.83			
Te pego en las nalgas con un cinturón		.954		
Te dio un manotazo		.808		
Te dio nalgadas		.746		
Te dio puñetazos		.694		
Te sacudió		.687		
Te pegó en alguna parte del cuerpo		.653		
Te dio cachetada		.607		
		Var=48.36 α=.90		
Te amenazó con un cuchillo			-.827	
Te quemó			-.803	
Te ahorcó			-.780	
			Var=8.56 α=.89	
Explico por qué estaba mal lo que hiciste				.917
Te puso a hacer otra cosa				.510
				Var=6.56 α=.33

Violencia familiar por sexo y tipo de escuela

En cuanto al tipo de violencia que suelen ejercer los padres sobre los sujetos se observó, que en términos globales, ésta es básicamente de tipo psicológico. Tanto hombres como mujeres de los dos tipos de escuelas reportaron que reciben este tipo de violencia de ambos padres. Es decir, los sujetos viven situaciones en las que sus padres los insultan, amenazan y les gritan. Es interesante notar que quienes con mayor frecuencia fueron receptoras de estas agresiones fueron las mujeres y los estudiantes de escuelas privadas (tabla 15). Esto resulta un tanto contrastante ya que, al mismo tiempo, son estos sujetos quienes dijeron que tienen relaciones afectivas y de comunicación con sus padres.

Tabla 15. Tipo de violencia ejercida por la mamá y por el papá, por sexo y por tipo de escuela

	GLOBAL		SEXO				TIPO DE ESCUELA			
	f	%	HOMBRES		MUJERES		PÚBLICA		PRIVADA	
			f	%	f	%	f	%	f	%
Violencia ejercida por la mamá										
Psicológica	323	63.7	149	62.8	174	65.4	178	60.8	145	67.8
Física severa	220	43.4	108	44.8	112	42.1	122	41.6	98	45.8
Física muy severa	62	12.2	36	14.9	26	9.8	35	11.9	27	12.6
Violencia ejercida por el papá										
Psicológica	267	55.9	136	59.6	131	52.4	150	54.7	117	57.4
Física severa	196	40.9	108	47.4	88	35.1	115	41.8	81	39.7
Física muy severa	22	4.7	11	4.9	11	4.4	14	5.1	8	4.0

La comparación del tipo de violencia que ejercieron los padres en el último año, por sexo, arrojó diferencias significativas en la violencia física muy severa que los adolescentes de la muestra recibieron por parte de la mamá y en la violencia física severa y en la muy severa que recibieron por parte del papá. En ambos casos, los hombres fueron quienes reportaron ser los receptores de este tipo de trato con mayor frecuencia (tabla 16).

Tabla 16. Tipo de violencia de la mamá y del papá, por sexo

Dimensiones: violencia de la mamá	Sexo	Rango promedio	
Psicológica	Hombres	254.19	z = -.352, p = .725
	Mujeres	251.91	
Física severa	Hombres	256.20	z = -.892, p = .373
	Mujeres	252.01	
Física muy severa	Hombres	256.21	z = -2.107, p = .035
	Mujeres	252.00	
Dimensiones: violencia del papá			
Psicológica	Hombres	244.04	z = -1.317, p = .188
	Mujeres	235.36	
Física severa	Hombres	245.28	z = -2.244, p = .025
	Mujeres	235.20	
Física muy severa	Hombres	242.79	z = -2.578, p = .010
	Mujeres	236.50	

En cuanto a la violencia que recibieron los sujetos por tipo de escuela, sólo hubo diferencias significativas en la psicológica; en este caso fueron los estudiantes de escuelas privadas quienes la recibieron con mayor frecuencia (tabla 17).

Tabla 17. Tipo de violencia de la mamá y del papá, por tipo de escuela

Dimensiones: violencia de la mamá	Tipo de escuela	Rango promedio	
Psicológica	Pública	248.14	z = -1.758, p = .079
	Privada	259.67	
Física severa	Pública	251.13	z = -1.430, p = .153
	Privada	257.93	
Física muy severa	Pública	253.73	z = -.316, p = .752
	Privada	254.37	
Dimensiones: violencia del papá			
Psicológica	Pública	232.18	z = -2.576, p = .010
	Privada	249.33	
Física severa	Pública	239.91	z = -.048, p = .962
	Privada	240.13	
Física muy severa	Pública	238.25	z = -1.191, p = .234
	Privada	241.18	

CONDUCTA ANTISOCIAL: GLOBAL, POR SEXO Y TIPO DE ESCUELA

Las conductas antisociales que más reportaron los sujetos se pueden considerar como no graves; la más frecuente fue decir mentiras para faltar a la escuela, molestar a otro sin motivo, tomar parte en riñas y dañar algo ajeno a propósito (tabla 18).

Tabla 18. Conducta antisocial global

	% Global
Traer arma por si hay pelea	10.5
Atacar a alguien con objeto	6.3
Decir mentiras para faltar escuela	41.0
Maltratar animales	10.9
Pasar noche fuera de casa sin permiso	9.6
Tomar auto sin permiso	5.0
Dañar algo ajeno a propósito	16.3
Vender drogas	1.9
Tomar dinero por menos de 500	10.3
Tomar dinero por más de 500	4.4
Herir a propósito a persona	13.6
Forzar cerraduras para entrar sin permiso	4.8
Tomar parte en peleas	18.8
Prender fuego a objetos ajenos	4.4
Golpear a representante autoridad	3.1
Tomar cosas de tienda sin pagar	9.2
Usar cuchillo o pistola para obtener objeto de otro	1.1
Molestar a otro sin motivo	24.1
Entrar sin permiso y escondidas a lugar ajeno	4.0
Enfrentar a otro para quitarle sus cosas	1.5

En la comparación por sexo se observaron diferencias significativas en ocho conductas, de las cuales cinco se pueden considerar como graves; en estos casos, las diferencias las marcaron los hombres, quienes tuvieron porcentajes más elevados que las mujeres en todos los casos (tabla 19).

Tabla 19. Conducta antisocial por sexo

	%	%		
	Hombres	Mujeres	χ^2	p
Traer arma por si hay pelea	17.8	4.0	26.50	.000
Atacar a alguien con objeto	10.1	2.9	11.40	.001
Decir mentiras para faltar escuela	42.1	40.0	0.24	.625
Maltratar animales	12.6	9.5	1.28	.257
Pasar noche fuera de casa sin permiso	12.6	6.9	4.78	.029
Tomar auto sin permiso	8.1	2.2	9.62	.002
Dañar algo ajeno a propósito	19.0	13.8	2.60	.107
Vender drogas	3.2	0.7	4.37	.037
Tomar dinero por menos de 500	13.8	7.3	5.91	.015
Tomar dinero por más de 500	6.1	2.9	3.09	.079
Herir a propósito a persona	15.4	12.0	1.27	.260
Forzar cerraduras para entrar sin permiso	5.7	4.0	0.79	.373
Tomar parte en peleas	24.7	13.5	10.78	.001
Prender fuego a objetos ajenos	6.1	2.9	3.09	.079
Golpear a representante autoridad	5.7	0.7	10.69	.001
Tomar cosas de tienda sin pagar	10.9	7.6	1.69	.193
Usar cuchillo o pistola para obtener objeto de otro	1.2	1.1	.18	.895
Molestar a otro sin motivo	25.1	23.3	.24	.626
Entrar sin permiso y escondidas a lugar ajeno	4.9	3.3	.85	.357
Enfrentar a otro para quitarle sus cosas	2	1.1	.75	.386

En el caso de la comparación por tipo de escuela, las diferencias significativas se presentaron en catorce conductas, de las cuales cinco son de las que se pueden considerar como graves. Los estudiantes de las escuelas privadas fueron quienes obtuvieron los porcentajes más elevados en todos los casos (tabla 20).

Tabla 20. Conducta antisocial por tipo de escuela

	%	%		
	Pública	Privada	χ^2	<i>p</i>
Traer arma por si hay pelea	7.2	15.2	8.67	.003
Atacar a alguien con objeto	4.3	9.2	2.25	.022
Decir mentiras para faltar escuela	33.1	52.1	18.84	.000
Maltratar animales	14.4	6.0	9.27	.002
Pasar noche fuera de casa sin permiso	6.6	13.8	7.73	.005
Tomar auto sin permiso	2.3	8.8	11.18	.001
Dañar algo ajeno a propósito	11.8	22.6	10.80	.001
Vender drogas	1.0	3.2	4.89	.047
Tomar dinero por menos de 500	5.2	17.5	20.57	.000
Tomar dinero por más de 500	2.3	7.4	7.76	.005
Herir a propósito a persona	9.8	18.9	8.85	.003
Forzar cerraduras para entrar sin permiso	4.6	5.1	0.64	.801
Tomar parte en peleas	15.7	23.0	4.43	.035
Prender fuego a objetos ajenos	3.9	5.1	0.38	.534
Golpear a representante autoridad	2.6	3.7	0.48	.487
Tomar cosas de tienda sin pagar	5.6	14.3	11.52	.001
Usar cuchillo o pistola para obtener objeto de otro	1.3	0.9	0.17	.680
Molestar a otro sin motivo	18.0	32.7	14.93	.000
Entrar sin permiso y escondidas a lugar ajeno	3.3	5.1	1.05	.305
Enfrentar a otro para quitarle sus cosas	1.6	1.4	0.55	.814

Al agrupar las conductas antisociales por el número en que éstas se presentan y hacer una comparación por sexo y por tipo de escuela, se pudieron observar diferencias significativas entre hombres y mujeres que han tenido al menos una conducta y más de seis; en ambos casos, las frecuencias más elevadas las obtuvieron los hombres. En la comparación por tipo de escuela, las diferencias se observaron en los estudiantes que han presentado al menos una conducta, entre una y cinco y más de seis; en todos los casos fueron los estudiantes de escuelas privadas quienes tuvieron los porcentajes más elevados (tabla 21).

Tabla 21. Número de conductas antisociales, global, por sexo y por tipo de escuela

	SEXO			χ^2	p	TIPO DE ESCUELA		χ^2	p
	%	%	%			%	%		
	Global	Hombres	Mujeres			Pública	Privada		
Al menos una conducta	60.3	66	55.3	5.808	.016	53.8	69.6	12.599	.000
Entre 1 y 5 conductas	49.0	51.4	46.9	0.885	.347	44.9	54.8	4.604	.032
Más de 6 conductas	11.3	14.6	8.4	4.407	.036	8.9	14.7	3.825	.050

AUTOESTIMA: GLOBAL, POR SEXO Y TIPO DE ESCUELA

El análisis de la autoestima mostró que un cuarto de la muestra la reportó baja (el punto de corte para el nivel de autoestima se determinó a partir del criterio estadístico de la media menos una desviación estándar). Al comparar hombres y mujeres no se presentaron diferencias significativas. De igual modo, no hubo diferencias significativas en el nivel de autoestima entre los estudiantes de escuelas públicas y privadas (tabla 22).

Tabla 22. Autoestima baja global, por sexo y tipo de escuela

	SEXO			χ^2	p	ESCUELA		χ^2	p
	%	%	%			%	%		
	Global	Hombres	Mujeres			Pública	Privada		
Autoestima ($\bar{x} = 31.33$, $S = 5.22$)	26.2	25.1	24.2	.301	.583	27.5	24.3	.509	.476

RELACIÓN DE LA CONDUCTA ANTISOCIAL CON LAS VARIABLE INDEPENDIENTES

Consumo de programas con alto contenido violento y conducta antisocial

Los análisis de asociación entre el consumo de programas con alto contenido de violencia (esta clasificación, como ya se dijo, se hizo con base en el tiempo elevado de consumo de programas con niveles altos de actos

violentos: dibujos animados, series y noticieros) y cada una de las conductas antisociales, no arrojó ninguna correlación moderadamente elevada, ni estadísticamente significativa (tabla 23).

Tabla 23. Correlación entre consumo elevado de programas con alto contenido de violencia y actos antisociales

	r_{ϕ}	p
Traer arma por si hay pelea	.008	.929
Atacar a alguien con objeto	.098	.303
Decir mentiras para faltar escuela	.018	.852
Maltratar animales	-.067	.481
Pasar noche fuera de casa sin permiso	-.014	.887
Tomar auto sin permiso	-.010	.919
Dañar algo ajeno a propósito	-.067	.481
Vender drogas	.066	.490
Tomar dinero por menos de 500	-.072	.448
Tomar dinero por más de 500	-.071	.455
Herir a propósito a persona	.141	.137
Forzar cerraduras para entrar sin permiso	.164	.085
Tomar parte en peleas	-.016	.868
Prender fuego a objetos ajenos	.076	.420
Golpear a representante autoridad	-.040	.677
Tomar cosas de tienda sin pagar	.030	.749
Usar cuchillo o pistola para obtener objeto de	.092	.333
Molestar a otro sin motivo	-.030	.754
Entrar sin permiso y a escondidas a lugar	.017	.862
Enfrentar a otro para quitarle sus cosas	.092	.333

Al asociar el consumo de programas con alto contenido de violencia con el número de conductas antisociales, tampoco se presentaron correlaciones elevadas, ni estadísticamente significativas (tabla 24).

Tabla 24. Correlación entre consumo elevado de programas con alto contenido de violencia y número de actos antisociales

	r_{ϕ}	p
Al menos una conducta	-.060	.176
Entre 1 y 5 conductas	-.040	.374
Más de 6 conductas	-.017	.766

Autoestima baja y conducta antisocial

La autoestima baja se asoció significativamente (correlaciones bajas y negativas) con cinco conductas antisociales: dañar algo ajeno a propósito, vender drogas, tomar dinero por más de 500 pesos, forzar cerraduras para entrar sin permiso a un lugar que no fuera mi casa y entrar sin permiso y a escondidas a un lugar ajeno. No hubo asociaciones importantes, ni significativas con el resto de las conductas (tabla 25).

Tabla 25. Correlación entre autoestima baja y actos antisociales

	r_{ϕ}	p
Traer arma por si hay pelea	-.012	.792
Atacar a alguien con objeto	.001	.981
Decir mentiras para faltar escuela	.016	.715
Maltratar animales	-.037	.407
Pasar noche fuera de casa sin permiso	-.057	.199
Tomar auto sin permiso	.010	.816
Dañar algo ajeno a propósito	-.088	.048
Vender drogas	-.091	.042
Tomar dinero por menos de 500	-.061	.174
Tomar dinero por más de 500	-.102	.022
Herir a propósito a persona	-.056	.210
Forzar cerraduras para entrar sin permiso	-.102	.022
Tomar parte en peleas	-.043	.333
Prender fuego a objetos ajenos	-.021	.636
Golpear a representante autoridad	-.073	.103
Tomar cosas de tienda sin pagar	-.078	.080
Usar cuchillo o pistola para obtener objeto de	-.060	.181
Molestar a otro sin motivo	-.003	.943
Entrar sin permiso y a escondidas a lugar	-.133	.003
Enfrentar a otro para quitarle sus cosas	-.069	.122

En el caso de la correlación entre la autoestima baja y el número de conductas mostradas por los adolescentes, no hubo ninguna asociación importante, ni significativa (tabla 26).

Tabla 26. Correlación entre número de actos antisociales y número de actos antisociales

	r_{ϕ}	p
Al menos una conducta	.051	.252
Entre 1 y 5 conductas	.004	.929
Más de 6 conductas	.073	.103

Relación con los padres y conducta antisocial

El análisis de la vinculación de la conducta antisocial y el tipo de relación con los padres se hizo considerando las dimensiones que emergieron de los análisis factoriales (afecto, comunicación y control).

En el caso de la relación de afecto con la mamá (tabla 27), se pudo observar que los sujetos que reportaron que a veces o nunca tenían una relación de este tipo con sus madres, mostraron significativamente más conductas antisociales. En este caso, salieron del análisis cinco conductas que no tuvieron una frecuencia suficiente.

Tabla 27. Conducta antisocial y relación de afecto con la mamá

	%	%	%		
	Nunca	A veces	Siempre	χ^2	<i>p</i>
Traer arma por si hay pelea	28.6	14.0	9.4	6.207	.045
Atacar a alguien con objeto	21.4	8.8	5.4	6.699	.035
Decir mentiras para faltar escuela	57.1	56.1	38.7	7.833	.020
Maltratar animales	14.3	15.8	10.1	1.839	.399
Pasar noche fuera de casa sin permiso	14.3	17.5	8.1	5.741	.057
Tomar auto sin permiso	7.1	3.5	4.7	.369	.831
Dañar algo ajeno a propósito	14.3	26.3	14.9	4.863	.088
Tomar dinero por menos de 500	7.1	24.6	8.3	14.793	.001
Herir a propósito a persona	21.4	29.8	11.5	15.073	.001
Forzar cerraduras para entrar sin permiso	21.4	8.8	3.6	12.060	.002
Tomar parte en peleas	28.6	31.6	16.5	8.615	.013
Prender fuego a objetos ajenos	21.4	10.5	2.9	17.491	.000
Tomar cosas de tienda sin pagar	14.3	22.8	7.4	14.611	.001
Molestar a otro sin motivo	28.6	38.6	22.5	7.207	.027
Entrar sin permiso y escondidas a lugar ajeno	7.1	8.8	3.4	4.124	.127

CONDUCTAS QUE NO SE INCLUYERON EN EL ANÁLISIS

- Vender drogas
- Tomar dinero por más de 500
- Golpear a representante autoridad
- Usar cuchillo o pistola para obtener objeto de otro
- Enfrentar a otro para quitarle sus cosas

Los sujetos que reportaron que nunca tienen una relación de comunicación con su madre (tabla 28), también mostraron significativamente más conductas antisociales. En este análisis se excluyeron tres conductas por no tener una frecuencia suficiente.

Tabla 28. Conducta antisocial y relación de comunicación con la mamá

	%	%	%		
	Nunca	A veces	Siempre	χ^2	<i>p</i>
Traer arma por si hay pelea	22.9	12.2	6.1	17.352	.000
Atacar a alguien con objeto	12.9	8.8	2.7	12.958	.002
Decir mentiras para faltar escuela	54.3	47.5	33.3	14.592	.001
Maltratar animales	11.4	11.0	10.3	.095	.954
Pasar noche fuera de casa sin permiso	17.1	10.5	6.5	7.755	.021
Tomar auto sin permiso	5.7	7.2	2.3	6.223	.045
Dañar algo ajeno a propósito	22.9	15.6	14.6	2.833	.243
Tomar dinero por menos de 500	18.6	13.3	5.7	13.061	.001
Tomar dinero por más de 500	11.6	4.4	1.5	14.819	.001
Herir a propósito a persona	25.7	13.3	11.1	10.015	.007
Forzar cerraduras para entrar sin permiso	7.1	6.1	2.7	4.193	.123
Tomar parte en peleas	30.0	17.8	15.7	7.580	.023
Prender fuego a objetos ajenos	12.9	2.8	2.7	15.805	.000
Golpear a representante autoridad	8.6	2.8	1.9	8.234	.016
Tomar cosas de tienda sin pagar	21.4	8.3	6.9	14.182	.001
Molestar a otro sin motivo	42.0	21.5	22.1	13.082	.001
Entrar sin permiso y escondidas a lugar ajeno	7.1	3.9	3.4	1.971	.373

CONDUCTAS QUE NO SE INCLUYERON EN EL ANÁLISIS

- Vender drogas
- Usar cuchillo o pistola para obtener objeto de otro
- Enfrentar a otro para quitarle sus cosas

Quienes reportaron nunca tener una relación de control con sus madres también mostraron más conductas antisociales; aunque en este caso el número de comportamientos fue menor y sólo uno salió del análisis por frecuencia insuficiente (tabla 29).

Tabla 29. Conducta antisocial y relación de control con la mamá

	%	%	%		
	Nunca	A veces	Siempre	χ^2	<i>p</i>
Traer arma por si hay pelea	31.0	18.8	7.7	21.508	.000
Atacar a alguien con objeto	13.8	8.7	5.3	4.113	.128
Decir mentiras para faltar escuela	62.1	42.0	39.5	5.747	.057
Maltratar animales	6.9	17.4	9.9	3.908	.142
Pasar noche fuera de casa sin permiso	20.7	13.0	8.0	6.383	.041
Tomar auto sin permiso	10.3	4.3	4.1	2.450	.294
Dañar algo ajeno a propósito	20.7	20.3	15.1	1.661	.436
Tomar dinero por menos de 500	13.8	10.1	9.9	.443	.801
Tomar dinero por más de 500	13.8	5.8	2.9	9.222	.010
Herir a propósito a persona	20.7	18.8	12.6	3.151	.207
Forzar cerraduras para entrar sin permiso	17.2	2.9	3.9	11.657	.003
Tomar parte en peleas	27.6	24.6	16.7	4.161	.125
Prender fuego a objetos ajenos	17.2	10.1	2.2	22.974	.000
Golpear a representante autoridad	6.9	2.9	2.9	1.444	.486
Tomar cosas de tienda sin pagar	10.3	17.4	8.0	6.212	.045
Usar cuchillo o pistola para obtener objeto de otro	6.9	1.4	.7	8.967	.011
Molestar a otro sin motivo	37.9	31.9	22.5	5.721	.057
Entrar sin permiso y escondidas a lugar ajeno	6.9	4.3	3.9	.646	.724
Enfrentar a otro para quitarle sus cosas	3.4	4.3	1.0	5.108	.078

CONDUCTAS QUE NO SE INCLUYERON EN EL ANÁLISIS

Vender drogas

Al analizar la conducta antisocial y el tipo de relación con el papá, se pudo observar que en las tres dimensiones (afecto, comunicación y control) los sujetos mostraron menos comportamientos con relaciones significativas.

Por ejemplo, en el caso de la relación de afecto con el papá, quienes reportaron que nunca tenían una relación de este tipo, mostraron seis conductas antisociales con frecuencias significativamente mayores que quienes se relacionaban afectivamente con su papá a veces o siempre (tabla 30). En este análisis no se incluyó a tres conductas.

Tabla 30. Conducta antisocial y relación de afecto con el papá

	%	%	%		
	Nunca	A veces	Siempre	χ^2	<i>p</i>
Traer arma por si hay pelea	15.0	17.1	8.9	5.452	.065
Atacar a alguien con objeto	10.0	8.5	5.0	2.651	.266
Decir mentiras para faltar escuela	57.5	52.4	35.2	13.834	.001
Maltratar animales	10.0	17.1	8.9	4.739	.094
Pasar noche fuera de casa sin permiso	20.0	7.4	7.5	7.335	.026
Dañar algo ajeno a propósito	25.0	19.5	13.8	4.525	.104
Tomar dinero por menos de 500	12.8	14.6	8.9	2.699	.259
Tomar dinero por más de 500	10.3	3.7	3.1	4.998	.082
Herir a propósito a persona	22.5	23.2	10.9	11.107	.004
Forzar cerraduras para entrar sin permiso	5.0	4.9	4.2	.108	.947
Tomar parte en peleas	38.5	17.1	17.0	10.768	.005
Prender fuego a objetos ajenos	10.0	3.7	3.6	3.719	.156
Golpear a representante autoridad	5.0	3.7	2.8	.680	.712
Tomar cosas de tienda sin pagar	15.0	12.2	7.5	3.760	.153
Molestar a otro sin motivo	42.5	34.1	20.6	13.878	.001
Entrar sin permiso y escondidas a lugar ajeno	10.0	2.4	4.2	3.800	.150
Enfrentar a otro para quitarle sus cosas	7.5	1.2	.8	11.184	.004

CONDUCTAS QUE NO SE INCLUYERON EN EL ANÁLISIS

Vender drogas

Tomar auto sin permiso

Usar cuchillo o pistola para obtener objeto de otro

En la relación de comunicación con el papá, la ausencia de ésta también significó mayor presencia de conductas antisociales, aunque comparándola con las anteriores, su peso fue menor, ya que sólo implicó diferencia significativa en tres conductas (tabla 31). De este análisis sólo se excluyó a dos comportamientos por tener frecuencias inferiores a las establecidas como criterio mínimo para realizar una comparación válida.

Tabla 31. Conducta antisocial y relación de comunicación con el papá

	%	%	%		
	Nunca	A veces	Siempre	χ^2	<i>p</i>
Traer arma por si hay pelea	11.9	13.9	6.3	5.288	.071
Atacar a alguien con objeto	6.7	6.5	5.1	.422	.810
Decir mentiras para faltar escuela	54.1	37.8	30.4	17.601	.000
Maltratar animales	11.1	10.8	9.5	.243	.886
Pasar noche fuera de casa sin permiso	11.2	10.2	4.4	5.271	.072
Tomar auto sin permiso	5.2	5.9	2.5	2.408	.300
Dañar algo ajeno a propósito	18.5	15.3	13.9	1.204	.548
Tomar dinero por menos de 500	12.7	11.8	6.3	4.008	.135
Tomar dinero por más de 500	5.2	4.9	1.3	4.076	.130
Herir a propósito a persona	22.2	10.8	10.8	10.595	.005
Forzar cerraduras para entrar sin permiso	6.7	4.3	2.6	2.894	.235
Tomar parte en peleas	23.3	17.7	16.5	2.468	.291
Prender fuego a objetos ajenos	5.2	2.7	5.1	1.701	.427
Golpear a representante autoridad	4.4	4.3	0.6	4.858	.088
Tomar cosas de tienda sin pagar	11.9	8.6	7.0	2.183	.336
Molestar a otro sin motivo	37.3	18.9	21.3	15.663	.000
Entrar sin permiso y escondidas a lugar ajeno	5.9	5.4	1.9	3.531	.171
Enfrentar a otro para quitarle sus cosas	3.0	1.1	0.6	3.059	.217

CONDUCTAS QUE NO SE INCLUYERON EN EL ANÁLISIS

Vender drogas

Usar cuchillo o pistola para obtener objeto de otro

Cuando se reportó que nunca se tenía una relación de control con el papá (que involucra aspectos de supervisión por parte de éste), la presencia de comportamientos antisociales fue mayor y significativa que cuando se tenía a veces o siempre (tabla 32). En este caso, no se incluyeron en el análisis a dos conductas.

Tabla 32. Conducta antisocial y relación de control con el papá

	%	%	%	χ^2	p
	Nunca	A veces	Siempre		
Traer arma por si hay pelea	14.1	14.0	6.7	3.353	.187
Atacar a alguien con objeto	9.4	8.1	4.4	3.543	.170
Decir mentiras para faltar escuela	56.3	44.1	33.9	12.203	.002
Maltratar animales	17.2	8.8	9.9	3.558	.169
Pasar noche fuera de casa sin permiso	20.6	7.4	6.2	14.149	.001
Tomar auto sin permiso	4.7	5.1	4.4	.121	.941
Dañar algo ajeno a propósito	19.0	19.9	13.2	3.561	.169
Tomar dinero por menos de 500	12.7	9.6	9.8	.535	.765
Tomar dinero por más de 500	6.3	5.2	2.6	2.980	.225
Herir a propósito a persona	21.9	14.7	12.0	4.235	.120
Forzar cerraduras para entrar sin permiso	6.3	4.4	3.6	.940	.625
Tomar parte en peleas	30.2	22.1	15.0	8.815	.012
Prender fuego a objetos ajenos	7.8	5.1	2.9	3.479	.176
Golpear a representante autoridad	7.8	3.7	1.8	6.268	.044
Tomar cosas de tienda sin pagar	15.6	9.6	7.3	4.458	.108
Molestar a otro sin motivo	42.2	31.9	17.3	21.997	.000
Entrar sin permiso y escondidas a lugar ajeno	10.9	3.7	3.3	7.468	.024
Enfrentar a otro para quitarle sus cosas	4.7	2.2	0.4	.389	.025

CONDUCTAS QUE SALIERON DEL ANÁLISIS

Vender drogas

Usar cuchillo o pistola para obtener objeto de otro

Relación con los padres y número de conductas antisociales

Los resultados del análisis del tipo de relación con los padres y las conductas antisociales agrupadas en tres categorías: algún acto, entre uno y cinco actos y más de seis actos, concuerdan en general con los de conducta por conducta.

Los sujetos que reportaron nunca o a veces tener una relación de afecto con la mamá, tuvieron frecuencias significativamente más elevadas en la ocurrencia de al menos una y de más de seis conductas antisociales (tabla 33).

Tabla 33. Número de actos antisociales y relación de afecto con la mamá

	%	%	%		
	Nunca	A veces	Siempre	χ^2	p
Algún acto antisocial	78.6	78.9	57.5	11.671	.003
Entre 1 y 5 actos antisociales	50.0	52.6	48.5	.344	.842
Más de 6 actos	28.6	26.3	9.0	19.153	.000

De igual modo, quienes reportaron nunca o sólo a veces tener una relación de comunicación con su mamá, mostraron frecuencias significativamente mayores en el número de actos antisociales en las tres categorías (tabla 34).

Tabla 34. Número de actos antisociales y relación de comunicación con la mamá

	%	%	%		
	Nunca	A veces	Siempre	χ^2	p
Algún acto antisocial	77.1	68.0	50.8	22.702	.000
Entre 1 y 5 actos antisociales	50.0	58.6	42.4	11.262	.004
Más de 6 actos	27.1	9.4	8.4	20.380	.000

En el caso de la relación de control con la mamá, ésta representó frecuencias significativamente más elevadas de al menos un acto y más de seis en quienes reportaron que la tenían sólo a veces o nunca (tabla 35).

Tabla 35. Número de actos antisociales y relación de control con la mamá

	%	%	%		
	Nunca	A veces	Siempre	χ^2	p
Algún acto antisocial	72.4	73.9	57.2	8.735	.013
Entre 1 y 5 actos antisociales	44.8	56.5	48.1	1.908	.385
Más de 6 actos	27.6	17.4	9.2	12.061	.002

En cuanto al tipo de relación con el papá, ésta también significó un peso importante sobre el número de actos antisociales. En el caso de la relación afectiva, los sujetos que nunca o sólo a veces la tenían, mostraron frecuencias más elevadas en la presencia de al menos uno y entre uno y cinco comportamientos (tabla 36).

Tabla 36. Número de actos antisociales y relación de afecto con el papá

	%	%	%		
	Nunca	A veces	Siempre	χ^2	p
Algún acto antisocial	80.0	75.6	53.8	20.737	.000
Entre 1 y 5 actos antisociales	60.0	62.2	44.6	10.469	.005
Más de 6 actos	20.0	13.4	9.2	5.055	.080

En cuanto a la relación comunicativa, los sujetos que dijeron no tenerla nunca con su papá, realizaron al menos un acto antisocial y entre uno y cinco, significativamente más que quienes dijeron tenerla a veces o siempre (tabla 37).

Tabla 37. Número de actos antisociales y relación de comunicación con el papá

	%	%	%		
	Nunca	A veces	Siempre	χ^2	<i>p</i>
Algún acto antisocial	75.6	57.5	48.7	22.370	.000
Entre 1 y 5 actos antisociales	60.7	46.8	41.1	11.719	.003
Más de 6 actos	14.8	10.8	7.6	3.925	.141

En el caso de la relación que implica control por parte del padre, ésta mostró mayor importancia para el número de conductas antisociales. Quienes dijeron que nunca se relacionaban con su padre en estos términos, tuvieron frecuencias significativamente mayores en las tres categorías (tabla 38).

Tabla 38. Número de actos antisociales y relación de control con el papá

	%	%	%		
	Nunca	A veces	Siempre	χ^2	<i>p</i>
Algún acto antisocial	81.3	66.2	51.6	22.171	.000
Entre 1 y 5 actos antisociales	59.4	55.1	43.3	8.419	.015
Más de 6 actos	21.9	11.0	8.4	9.723	.008

Violencia familiar y conducta antisocial

En los análisis de la conducta antisocial y la violencia en la familia (específicamente la que reciben los sujetos por parte de sus padres), también se utilizaron las dimensiones que se produjeron en los análisis factoriales. Sin embargo, al considerar a los sujetos que reportaron violencia física severa y violencia física muy severa con conductas

antisociales, las frecuencias resultaron demasiado bajas, por lo que se consideraron como una sola dimensión de violencia física.

Ninguna conducta antisocial se presentó significativamente con mayor frecuencia en los sujetos que reportaron tener una relación sin violencia con su mamá (tabla 39), sin importar si ésta se existía siempre, a veces o nunca. Es interesante notar aquí que la baja frecuencia de ambas situaciones en simultáneo, ocasionó que no se incluyera en el análisis a nueve comportamientos. Pareciera que cuando en la relación entre el sujeto y su madre no existe violencia, el proceder antisocial está ausente casi por completo.

Tabla 39. Conducta antisocial y relación sin violencia con la mamá

	% Nunca	% A veces	% Siempre	χ^2	p
Traer arma por si hay pelea	16.7	11.6	8.2	2.176	.337
Atacar a alguien con objeto	8.3	7.2	4.9	1.200	.549
Decir mentiras para faltar escuela	41.7	36.3	45.9	4.761	.093
Maltratar animales	16.7	12.0	9.0	1.588	.452
Tomar auto sin permiso	8.3	5.2	4.1	.674	.714
Dañar algo ajeno a propósito	16.7	13.9	18.4	1.849	.397
Herir a propósito a persona	16.7	11.2	16.0	2.551	.279
Forzar cerraduras para entrar sin permiso	16.7	3.2	5.3	5.485	.064
Tomar parte en peleas	25.0	17.5	19.7	.689	.708
Prender fuego a objetos ajenos	8.3	3.6	4.5	.809	.667
Molestar a otro sin motivo	25.0	19.5	29.9	7.199	.270

CONDUCTAS QUE NO SE INCLUYERON EN EL ANÁLISIS

- Pasar noche fuera de casa sin permiso
- Vender drogas
- Tomar dinero por menos de 500
- Tomar dinero por más de 500
- Golpear a representante autoridad
- Tomar cosas de tienda sin pagar
- Usar cuchillo o pistola para obtener objeto de otro
- Entrar sin permiso y escondidas a lugar ajeno
- Enfrentar a otro para quitarle sus cosas

El resultado es diferente cuando se considera una relación entre el sujeto y su mamá que está matizada por la agresión psicológica. En este caso, quienes reportaron que siempre había agresión psicológica por parte de la madre, mostraron significativamente más conductas antisociales que aquellos que no la tuvieron nunca o sólo a veces (tabla 40). En este análisis quedaron fuera sólo dos comportamientos antisociales por baja frecuencia.

Tabla 40. Conducta antisocial y agresión psicológica de la mamá

	%	%	%		
	Nunca	A veces	Siempre	χ^2	p
Traer arma por si hay pelea	7.1	11.3	14.9	3.353	.187
Atacar a alguien con objeto	3.8	6.9	10.6	3.599	.165
Decir mentiras para faltar escuela	30.8	43.8	66.0	20.834	.000
Maltratar animales	7.1	12.4	12.8	3.490	.175
Pasar noche fuera de casa sin permiso	8.2	8.0	23.4	11.546	.003
Tomar auto sin permiso	3.3	5.1	6.4	1.213	.545
Dañar algo ajeno a propósito	11.0	16.8	31.9	12.316	.002
Vender drogas	0.5	2.2	4.3	3.469	.177
Tomar dinero por menos de 500	4.9	11.3	25.5	17.698	.000
Tomar dinero por más de 500	1.6	4.0	12.8	12.095	.002
Herir a propósito a persona	6.6	16.1	27.7	16.792	.000
Forzar cerraduras para entrar sin permiso	3.3	4.4	8.5	2.428	.297
Tomar parte en peleas	14.8	20.1	25.5	3.573	.168
Prender fuego a objetos ajenos	2.2	4.0	10.6	6.972	.031
Golpear a representante autoridad	1.6	2.9	6.4	3.136	.208
Tomar cosas de tienda sin pagar	4.9	9.5	23.4	15.404	.000
Molestar a otro sin motivo	17.6	26.3	44.7	15.344	.000
Entrar sin permiso y escondidas a lugar ajeno	1.6	4.0	12.8	12.095	.002

CONDUCTAS QUE NO SE INCLUYERON EN EL ANÁLISIS

Usar cuchillo o pistola para obtener objeto de otro

Enfrentar a otro para quitarle sus cosas

Cuando se considera a la violencia física de la mamá hacia el sujeto, los resultados muestran con mayor contundencia la importancia de este tipo de relación sobre la conducta antisocial. En este caso, los sujetos que dijeron que en la relación con su madre siempre existía la violencia física, tuvieron significativamente más actos antisociales (casi todas las de la escala) que quienes dijeron que nunca o sólo a veces recibían violencia física (tabla 41). En este análisis no se incluyeron cuatro comportamientos.

Tabla 41. Conducta antisocial y violencia física de la mamá

	%	%	%		
	Nunca	A veces	Siempre	χ^2	p
Traer arma por si hay pelea	9.0	11.0	50.0	7.549	.023
Atacar a alguien con objeto	3.9	8.7	25.0	7.261	.027
Decir mentiras para faltar escuela	38.7	44.0	50.0	1.566	.457
Pasar noche fuera de casa sin permiso	7.9	11.0	50.0	8.983	.011
Tomar auto sin permiso	3.2	6.0	25.0	5.928	.052
Dañar algo ajeno a propósito	11.8	21.6	25.0	8.783	.012
Tomar dinero por menos de 500	5.7	16.1	25.0	14.939	.001
Tomar dinero por más de 500	1.4	6.4	50.0	30.215	.000
Herir a propósito a persona	9.3	18.3	50.0	13.067	.001
Forzar cerraduras para entrar sin permiso	2.9	6.0	25.0	6.873	.032
Tomar parte en peleas	16.8	20.2	50.0	3.538	.171
Prender fuego a objetos ajenos	2.9	4.6	50.0	23.214	.000
Golpear a representante autoridad	2.5	2.8	25.0	7.346	.025
Tomar cosas de tienda sin pagar	5.4	12.8	75.0	29.132	.000
Molestar a otro sin motivo	21.9	28.0	75.0	7.840	.020
Entrar sin permiso y escondidas a lugar ajeno	3.6	4.1	25.0	4.738	.094

CONDUCTAS QUE NO SE INCLUYERON EN EL ANÁLISIS

- Maltratar animales
- Vender drogas
- Usar cuchillo o pistola para obtener objeto de otro
- Enfrentar a otro para quitarle sus cosas

Por lo que hace a la violencia ejercida por el papá, su importancia parece ser menor que la que ejerce la mamá. Como se puede observar (tabla 42), la relación sin violencia por parte del padre no representó ninguna diferencia en la frecuencia de los comportamientos antisociales. En este análisis, al igual que en el de la mamá, no se incluyó a varias conductas por su baja frecuencia, lo que mostraría que cuando está ausente la violencia, se reduce la ocurrencia de actos antisociales.

Tabla 42. Conducta antisocial y relación sin violencia con el papá

	%	%	%		
	Nunca	A veces	Siempre	χ^2	p
Traer arma por si hay pelea	10.8	9.6	11.9	.566	.754
Atacar a alguien con objeto	10.8	5.2	5.7	1.841	.398
Decir mentiras para faltar escuela	43.2	37.8	42.5	1.182	.554
Maltratar animales	10.8	9.6	10.9	.197	.906
Pasar noche fuera de casa sin permiso	8.1	10.4	6.7	1.889	.389
Tomar auto sin permiso	5.4	6.0	3.6	1.326	.515
Dañar algo ajeno a propósito	18.9	17.3	13.5	1.455	.483
Herir a propósito a persona	13.5	14.1	13.5	.034	.983
Forzar cerraduras para entrar sin permiso	5.4	5.2	4.7	.084	.959
Tomar parte en peleas	18.9	17.3	20.7	.852	.653
Prender fuego a objetos ajenos	2.7	4.0	5.2	.623	.732
Golpear a representante autoridad	2.7	3.6	2.1	.918	.632
Tomar cosas de tienda sin pagar	5.4	6.8	9.8	1.706	.426
Molestar a otro sin motivo	29.7	21.7	26.4	1.994	.369
Entrar sin permiso y escondidas a lugar ajeno	5.4	3.6	4.7	.451	.798

CONDUCTAS QUE SALIERON DEL ANÁLISIS

- Vender drogas
- Tomar dinero por menos de 500
- Tomar dinero por más de 500
- Usar cuchillo o pistola para obtener objeto de otro
- Enfrentar a otro para quitarle sus cosas

Al considerar a la agresión psicológica en el análisis, los resultados comienzan a mostrar que su presencia aumenta la frecuencia de actos antisociales. De este modo, los sujetos que reportaron que siempre sufrían este tipo de violencia por parte de su papá, mostraron significativamente más conductas antisociales que aquellos que dijeron no recibirla nunca o sólo a veces (tabla 43).

Tabla 43. Conducta antisocial y agresión psicológica del papá

	% Nunca	% A veces	% Siempre	χ^2	<i>p</i>
Traer arma por si hay pelea	7.6	11.2	26.5	10.985	.004
Atacar a alguien con objeto	4.3	6.1	14.7	5.750	.056
Decir mentiras para faltar escuela	32.4	45.9	50.0	9.806	.007
Maltratar animales	8.6	12.1	5.9	2.245	.326
Pasar noche fuera de casa sin permiso	6.7	9.5	17.6	4.636	.098
Tomar auto sin permiso	2.4	6.5	8.8	5.298	.071
Dañar algo ajeno a propósito	13.3	16.0	29.4	5.707	.058
Tomar dinero por menos de 500	6.2	12.1	23.5	11.093	.004
Tomar dinero por más de 500	2.4	3.9	17.6	17.019	.000
Herir a propósito a persona	10.5	14.7	29.4	9.025	.011
Forzar cerraduras para entrar sin permiso	2.9	5.6	11.8	5.641	.060
Tomar parte en peleas	14.8	20.3	32.4	6.172	.035
Prender fuego a objetos ajenos	3.3	4.3	8.8	2.203	.332
Golpear a representante autoridad	1.9	3.5	5.9	2.037	.361
Tomar cosas de tienda sin pagar	5.7	8.7	17.6	5.926	.052
Molestar a otro sin motivo	15.7	29.0	47.1	20.694	.000
Entrar sin permiso y escondidas a lugar ajeno	2.4	5.2	8.8	4.092	.129

CONDUCTAS QUE NO SE INCLUYERON EN EL ANÁLISIS

Vender drogas
 Usar cuchillo o pistola para obtener objeto de otro
 Enfrentar a otro para quitarle sus cosas

En cuanto a la violencia física que ejerce el papá (tabla 44), ésta parece tener un peso menor en la ocurrencia de conductas antisociales, en comparación con la que ejerce la madre; sólo se presentaron seis conductas

con una frecuencia significativamente mayor en los sujetos que reportaron siempre recibir este tipo de violencia del papá (en el caso de la violencia física de la mamá, fueron trece).

Tabla 44. Conducta antisocial y violencia física del papá

	%	%	%		
	Nunca	A veces	Siempre	χ^2	<i>p</i>
Traer arma por si hay pelea	10.1	10.1	36.4	7.771	.021
Atacar a alguien con objeto	4.7	7.5	9.1	1.804	.406
Decir mentiras para faltar escuela	38.8	41.7	45.5	.514	.773
Pasar noche fuera de casa sin permiso	7.2	9.6	36.4	11.437	.003
Dañar algo ajeno a propósito	12.9	20.3	9.1	4.953	.084
Vender drogas	1.4	2.1	18.2	14.424	.001
Tomar dinero por menos de 500	7.9	13.9	9.1	4.362	.113
Tomar dinero por más de 500	2.5	5.9	18.2	8.611	.013
Herir a propósito a persona	12.2	15.0	36.4	5.477	.065
Forzar cerraduras para entrar sin permiso	4.3	4.8	18.2	4.424	.109
Tomar parte en peleas	17.3	19.8	36.4	2.779	.249
Prender fuego a objetos ajenos	3.6	4.8	9.1	1.079	.583
Tomar cosas de tienda sin pagar	5.4	11.2	18.2	6.775	.034
Molestar a otro sin motivo	24.5	23.0	45.5	2.846	.241
Entrar sin permiso y escondidas a lugar ajeno	3.6	5.3	0.0	1.345	.510
Enfrentar a otro para quitarle sus cosas	0.7	2.1	9.1	6.068	.048

CONDUCTAS QUE NO SE INCLUYERON EN EL ANÁLISIS

- Maltratar animales
- Tomar auto sin permiso
- Golpear a representante autoridad
- Usar cuchillo o pistola para obtener objeto de otro

Violencia familiar y número de conductas antisociales

Los análisis de la violencia familiar y las conductas antisociales agrupadas en tres categorías: algún acto, entre uno y cinco actos y más de seis actos, mostraron resultados diferentes en el caso de la relación sin violencia con la mamá (tabla 45) a cuando el análisis se hace conducta por conducta. En este caso, la presencia de algún comportamiento antisocial y la presencia

de entre uno y cinco tuvieron frecuencias significativamente mayores en los sujetos que reportaron nunca tener una relación sin violencia con la mamá, de lo que se infiere que tiene mayor peso el que haya violencia a veces o siempre.

Tabla 45. Número de actos antisociales y relación sin violencia con la mamá

	%	%	%		
	Nunca	A veces	Siempre	χ^2	p
Algún acto antisocial	75.0	53.0	66.8	10.982	.004
Entre 1 y 5 actos antisociales	50.0	42.6	55.3	7.990	.018
Más de 6 actos	25.0	10.4	11.5	2.486	.289

En cuanto a la agresión psicológica y a la violencia física ejercidas por la mamá (tablas 46 y 47), su peso fue mayor en la presencia de algún acto y más de seis actos. En ambos casos, los sujetos que reportaron recibir siempre este tipo de violencias, tuvieron frecuencias significativamente mayores que aquellos que dijeron recibirlas sólo a veces o nunca.

Tabla 46. Número de actos antisociales y agresión psicológica de la mamá

	%	%	%		
	Nunca	A veces	Siempre	χ^2	p
Algún acto antisocial	51.1	62.4	83.0	17.033	.000
Entre 1 y 5 actos antisociales	44.0	51.5	55.3	3.265	.195
Más de 6 actos	7.1	10.9	27.7	15.913	.000

Tabla 47. Número de actos antisociales y violencia física de la mamá

	%	%	%		
	Nunca	A veces	Siempre	χ^2	p
Algún acto antisocial	56.3	65.1	75.0	4.382	.112
Entre 1 y 5 actos antisociales	48.7	50.0	25.0	1.014	.602
Más de 6 actos	7.5	15.1	50.0	13.261	.001

Los resultados fueron similares en el análisis de la violencia de parte del papá y el número de actos antisociales. Cuando se reportó que nunca se tenía una relación sin violencia, es decir, que ésta existía a veces o siempre (tabla 48), las frecuencias de al menos un acto y de entre uno y cinco, fueron significativamente más elevadas.

Tabla 48. Número de actos antisociales y relación sin violencia con el papá

	%	%	%		
	Nunca	A veces	Siempre	χ^2	p
Algún acto antisocial	75.7	54.6	63.7	7.905	.019
Entre 1 y 5 actos antisociales	67.6	43.4	53.9	10.056	.007
Más de 6 actos	8.1	11.2	9.8	.461	.794

En el análisis de la agresión psicológica se observó que las frecuencias de ocurrencia de la menos un acto antisocial y de más de seis, fueron significativamente más elevadas en los sujetos que reportaron recibir siempre este tipo de violencia (tabla 49).

Tabla 49. Número de actos antisociales y agresión psicológica del papá

	%	%	%		
	Nunca	A veces	Siempre	χ^2	p
Algún acto antisocial	50.0	65.4	85.3	20.587	.000
Entre 1 y 5 actos antisociales	42.9	54.5	58.8	7.235	.027
Más de 6 actos	7.1	10.8	26.5	11.940	.003

Tabla 50. Número de actos antisociales y violencia física del papá

	%	%	%		
	Nunca	A veces	Siempre	χ^2	p
Algún acto antisocial	57.6	62.0	81.8	3.190	.203
Entre 1 y 5 actos antisociales	48.9	49.7	63.6	.919	.631
Más de 6 actos	8.6	12.3	18.2	2.386	.303

Finalmente, el impacto de la violencia física que ejerce el papá no tuvo significancia en la frecuencia del número de actos antisociales (tabla 50).

6. CONCLUSIONES Y DISCUSIÓN

En este capítulo se presenta un concentrado de los resultados y una reflexión sobre los más relevantes en cuanto a los objetivos y las hipótesis que se plantearon en el trabajo. En primer término se hace una síntesis de los que se encontró respecto al consumo de televisión y de programación violenta, así como de la información de las variables antecedentes (relación con los padres y violencia familiar); enseguida se habla de los datos en cuanto a la conducta antisocial y la autoestima para, finalmente, presentar lo que se observó en cuanto a la relación de las variables. En general, los resultados de este trabajo apoyan el planteamiento de que la violencia que se transmite por televisión no está relacionada con la conducta antisocial de los adolescentes que la consumen; en este sentido, en la parte final se formula la discusión a la luz de la evidencia reportada en trabajos previos.

Consumo de televisión

El consumo de televisión se midió a partir del número de horas que los adolescentes pasaron frente al televisor cada día laboral, durante los fines de semana y sumando el tiempo de toda la semana.

Por lo que se pudo observar y de acuerdo con cierto parámetro (Moctezuma, 2000*), el consumo semanal de toda la muestra, y separando a hombres y mujeres, así como a los tipos de escuela, se puede considerar como elevado. No así el consumo de lunes a viernes, ni el de fines de semana; los cuales fueron bajo y medio respectivamente.

En este sentido, al hacer la comparación por sexo y por tipo de escuela se vio que, en general, las mujeres y los estudiantes de escuelas públicas tuvieron un consumo mayor que los hombres y los alumnos de escuelas privadas; sin embargo, las diferencias no fueron significativas en ninguna de las comparaciones.

Para el caso de la forma en que los adolescentes de esta muestra hicieron su consumo de televisión, se pudo observar que los hombres y los estudiantes de escuelas públicas vieron mayor cantidad de programas con contenido violento por más tiempo que las mujeres y los estudiantes de escuelas privadas respectivamente. En ambos casos las diferencias tampoco fueron significativas.

* Desde esta propuesta, se considera como consumo elevado cuando excede las 15 horas por semana, medio cuando está entre 5 y 15 y bajo cuando es inferior a cinco horas.

En donde sí se presentaron algunas diferencias significativas fue en las variables de la compañía al momento de consumir programas de televisión (lo que de alguna manera nos permite tener un indicador acerca de la existencia o no de consumo supervisado). Las mujeres estuvieron acompañadas por su mamá ($\chi^2= 14.2$, $p=.000$) y por sus hermanos ($\chi^2= 4.3$, $p=.038$), mientras que los hombres estuvieron solos al ver la televisión ($\chi^2= 7.1$, $p=.008$). Por otro lado, los estudiantes de escuelas públicas tuvieron la compañía de su mamá ($\chi^2= 9.0$, $p=.003$), de ambos padres ($\chi^2= 14.65$, $p=.000$) y de sus hermanos ($\chi^2= 19.8$, $p=.000$).

A partir de los datos anteriores se podría decir que el consumo semanal de televisión de los sujetos de la muestra fue elevado, que las mujeres y los estudiantes de las escuelas públicas tienen una supervisión significativamente mayor por parte de los adultos en cuanto a éste. Asimismo, que los hombres y los estudiantes de escuelas públicas consumieron más tiempo de programas con mayor contenido violento.

Algunos de estos resultados coinciden con otros que se han reportado en la literatura (Smith, Nathanson, Wilson, 2002) y aunque no se exploraron otras actividades que se realizan durante el tiempo que no se dedica a la escuela, presentan ciertas peculiaridades interesantes. Por ejemplo, el

hecho de que las mujeres tengan un consumo promedio mayor podría sugerir que tienen menos posibilidades para estar fuera de casa, situación que se corroboraría por la mayor presencia de adultos cuando ellas están frente al televisor. Por otro lado, se podría plantear que los sujetos de escuelas públicas consumen en promedio más tiempo de televisión porque sus opciones recreativas y de uso del tiempo libre son más limitadas, debido quizá a una menor disposición de recursos económicos que los sujetos de escuelas privadas.

Aunque no se presentaron diferencias significativas en el consumo de programas con mayor contenido violento por sexo, ni por tipo de escuela, es interesante notar que casi la mitad de los sujetos de la muestra (47.4%) prefirió este tipo de programación. Esto hablaría, como ya se ha mencionado, de una predominancia de material con violencia dentro de lo que se transmite cotidianamente o bien, de que por la etapa en que se encuentran y los contextos que existen entre los adolescentes actuales, sus preferencias se orientan hacia estos programas porque les resultan más emocionantes (Huesmann, Moise-Titus, Podolski, Eron, 2003).

Autoestima

Para diferenciar a los estudiantes con autoestima baja se aplicó un criterio estadístico de restarle al promedio la desviación estándar (Jiménez, Mondragón, González-Forteza, 2007). Los resultados mostraron que más de un cuarto de la muestra (26.2%) tuvo autoestima baja, lo cual representa un porcentaje más elevado que lo que se ha reportado en otros trabajos con muestras de adolescentes mexicanos (Benjet, Hernández-Guzman, 2002; González-Forteza, Ramos, Caballero, Wagner, 2003).

Por otro lado, las comparaciones por sexo y por tipo de escuela no mostraron ninguna diferencia significativa. Sin embargo, el porcentaje más elevado de autoestima baja en las mujeres coincide con los resultados de otros estudios con este tipo de población (Benjet, Hernández-Guzmán, 2001; González-Forteza, Ramos, Caballero, Wagner, 2003; Jiménez, Mondragón, González-Forteza, 2007).

Si bien las comparaciones no arrojaron diferencias importantes, se debe señalar que el porcentaje de sujetos con una autoestima disminuida, así como la consistencia en cuanto a una mayor proporción de mujeres con esta particularidad, apuntarían a que ésta podría representar una característica propia de la adolescencia dados los marcados cambios en casi

todas las esferas de la vida de los individuos, a la situación de vulnerabilidad y a la limitación de recursos emocionales y cognitivos para afrontar dichas circunstancias (De la Fuente, 1997).

Conducta antisocial

En general, los resultados sobre la proporción de conducta antisocial de este trabajo coinciden con otros que se han reportado en muestras de adolescentes estudiantes en México (Castro, Rojas, De la Serna, 1988; Castro, García, Rojas y De la Serna, 1988; Castro, Pérez, De la Serna, Rojas, 1989, Castro, 1990; Juárez, Medina-Mora, Berenzon, Villatoro, Carreño, López, Galván, Rojas, 1998; Juárez, Villatoro, Fleiz, Medina-Mora, Carreño, Amador, Bermúdez, 2002; Villatoro, Hernández, Hernández, Fleiz, Blanco, Medina-Mora, 2004). En este sentido, se pudo observar que las frecuencias más elevadas las ocuparon conductas que, de acuerdo con cierto criterio (Juárez, 1999), estarían clasificadas como violencia y robos o como conductas no tan severas (decir mentiras para faltar a la escuela, dañar algo ajeno a propósito, participar en riñas y molestar a otro sin motivo). Asimismo, otras conductas que serían graves (traer armas, herir a otro, vender drogas y usar armas para obtener cosas de otros), aparecen con porcentajes semejantes a los reportados en otros trabajos con muestras representativas (Juárez, Villatoro, Gutiérrez, Fleiz, Medina-Mora,

2005) situación que hablaría de una consistencia interesante respecto a la cantidad y al tipo de conductas de este tipo que se están presentando en la población escolar del Distrito Federal.

La comparación por sexo corroboró lo reportando en otras muestras de adolescentes estudiantes (Juárez, Villatoro, Gutiérrez, Fleiz, Medina-Mora, 2005; Quiroz, Villatoro, Juárez, Gutiérrez, Amador, Medina-Mora, 2007) en el sentido de que son los hombres quienes cometen significativamente más conductas antisociales que las mujeres cuando se considerada conducta por conducta. Estas diferencias se mantienen cuando se hace la comparación de la ocurrencia de al menos una conducta y al considerar la comisión de más de seis conductas.

Estos resultados podrían encontrar explicación en los planteamientos de la conducta diferenciada en hombres y mujeres a partir de un sustrato sociocultural vinculado con los aprendizajes de género. En este sentido, cabe recordar lo que diferentes autores (Connell, 1995; Kaufman, 1997; Courtenay, 2000; Torres, 2001) proponen en cuanto que dichas variaciones estarían originadas por formaciones que se dan como parte de la manera en que los hombres construyen su identidad relacional dentro de ciertos

contextos y en las que se encuentra la práctica de comportamientos cercanos a la violencia y a lo antisocial.

Por otra parte, la comparación a partir del tipo de escuela mostró proporciones significativamente más elevadas de conductas antisociales en los estudiantes de escuelas privadas; esto se observó al comparar conducta por conducta, al menos una conducta y más de seis. Este resultado contradice algunos planteamientos que señalan a la desventaja económica y social como generadora de determinadas tensiones que propician o facilitan la presencia de esta clase de comportamientos (Lorch, 1990; APA-DSM-IV, 1997; Trzesniewski, Donnellan, Moffitt, Robins, Poulton, Caspi, 2006). Esto resulta interesante ya que plantea la posibilidad de remover un argumento que podría propiciar el reforzamiento de posturas discriminatorias en tanto que brinda evidencia de que no son los individuos con menores recursos o de menor nivel socioeconómico quienes más se involucran en la práctica de conductas antisociales.

Relación de variables

La prueba de correlación que se aplicó para cubrir el segundo objetivo específico mostró que, en términos globales, no se presentaron asociaciones significativas entre el consumo de programas de televisión con

mayor contenido de violencia y las conductas antisociales. De aquí que es posible afirmar, aunque considerando las limitaciones en cuanto al tamaño y selección de la muestra, que dada la ausencia de correlaciones significativas entre las conductas --individuales y agrupadas-- y el consumo, a partir de estos resultados no existe evidencia suficiente para afirmar que hay una asociación entre ambas variables. Es decir que consumir violencia en televisión no influyó en la presencia de conductas antisociales en los individuos de esta muestra. Dicho resultado concuerda con lo que ya se ha reportado en otros trabajos (Freedman, 1984, 1986; Rubin, Perse, Taylor, 1988; Harris, 1992) en el mismo sentido.

El resultado inicial del análisis del papel de la autoestima baja en la presencia de conducta antisocial mostró que hubo correlaciones muy bajas y negativas con cinco conductas antisociales (dañar algo ajeno a propósito, vender drogas, tomar dinero por más de 500 pesos, forzar cerraduras y entrar sin permiso a algún sitio), no así en el caso de las conductas agrupadas (al menos una, entre una y cinco y más de seis).

Cabe mencionar que en este trabajo se optó por explorar el papel de la autoestima baja en la ocurrencia de conducta antisocial siguiendo los planteamientos de algunos autores en el sentido de su influencia activa y su

rol como predictora de este tipo de comportamiento (Oetting, Deffenbacher, Donnermeyer, 1998; Barry, Frick, Killian, 2003; DuBois, Silverthorn, 2004). Sin embargo, los resultados parecen apuntar en el sentido opuesto y apoyar el argumento de que los individuos que tienen bajos niveles de autoestima se mantendrían alejados de situaciones de riesgo, ya que la falta de confianza les impide vislumbrar alguna posibilidad de éxito al ejecutar comportamientos de este tipo (Baumeister, Smart, Boden, 1996; Pliszca, Sherman, Barrow, Irick, 2000; Baumeister, Bushman, Campbell, 2000).

Dado que no se presentaron asociaciones significativas en estas comparaciones bivariadas, se decidió no incluirlas en un modelo de regresión para explorar la interacción entre ellas.

A diferencia de los resultados anteriores, las comparaciones que se realizaron con las variables antecedentes del tipo de relación con los padres y la violencia familiar (objetivo específico 4) mostraron la existencia de asociaciones significativas.

En este sentido, se pudo observar que no tener una relación de afecto, ni de comunicación con la mamá se relacionó con la presencia de la mayoría

de las conductas antisociales, consideradas de forma individual y agrupada. Lo mismo se vio, aunque en un número menor de actos, con la ausencia de estrategias de supervisión (control) por parte de la mamá hacia los adolescentes de la muestra. Los resultados fueron similares en cuanto a no tener una relación con el papá que los sujetos perciban como afectiva y con comunicación, además de la falta de recursos de supervisión hacia los adolescentes.

Estos resultados coinciden con otros encontrados en muestras similares, al señalar que es dentro del ámbito de las relaciones deficientes con los padres y dentro de un pobre ambiente familiar en donde, probablemente, se gesta una suerte de disminución y deformación de estrategias de socialización que le permitan a los adolescentes utilizar mecanismos más prosociales para interactuar con los demás y contar con herramientas de actuación menos riesgosas para su desarrollo (Juárez, Villatoro, Fleiz, Medina-Mora, Carreño, Amador, Bermúdez, 2002; Quiroz, Villatoro, Juárez, Gutiérrez, Amador, Medina-Mora, 2007).

La situación anterior se refuerza con las asociaciones significativas que se encontraron entre la presencia de violencia familiar y la conducta antisocial. Se observó que la agresión psicológica y la violencia física de parte de la

mamá se relacionaron con la mayoría de los actos individuales y con las conductas agrupadas; cuando no se percibió una relación sin violencia con ella se reportó la presencia de al menos una y entre una y cinco conductas antisociales. En el mismo tenor se encontró que la violencia psicológica y física del papá se vinculó con la presencia de más actos antisociales.

Nuevamente, estos datos coinciden con algunos otros en el sentido de que la presencia de situaciones en que los sujetos son receptores de agresiones y violencia por parte de quienes ejercen la función de cuidadores o responsables, predicen la ocurrencia de comportamientos que se alejan de la norma social (Forehand, Biggar, Kotchick, 1998; Neher, Short, 1998), además de otro tipo de problemas relacionados con actuaciones más agresivas o ansiosas por parte de quienes han experimentado situaciones de violencia por parte de sus padres durante estas etapas de su desarrollo (Salzinger, Feldman, Mg-Mak, Mojica, Stockhammer, Rosario, 2002; Litrownik, Newton, Hunter, English, Everson, 2003). Asimismo, con estos resultados se aporta evidencia en cuanto al reconocimiento de que los factores familiares contextuales y de interacción juegan un papel importante en las respuestas conductuales de los adolescentes, así como en su bienestar emocional general y en su salud mental; los cuales reflejan la manera en que este tipo de circunstancias del entorno en que viven les

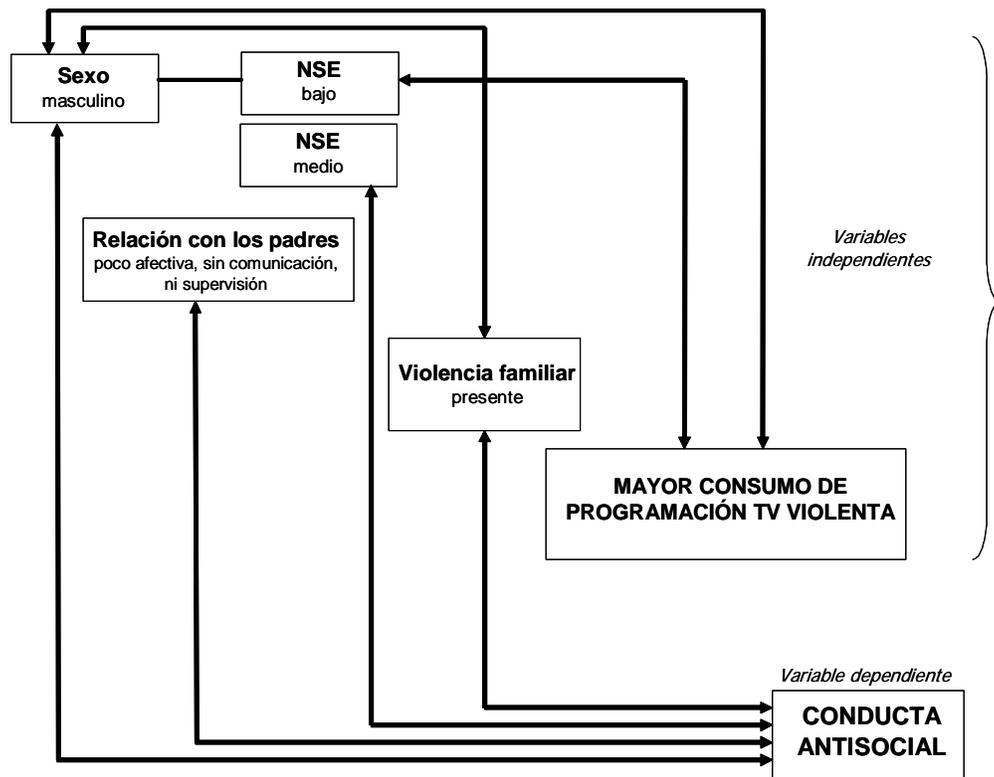
afectan (Garnefski, 2000) y cuyo impacto sobre la conducta problemática o antisocial sería más o menos evidente.

Con base en los resultados del trabajo se puede decir que las respuestas a las preguntas de investigación son negativas y que ninguna de las hipótesis que se plantearon se confirmó. Por lo tanto, a partir de esto se afirma que no se encontró evidencia estadística que indique la existencia de una asociación entre el mayor consumo de programas de televisión con un elevado contenido violento y la realización de conductas antisociales en la muestra de este estudio. Así como tampoco en el sentido de que los sujetos con una autoestima más baja muestren una mayor asociación entre ésta y la conducta antisocial, de hecho, la autoestima parece no tener un papel importante dentro de la dinámica que existe entre estas variables. Por el contrario, las relaciones significativas se presentaron con algunas de las variables antecedentes que se postularon como elementos menos relevantes en la conformación del fenómeno: relación con los padres y violencia familiar.

Esto se muestra gráficamente en el modelo que se propone a partir de los resultados. En éste se pueden apreciar que variables como el sexo (en este caso ser hombre), las relaciones de cierto tipo con los padres, el pertenecer

al nivel socioeconómico que en este trabajo se denominó como medio y la presencia de violencia familiar se relacionaron de manera más directa con la presencia de conducta antisocial.

Figura 3. Modelo que se propone a partir de los resultados



Partiendo de lo anterior, sería más conveniente enfocar la discusión y la reflexión hacia aspectos un poco más complejos y menos esencialistas para intentar explicar el origen de conductas de tipo antisocial o violento; argumentos que vayan más allá de la mera presencia del consumo de programas de televisión violentos (Gunter, 2000) o de problemas en áreas

individuales de la personalidad como si estos fueran suficientes para dar cuenta de un fenómeno que, seguramente, tiene fuentes más diversas e interrelacionadas.

Por ejemplo, se podría suponer que el modelo del desarrollo social (Catalano, Hawkins, 1996) aportaría algunos elementos interesantes, como el hecho de considerar en la ruta del génesis del comportamiento antisocial a diferentes factores individuales que, en conjugación con factores familiares y sociales (como una convivencia escasa y una disciplina inadecuada de los padres hacia los hijos) (Hawkins, Catalano, Millar, 1992) conformarían un escenario más comprehensivo para explicar el fenómeno.

Pero no sólo esto, sino la existencia de elementos que sobrepasan el ámbito familiar y que se insertan en la esfera de lo macrosocial y que, conjugados con la presencia de ciertos ideales culturales se convierten en factores moldeadores y motivadores de cierto tipo de estructuras que se orientan a la subversión de los esquemas tradicionales. De este modo, la "desorganización" comunitaria, el flujo social, la movilidad residencial, las inequidades y la nueva configuración de las instituciones podrían estar reduciendo la probabilidad de que los adultos se involucren en la supervisión de las actividades de los adolescentes, en el establecimiento de

relaciones más cordiales y afectivas, así como en la puesta en práctica de estrategias parentales más adecuadas, todo lo cual redundaría en un riesgo más elevado para que éstos desarrollen comportamientos antisociales (Sampson, Raudenbush, Earls, 1997).

En este sentido, y considerando las limitaciones implícitas en la realización de esfuerzos de investigación de este tipo, cabría reflexionar en términos de las probables raíces de la violencia social en general, y de la conducta antisocial en particular, las cuales radicarían más en el tipo de valores sociales que se comparten, además de las cosas que hemos aprendido que son relevantes en nuestros contextos y que nos sostienen como culturas.

Y aunque pareciera que la violencia que se transmite por televisión no tiene otro propósito que incrementar el tamaño de los índices de audiencia y, por tanto las ganancias, sí colabora para crear la impresión de que nuestra cultura está determinada por ella. Aun así, su presencia no la convierte en un factor explicativo por sí mismo del aumento en la frecuencia de comportamientos violentos o antisociales.

7. LIMITACIONES

Cuando se emprende un trabajo de investigación es importante intentar tener en perspectiva cualesquiera aspectos que puedan interferir, obstaculizar o representar fuentes de sesgo durante el proceso. Sin embargo, suele ocurrir que existen elementos y situaciones que escapan del panorama del investigador. Esto se puede acentuar cuando, además, existen barreras logísticas y de disponibilidad de recursos.

En el caso de este estudio se debe mencionar que una de las limitantes importantes para tener la posibilidad de extender la cobertura de los resultados fue el tamaño y la selección de la muestra. Ya que se sabe que las muestras no aleatorias y seleccionadas mediante criterios de conveniencia y disponibilidad son de las menos robustas para brindarle mayor soporte a los datos recabados (Kerlinger, 2002).

Por otro lado, está el asunto de la selección de algunos de los indicadores para la medición de ciertas variables. Por ejemplo, elegir el tipo de escuela para determinar el nivel socioeconómico se antoja demasiado artificial y vago para definirlo con precisión, sin embargo, se creyó que resultaría menos complicado para los participantes que el incluir algún índice más detallado que implicara un mayor sesgo, dado que existía la posibilidad de ignorancia de algunos de los criterios que se contemplan para determinarlo.

En este sentido se podría ubicar al sesgo implícito en la medición de la conducta antisocial, ya que en la escala se incluyen algunas acciones que, desde cierto ángulo, podrían estar tener algún sesgo relacionado con el nivel socioeconómico ya que se encuentra sustentada en un marco que alude al hecho de que este tipo de comportamientos son más frecuentes en personas que pertenecen a niveles bajos (Appalachia Educational Laboratory, 1999; Department of Health and Human Services, 2001), por lo que no se exploran otros que se podrían presentar en niveles más elevados en los que existe acceso a otro tipo de circunstancias.

Finalmente, se puede mencionar como un aspecto importante que no se consideró al momento de realizar el levantamiento del campo a la ausencia de consentimientos informados para los padres o tutores de los participantes, dado que se trató de menores de edad y se tomó como criterio de accesibilidad la autorización de los encargados escolares y el asentimiento de los mismos sujetos. En este sentido, aunque es cierto que la intervención no implicó el uso de procedimientos que pusieran en riesgo la salud física de los involucrados, sí existió un componente de carga emocional en algunas de las escalas del instrumento, por lo que se debió considerar el posible perjuicio en esta dirección y procurar incorporar

estrategias de contención, de atención o canalización en los casos que se pudiera requerir. Este es un aspecto que se debería incluir en el diseño e implementación de trabajos de investigación, lo que representaría la observación de los principios éticos propuestos por la AMM (AMM, 2004) al hacer investigación con seres humanos.

8. REFERENCIAS

Aberastury, A. (1984). Adolescencia normal. Buenos Aires: Paidós.

Addiction Research Foundation. (1988). Escala de Actos Antisociales. Validación y confiabilidad: Dra. María Elena Castro.

Antaki, I. (1992). Segundo Renacimiento. Pensamiento y fin de siglo. México: Cuadernos de Joaquín Mortíz.

Apalachia Educational Laboratory. (1999). Preventing antisocial behavior in disabled and at-risk adolescents. Recuperado de: <http://www.idonline.org/article/5973>. Abril de 2004.

Arana, D., Martínez, R., Jiménez, A., Gutiérrez, R., García, S. (2001). Violencia en la televisión mexicana: análisis de contenido de algunos programas. Trabajo presentado en la XVI Reunión de Investigación del Instituto Nacional de Psiquiatría, Ramón de la Fuente. México.

Asociación Médica Mundial. (2004). Principios éticos para las investigaciones médicas en seres humanos. Nota de Clarificación del Párrafo 30, agregada por la Asamblea General de la AMM, Tokio 2004. Recuperado de: <http://www.wma.net/s/policy/pdf/17c.pdf>. Noviembre de 2007.

Atkin, C., Greenberg, B., Korzenny, F., McDermott, S. (1979). Selective exposure to televised violence. Journal of Broadcasting, 23(1): 5-13.

Atkin, C. (1983). Effects of realistic TV violence vs. fictional violence on aggression. Journalism Quarterly, 60(4): 615-625.

Ayala, H., Pedroza, F., Morales, S., Chaparro, A., Barragán, N. (2002). Factores de riesgo, factores protectores y generalización del comportamiento agresivo en una muestra de niños en edad escolar. Salud Mental, 25(3): 27-40.

Bandura, A. (1978). Social learning theory of aggression. Journal of Communication, 28(3): 12-29.

Barksdale, L. (1991). El desarrollo de la autoestima. México: Dinámica del desarrollo.

Barnow, S., Lucht, M., Freyberger, H. (2005). Correlates of aggressive and delinquent conduct problems in adolescence. Aggressive Behavior, 31: 24-39.

Barry, C., Frick, P., Killian, A. (2003). The relation of narcissism and self-esteem to conduct problems in children: a preliminary investigation. Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology, 32(1): 139-152.

Baumeister, R., Bushman, B., Campbell, W. (2000). Self-esteem, narcissism, and aggression: Does violence result from low self-esteem or from threatened egotism? Current Directions in Psychological Science, 9(1): 26-29.

Baumeister, R., Smart, L., Boden, J. (1996). Relation of threatened egotism to violence and aggression: The dark side of high self-esteem. Psychological Review, 103(1): 5-33.

Bednar, L., Wells, G., Peterson, S. (1989). Self-esteem: Paradoxes and innovations in clinical theory and practice. Estados Unidos: American Psychological Association.

Benjet, C., Hernández-Guzmán, L. (2002). A short-term longitudinal study of pubertal change, gender, and psychological well-being of mexican early adolescents. Journal of Youth and Adolescence, 31(6): 429-442.

Benjet, C., Hernández-Guzmán, L. (2001). Gender differences in psychological well-being of mexican early adolescents. Adolescence, 36(141): 47-65.

Berenzon, S., González, C., Jiménez, A. (1997). La importancia del afecto paterno en la autoestima de los adolescentes varones. Revista de Psicología social y Personalidad, 13(2): 191-198.

Berkowitz, L. (1964). The effects of observing violence. Scientific American, 210(2): 35-41.

Berkowitz, L., Geen, R. (1996). Film violence and the cue properties of available targets. Journal of Personality and Social Psychology, 3(5): 525-530.

Berkowitz, L., Le Page A. (1967). Weapons as aggression-eliciting stimuli. Journal of Personality and Social Psychology, 7(2): 202-207.

Borduin, C. (1999). Multisystemic treatment of criminality and violence in adolescents. Journal of the American Academy of Adolescent Psychiatry, 38(3): 242-249.

Bourdieu, P. (1996). Sobre la televisión. España: Anagrama

Branden, N. (1991). Cómo mejorar su autoestima. México: Paidós.

Branden, N. (1969). The psychology of self-esteem: A new concept of man's psychological nature. Toronto: Bantam

Bryant, J., Carveth, R., Brown, D. (1981). Television viewing and anxiety: An experimental examination. Journal of Communication, 31(1): 106-119.

Bushman, L. (1995). Moderating role of trait aggressiveness in the effects of violent media on aggression. Journal of Personality and Social Psychology, 69(5): 950-960.

Bustos, O. (2000). Violencia en la televisión infantil mexicana. Un análisis con enfoque de género. Ponencia presentada en el Congreso Interdisciplinar sobre violencia y género. Asociación de Estudios Históricos de la Mujer. Universidad de Málaga.

Cantor, J., Nathanson, A. (1996). Children's fright reactions to television news. Journal of Communication, 46(4): 139-152.

Castro, M., García, G., Rojas, E., De la Serna, J. (1988). Conducta antisocial y uso de drogas en una muestra nacional de estudiantes mexicanos. Salud Pública de México, 30(2): 216-226.

Casco, M., Natera, G. (1986). Conducta antisocial en jóvenes: un estudio descriptivo. Revista Mexicana de Justicia, 4(3): 39-59.

Castro, ME. (1990). Indicadores de riesgo para el consumo problemático de drogas en jóvenes estudiantes. Aplicaciones en investigación y atención primaria dentro del plantel escolar. Salud Pública de México, 32(3), 298-308.

Castro, M., Pérez, M., De la Serna, J., Rojas, E. (1989). Costo social del uso de marihuana vinculado a la realización de actos antisociales en la población estudiantil. Revista Mexicana de Psicología, 6(1), 27-34.

Catalano, S. (2004). Criminal victimization, 2003. Bureau of Justice Statistics. National Crime Victimization Survey. U. S. Department of Justice.

Catalano, R., Hawkins, D. (1996). The Social Development Model: A theory of antisocial behavior. En: D. Hawkins (Ed.). Delinquency and Crime. Current Theories. Australia: Cambridge University Press.

Centerwall, B. (1989). Exposure to television as a risk factor for violence. American Journal of Epidemiology, 129 (4): 643-652.

Charlton, T., Panting, C., Davie, R., Coles, D., Whitmarsh, L. (2000). Children's playground behaviour across five years of broadcast television: A naturalistic study in a remote community. Emocional and Behavioural Dificulties, 5(4): 4-12.

Christle, C., Nelson, M., Jolivette, K. (2005). Prevention of antisocial and violent behavior in youth: A review of the literature. The National Center on Education, Disability and Juvenile Justice. Recuperado de: <http://www.edjj.org/focus/prevention/plr.pdf>. Febrero de 2005

Cheung, C., Chan, C. (1996). Television viewing and mean world value in Hong Kong´s adolescents. Social Behavior and Personality, 24(4): 351-364.

Clemente, M., Vidal, M. (1996). Violencia y televisión. España: Editorial Noesis.

Climent, C., Aragón, L., Plutchik, R. (1989). Predicción del riesgo de uso de drogas por parte de estudiantes de secundaria. Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana, 107(6): 568-576.

Cline, V., Croft, R., Courrier, S. (1973). Desensitization of children to television violence. Journal of Personality and Social Psychology, 27(3): 360-365.

Connell, R. (1995). Masculinities. Estados Unidos: University of California Press.

Consejo de Menores (2000). Memoria 1996-1999. México: Secretaría de Gobernación.

Corsi, J. (1994). Violencia familiar. Una Mirada interdisciplinaria sobre una grave problema social. Buenos Aires: Paidós.

Courtenay, W. (2000). Constructions of masculinity and their influence on men's well-being: a theory of gender and health. Social Science and Medicine, 50, 1385-1401.

De la Fuente, R., Medina-Mora, M., Caraveo, J. (1997). Salud Mental en México. Instituto Mexicano de Psiquiatría-Fondo de Cultura Económica, México.

Delarbre, R. (1998). La televisión, ¿espejo, o detonador de la violencia en la sociedad? En: A. Sánchez-Vázquez (Edit.). El mundo de la violencia. México: FCE

Department of Health and Human Services. (2001). Youth Violence: A report of the Surgeon General. Recuperado de: <http://surgeongeneral.gov/library/youthviolence/default.htm>. Abril de 2005.

Donnellan, M., Trzesniewski, K., Robins, R., Moffitt, T., Caspi, A. (2005). Low self-esteem is related to aggression, antisocial behavior, and delinquency. Psychological Science, 16(4): 328-335.

Doob, A., Macdonald, G. (1979). Television viewing and fear of victimization: Is the relationship casual? Journal of Personality and Social Psychology, 37(2): 170-179.

Downs, W., Miller, B. (1998). Relationships between experiences of parental violence during childhood and women's self-esteem. Violence and Victims, 13(1): 63-77.

Drabman, R., Hanratty, M. (1974). Does media violence increase children's toleration of real-life aggression? Developmental Psychology, 10(3): 418-421.

DSM-IV. Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales. (1997). American Psychiatric Association. España: Masson.

DuBois, D., Silverthorn, N. (2004). Do deviant peer associations mediate the contributions of self-esteem to problem behavior during early adolescence? A 2-year longitudinal study. Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology, 33(2): 382-388.

Eron, L., Huesmann, R., Lefkowitz, M., Walder, L. (1972). Does television violence cause aggression? American Psychologist, 27: 253-263.

Eron, L. (1982). Parent-child interaction, television violence, and aggression of children. American Psychologist, 37(2): 197-211.

Esteinou, J. (1999). Medios de comunicación y violencia. Razón y Palabra (revista electrónica), 13. Recuperado de:
<http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n13/medyviol13.html>. Enero, 2007.

Estévez, E., Olizola, J., Martínez, B. (2006). Aggressive and nonaggressive rejected students: an análisis of their differences. Psychology in the School, 43(3): 387-400.

Farrington, D. (1996). The explanation and prevention of youthful offending. En: Delinquency and crime. Current theories (Hawkins, D. Ed.). Estados Unidos: Cambridge University Press.

Farrington, D. (1996). Understanding and preventing youth crime. Social Policy Research, 93. Recuperado de:
<http://www.jrf.org.uk/knowledge/findings/socialpolicy/SP93.asp>. Junio de 2005.

Fernández, F. (1996). Los medios de difusión masiva en México. México: Juan Pablos Editor

Feshbach, S. (1976). The role of fantasy in the response to television. Journal of Social Issues, 32(4): 71-85.

Fischhoff, S. (1999). Psychology's Quixotic quest for the media-violence connection. Trabajo presentado en la Annual Convention of the American Psychological Association, Boston, 1999. Recuperado de:
<http://www.calstatela.edu/faculty/sfisco/violence.html>. Agosto de 2000.

Forehand, R., Biggar, H., Kotchick, B. A. (1998) Commutative risk across family stressors: short- and long-term effects for adolescents. Journal of Abnormal Child Psychology, 26(2), 119-128.

Freedman, J. (1984). Effect of television violence on aggressiveness. Psychological Bulletin, 96(2): 227-246.

Freedman, J. (1986). Television violence and aggression: A rejoinder. Psychological Bulletin, 100(3): 372-378.

Frías-Armenta, M., López-Escobar, A., Díaz-Méndez, S. (2003). Predictores de conducta antisocial juvenil: un modelo ecológico. Estudios de Psicología, 8(1): 15-24.

García, S., Ramos, L. (1998): Medios de Comunicación y Violencia. México: Instituto Mexicano de Psiquiatría-Fondo de Cultura Económica.

Garnefski, N. (2000). Age differences in depressive symptoms, antisocial behavior, and negative perceptions of family, school, and peers among adolescents. Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry. 39(9), 1175-1181.

Garrido, M. (2002). 40 años de investigación de los efectos de la violencia en prensa y televisión. Razón y Palabra (revista electrónica), 27. Recuperado de: <http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n27/mgarrido.html>. Enero, 2007.

Gerbner, G., Gross, L. (1976). Living with television: the violence profile. Journal of Communication, 26(2): 173-199.

Giberti, E. (1997). Mujeres en televisión. Feminaria. Recuperado de <http://www.evagiberti.com/articulos/genero06.shtml>. Noviembre, 2002.

González-Forteza, C. (1996). Factores protectores y de riesgo de depresión e intentos de suicidio en adolescentes. Tesis de Doctorado. Facultad de Psicología, UNAM.

González-Forteza, C., Jiménez, JA., Pérez-Campuzano, E., Ramos, L., Caballero, M., Saltijeral, MT. (1999). Padres afectivos: apoyo para la autoestima de sus hijos adolescentes. Psicología Conductual, 7(3): 501-507.

González-Forteza, C., Ramos, L., Caballero, M., Wagner, F. (2003). Correlatos psicosociales de depresión, ideación e intento suicida en adolescentes mexicanos. Psicothema, 15(4): 524-532.

Greenberg, B. (1974-75). British children and televised violence. Public Opinion Quarterly, 38(4): 531-547.

Greydanus, H., Pratt, W., Patel, J., Sloane, R. (1997). El adolescente rebelde. Valoración y tratamiento de trastornos de oposición y de la conducta. Clínicas Pediátricas de Norteamérica, 44(6): 1473-1503.

Grossman D, DeGaetano G. (1999). Stop Teaching Our Kids to Kill: A Call to Action Against TV, Movie and Video Game Violence. Nueva York: Crown Publishers.

Gunter, B. (2000). The impact of television on children's antisocial behavior in a novice television community. Child Study Journal, 30(2): 65-90.

Hanratty, M., Drabman, R. (1975). Toleration of real life aggression as a function of exposure to televised violence and age of subject. Merrill-Palmer Quarterly, 21(3): 227-232.

Harris, M. (1992). Television viewing, aggression, and ethnicity. Psychological Reports, 70 (1): 137-138.

Hart, T. (2003). Reporting crime to the police, 1992-2000. Bureau of Justice Statistics. U. S. Department of Justice.

Hennigan, K., Del Rosario, M., Heath, L., Cook, T., Wharton, J., Calder, B. (1982). Impact of the introduction of television on crime in the United States: Empirical findings and theoretical implications. Journal of Personality and Social Psychology, 42(3): 461-477.

Hawkins, J. (1995). Controlling crime before it happens: Risk-focused prevention. Nacional Institute of Justice Journal, 229: 10-18.

Hawkins, J., Catalano, R., Millar, J. (1992). Risk and protective factors for alcohol and other drug problems in adolescence and early adulthood: Implications for substance abuse prevention. Psychological Bulletin, 112(1): 64-105.

Hawkins, J., Todd, I., Herrenkohl, T., Farrington, D., Brewer, D., Catalano, R., Harachi, T., Cothorn, L. (2000). Predictors of youth violence. Juvenile Justice Bulletin. Office of Justice Programs, Office of Justice and Delinquency Prevention, U. S. Department of Justice. Recuperado de: <http://www.ncjrs.org/pdffiles1/ojjdp/179065.pdf>. Mayo de 2005.

Heaven, P. (1996). Personality and self-reported delinquency: A longitudinal analysis. Journal of Child Psychology and Psychiatry, 37: 747-751.

Hennigan, K., Del Rosario, M., Heath, L., Cook, T., Wharton, J., Calder, B. (1982). Impact of the introduction of television on crime in the United States: Empirical findings and theoretical implications. Journal of Personality and Social Psychology, 42(3): 461-477.

Hirschi, T. (1969). Causes of delinquency. Berkely, CA: University of California Press.

Huesmann, L., Eron, L., Klein, R., Brice, P., Fischer, P. (1983). Mitigating the imitation of aggressive behaviors by changing children's attitudes about media violence. Journal of Personality and Social Psychology, 44(5): 899-910.

Huesmann, R., Moise-Titus, J., Podolski, C., Eron, L. (2003). Longitudinal relations between children's exposure to TV violence and their aggressive and violent behavior in young adulthood: 1977-1992. Developmental Psychology, 39(2): 201-221.

Huizinga, D., Loeber, R., Thornberry, T. (1995). Recent findings from the program of research on the causes and correlates of delinquency. U. S. Department of Justice, Office of Justice Programs, Office of Juvenile Justice and Delinquency Prevention.

INEGI. (2000). Estados Unidos Mexicanos. XII Censo General de Población y Vivienda, 2000. México. Recuperado de: <http://www.inegi.gob.mx>. Junio de 2002.

INEGI. (2002). Estadísticas judiciales en materia penal. Cuaderno número 10. México. Recuperado de: <http://www.inegi.gob.mx>. Julio de 2002.

INEGI. (2004). Estadísticas judiciales en materia penal. Cuaderno número 12. México. Recuperado de: <http://www.inegi.gob.mx>. Mayo de 2002.

INEGI (2005). II Censo de Población y Vivienda 2005. México. Recuperado de: <http://www.inegi.gob.mx>. Febrero de 2007

International Encyclopedia of Psychiatry, Psychology, Psychoanalysis, and Neurology (1977). Nueva York: Aesculapius Publishers.

Jessor, R., Donovan, J., Costa, F. (1991). Beyond adolescence. Problem behavior and young adult development. Nueva York: Cambridge University Press.

Jiménez, JA., Mondragón, L., González-Forteza, C. (2007). Self-esteem, depressive symptomatology, and suicidal ideation in adolescents: results of three studies. Salud Mental, en prensa.

Johnston WM; Davey GC. (1997). The psychological impact of negative TV news bulletins: The catastrophizing of personal worries. British Journal of Psychology, 88: 85-91.

Josephson, W. (1987). Television violence and children's aggression: testing the priming, social script, and disinhibition predictions. Journal of Personality and Social Psychology, 53(5): 882-890.

Juárez, F. (1999). Predictores de la Conducta Antisocial y su Relación con el Uso de Drogas en una Muestra Nacional de Estudiantes de Enseñanza Media y Media Superior. Tesis de Licenciatura. Facultad de Psicología, UNAM.

Juárez, F., Medina-Mora, ME., Berenzon, S., Villatoro, J., Carreño, S., López, E., Galván, J., Rojas, E. (1998). Antisocial behavior: Its relation to selected sociodemographic variables and alcohol and drug use among Mexican students. Substance Use and Misuse, 33(7): 1437-1459.

Juárez, F., Villatoro, J., Fleiz, C., Medina-Mora, ME., Carreño, S., Amador, N., Bermúdez, P. (2002). Conducta antisocial, ambiente familiar e interpersonal en estudiantes adolescentes del Distrito Federal. La psicología social en México. México: AMEPSO.

Juárez, F., Villatoro, J., Gutiérrez, L., Fleiz, C., Medina-Mora, M. (2005). Tendencias de la Conducta Antisocial en Estudiantes del Distrito Federal: Mediciones 1997-2003. Salud Mental, 28(3), 60-69.

Kaufman, M. (1997). The construction of masculinity and the triad of men's violence. En L. O'Toole, J. Schiffman (Edit.). Gender Violence. Interdisciplinary Perspectives. Estados Unidos: New York University Press.

Kazdin, A. (1995). Conduct disorder. En The Epidemiology of child and adolescent psychopathology. (Verhulst F, Koot H, Ed.). Nueva York: Oxford University Press.

Kerlinger, F. (2002). Investigación del comportamiento (4a edición). México: McGraw-Hill.

Larousse (2007). Diccionario enciclopédico 2007.

Leyens, J., Camino, L., Parke, R., Berkowitz, L. (1975). Effects of movie violence on aggression in a field setting as a function of group dominance and cohesion. Journal of Personality and Social Psychology, 32(2): 346-360.

Linz, D., Donnerstein, E., Adams, S. (1989). Psychological desensitization and judgments about female victims of violence. Human Communication Research, 15(4): 509-522.

Litrownik, A., Newton, R., Hunter, W., English, D., Everson, M. (2003). Exposure to Family Violence in Young At-Risk Children: A Longitudinal Look at the Effects of Victimization and Witnessed Physical and Psychological Aggression. Journal of Family Violence, 18(1): 59-73.

Litt I. (1996). Through the looking glass: self-esteem in adolescents. Journal of Adolescent Health, 19(1): 1-3.

Loeber, R., Stouthamer-Loeber, M. (1998). Development of Juvenile aggression and violence. Some common misconceptions and controversies. American Psychologist, 53(2): 242-259.

Loeber, R. (1987). Antisocial and delinquent youths, methods for early identification. En: P. Churchar (Ed.) Prevention of delinquent behavior. Nueva York: Sase.

López. C. S. (1993). Algunos factores de la antisocialidad infanto-juvenil. CRIMINALIA. (1), 47-57.

López, J., Cerda, A. (1999). Violencia en la televisión mexicana: un análisis de contenido de los treinta programas con mayor nivel de audiencia. Hipertextos, Año 1(2). Recuperado de:
<http://hiper-textos.mty.itesm.mx//num2rafyaida.html>. Febrero de 2001.

Lorch, B. (1990). Social class and its relationship to youth substance use and other delinquent behaviors. Social Work Research & Abstracts, 26(1), 25-31.

Lykken, D. (1995). Las personalidades antisociales. España: Herder.

Matsueda, R. (1988). The current state of differential association theory. Crime and Delinquency, 34(3): 277-306.

Milgram, S., Shotland, L. (1974). Television and antisocial behavior: Field experiments. Journal of Communication, 24(3): 155-158.

Moctezuma y Asociados (2000). Encuesta de consumo.

Moffit, T. (1993). Adolescence limited and life curse-persistent antisocial behaviors. A developmental taxonomy. Psychological Review, 100(4): 674-701.

Molitor, F., Hirsch, W. (1994). Children's toleration of real-life aggression after exposure to media violence: a replication of the Drabman and Thomas studies. Child Study Journal. 24(3): 191-207.

Montagne, E. (1994). Odiar sin culpa: una reflexión psicoanalítica sobre los afectos y su relación con la violencia. En: M. Lemlji (Ed.). Reflexiones sobre la violencia. Perú: Biblioteca Peruana de Psicoanálisis.

Myers, D. (1995). Psicología Social. México: McGraw-Hill.

Neher, L., Short, J. (1998). Risk and protective factors for children's substance use and antisocial behavior following parental divorce. American Journal of Orthopsychiatry, 68(1), 154-161.

Nielsen and Company (1986). Nielsen Report on television. New York.

Oetting, E., Deffenbacher, J., Donnermeyer, J. (1998). Primary socialization theory: The role played by personal traits in the etiology of drug and deviance II. Substance Use and Misuse, 33(6): 1337-1366.

Olds, D., Henderson, C., Cole, R., Eckenrode, J., Kitzman, H., Luckey, D., Pettitt, L., Sidora, K., Morris, P., Powers, J. (1998). Long-term effects of nurse home visitation on children's criminal and antisocial behavior. The Journal of the American Medical Association, 280(14): 1238-1244.

Organización Mundial de la Salud. (2002). World Report on Violence and Health. Resumen, Ginebra.

Pakiz, B., Reinherz, H., Giaconia, R. (1997). Early risk factors for serious antisocial behavior at age 21: A longitudinal community study. American Journal of Orthopsychiatry, 67(1): 92101.

Papps, B., O'Carroll, R. (1998). Extremes of self-esteem and narcissism and the experience and expression of anger and aggression. Aggressive Behavior, 24: 421-438.

Pettit, G. (1997). The developmental course of violence and aggression mechanisms of family and peer influence. Psychiatrics Clinics of North America, 20:283-299.

Piscitelli, A. (1995). Paleo, Neo y Post-Televisión. Del contrato pedagógico a la interactividad generalizada. En Gómez-Mont C. (Coord.): La metamorfosis de la TV. Cuadernos de Comunicación y Prácticas Sociales 8. México: Universidad Iberoamericana.

Phillips, D. (1983). The impact of mass media on U. S. homicides. American Sociology Review. 48: 560-568.

Pliszka, S., Sherman, J., Barrow, M., Irick, S. (2000). Affective disorder in juvenile offenders: A preliminary study. American Journal of Psychiatry, 157: 145-159.

Polce, M., Myers, B., Kliewer, W., Kilmartin, C. (2001). Adolescent self-esteem and gender: Exploring relations to sexual harrasment, body image, media influence, and emotional expression. Journal of youth and Adolescence, 30(2): 225-244.

Pope, A., Michale, S., Craghead, E. (1988). Self-esteem enhancement with children and adolescent. Nueva York: Pergamon.

Popper, K., Condry, J. (1998). La televisión es mala maestra. México: fondo de Cultura Económica.

Prieto, F. (1990). Violencia y T. V. En Prieto F. (Comp.): Diagnóstico de la Comunicación Social en México. México: Premia Editora de Libros.

Quiroz, N., Villatoro, J., Juárez, F., Gutiérrez M., Amador, N., Medina-Mora, ME. (2007). La familia y el maltrato como factores de riesgo de conducta antisocial. Salud Mental, 30(4): 47-54.

Ramos, L., González-Forteza, C., Caballero M. (2000). Los testigos de la violencia doméstica: Prevalencia en estudiantes de secundaria. La Psicología Social en México.

Ramos, L., Saltijeral, T., Saldívar, G. (1995). El miedo a la victimización y su relación con los medios masivos de comunicación. Salud Mental, 18(2): 35-43.

Rennison, C. (2002). Criminal victimization 2001. Changes 2000-01 with trends 1993-2001. Bureau of Justice Statistics. National Crime Victimization Survey. U. S. Department of Justice.

Robertson, J., Simons, R. (1989). Family factors, self-esteem, and adolescent depression. Journal of Marriage and the Family, 51(1): 125-138.

Robertson, S. (2001). The effects of media on body esteem of female and male viewers. The Sciences and Engineering, 61(9): 5059.

Rosen, I. (1991). Self-esteem as a factor in social and domestic violence. British Journal of Psychiatry, 158: 18-23.

Rosenberg, M. (1965). Escala de Autoestima. Adaptación y validación: Dra. Catalina González-Forteza.

Rosenberg, M. (1973). La autoimagen del adolescente y la sociedad. Argentina: Paidós.

Rosenberg, M. (1986). Conceiving the self. Estados Unidos: Krieger Publishing.

Rosenthal, R. (1986). Media Violence, antisocial behavior, and the social consequences of small effects. Journal of Social Issues, 42(3): 141-154.

Rubin, A., Perse, E., Taylor, D. (1988). A methodological examination of cultivation. Communication Research, 15(2): 107-134.

Rutter, M. (2002). Comportamiento antisocial: perspectivas del desarrollo de las psicopatologías. En: M. Staff, J. Breiling, J. Maser (Comp.). Conducta antisocial: causas, evaluación y tratamiento. México: Oxford University Press.

Rutter, M. (1985). Resilience in the face of adversity: Protective factors and resistance to psychiatric disorder. British Journal of Psychiatry, 147: 598-611.

Rutter, M., Giller, H., Hagell, A. (1998). Antisocial behavior by young people. Estados Unidos: Cambridge University Press.

Salmivalli, C. (2001). Feeling good about oneself, being bad to others? Remarks on self-esteem, hostility, and aggressive behavior. Aggression and Violent Behavior, 6(4): 375-393.

Salzinger, S., Feldman, R., Ng-Mak, D., Mojica, E., Stockhammer, T., Rosario, M. (2002). Effects of Partner Violence and Physical Child Abuse on Child Behavior: A Study of Abused and Comparison Children. Journal of Family Violence, 17(1): 23-52.

Sampson, R., Raudenbush, S., Earls, F. (1997). Neighborhoods and violent crime: A multilevel study of collective efficacy. Science, 277: 918-924.

Sanabria, A., Castro, F. (1999). Propuesta de un modelo global de educación de medios de comunicación: apuntes sobre la elaboración de materiales curriculares para la Educación Secundaria Obligatoria.

Recuperado de:

http://quadernsdigitals.net/index.php?accionMenu=hemeroteca.VisualizaArticuloIU.visualiza&articulo_id=2306. Marzo de 2004.

Sartori, G. (1998). Homo videns. La sociedad teledirigida. España: Taurus.

Satcher, D. (2001). Youth violence: A report of the Surgeon General. Department of Health and Human Services.

Silva, A. (2007). Conducta antisocial: un enfoque psicológico. México: Pax.

Schiller, D. (2001). A typology of the incarcerated female juvenile delinquent. Humanities and Social Sciences, 61(11): 45-51.

Schur, E. (1971). Labeling deviant behavior: its sociological implications. Nueva York: Harper Row.

Secretaría de Educación Pública-Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente (2000). Encuesta sobre consumo de drogas en población de enseñanza media y media superior. Medición otoño 2000, D. F.

Secretaría de Seguridad Pública-Consejo de Menores. (2003). Ingreso de menores infractores por edad en el D. F. 2003. Recuperado de: http://www.ssp.gob.mx/buffer/bea/ssp/contenido/d2589/v1/Cuadro_Edades.pdf. Junio de 2005

Shaw, D., Winslow, E. (2002). Precusores y correlatos de la conducta antisocial desde la primera infancia hasta la edad preescolar. En: M. Staff, J. Breiling, J. Maser (Comp.). Conducta antisocial: causas, evaluación y tratamiento. México: Oxford University Press.

Sistema de Vigilancia Epidemiológica de las Adicciones (SISVEA). (2006). Informe 2006. Recuperado de: <http://www.dgepi.salud.gob.mx/sis/sis2006/sisvea2006.pdf>. Diciembre de 2006.

Singer, M., Anglin, T., Song, L., Lunghofer, L. (1995). Adolescent's exposure to violence and associated symptoms of psychological trauma. Journal of the American Medical Association, 273 (6): 477-482.

Smith, M. (1993). Television violence and behavior: A research summary. Recuperado de: <http://maple.lemoyne.edu/ericdig.html>. Noviembre del 2001.

Smith, D. (1995). Youth crime and conduct disorders: Trends, patterns and causal explanations. En: M. Rutter, D. Smith (Ed.). Psychosocial disorders in young people: Time trends and their causes. Inglaterra: Wiley.

Smith, S., Nathanson, A., Wilson, B. (2002). Prime-time television: Assessing violence during the most popular viewing hours. Journal of Communication, 52(1): 84-111.

Smith, S., Wilson, B., Kunkel, D., Linz, D., Potter, W., Colvin, C., Donnerstein, E., Bernhardt, J., Brown, J., Golden, S., Wartella, E., Whitney, C., Lasorsa, D., Danielson, W., Olivarez, A., Jennings, N., López, R., Cantor, J., Nathanson, A., Federman, J. (1996). National television violence study. Vol. 3. University of California-University of North Carolina-University of Texas at Austin-University of Wisconsin.

Solomon, C., Serres, F. (1999). Effects of parental verbal agresión on children's self-esteem and school marks. Child Abuse and Neglect, 23(4): 339-351.

Sotelo, M., Sangrador, J. (1999). Correlations of self-ratings of attitude towards violent groups with measures of personality, self-esteem, and moral reasoning. Psychological Reports, 84(2): 558-560.

Stoff, D., Breiling, J., Maser, J. (1997). Handbook of antisocial behavior. Hoboken, NJ: John Wiley & Sons Inc.

Straus, M., Hamby, S., Finkelhor, D., Moore, D., Runyan, D. (1998). Identification of child maltreatment with the Parent-Child Conflict Tactics Scales: development and psychometric data for a national sample of American parents. Child abuse and Neglect, 22(4): 249-270.

Straus, M., Hamby, S., McCoy, B., Sugarman, D. (1996). The Revised Conflict Tactics Scales (CTS2). Development and preliminary psychometric data. Journal of Family Issues, 17(3): 283-316.

Thomas, M., Horton, R., Lippincott, E., Drabman, R. (1977). Desensitization to portrayals of real-life aggression as a function of exposure to television violence. Journal of Personality and Social Psychology, 35(6): 450-458.

Torres, M. (2001a). A la entrada del laberinto. Reflexiones en torno a la violencia masculina. Tramas, 17(dic.), 35-49.

Toussaint, F. (1998). Televisión sin fronteras. México: Siglo XXI.

Trzesniewski, K., Donnellan, M., Moffitt, T., Robins, R., Poulton, R., Caspi, A. (2006). Low self-esteem during adolescence predicts poor health, criminal behavior, and limited economic prospects during adulthood. Developmental Psychology, 42(2): 381-390.

Villatoro, J., Hernández, I., Hernández, H., Fleiz, C. Blanco, J. y Medina-Mora, M. (2004). Encuestas de Consumo de Drogas de Estudiantes III 1991-2003 SEP-INPRFM. Disco Compacto. SEP- INPRFM. México. ISBN - 968-7652-43-8

Vilches, L. (1996). La television. Los efectos del bien y del mal. España: Paidós.

Vooijs, M., Van der Voort, T. (1993). Learning about television violence: The impact of a critical viewing curriculum on children's attitudinal judgments of crime series. Journal of Research and Development in Education, 26(3): 133-142.

Walker, H., Colvin, G., Ramsey, E. (1995). Antisocial behavior in school: Strategies and best practices. Belmont, CA: Thomson Brooks/Cole Publishing Co.

Walters, R., Willows, D. (1968). Imitative behavior of disturbed and nondisturbed children following exposure to aggressive and nonaggressive models. Child Development, 39: 79-89.

Weiss, D. (1991). An averaging model for self-esteem. Psychological Reports, 68(1): 333-334.

Werner, E. (1989). High risk children in young adulthood: A longitudinal study from birth to 32 years. American Journal of Orthopsychiatry, 59(2): 72-81.

Wiegman, O., Kuttschreuter, M., Baarda, B. (1992). A longitudinal study of the effects of television viewing on aggressive and prosocial behaviours. British Journal of Psychology, 31(2): 147-164.

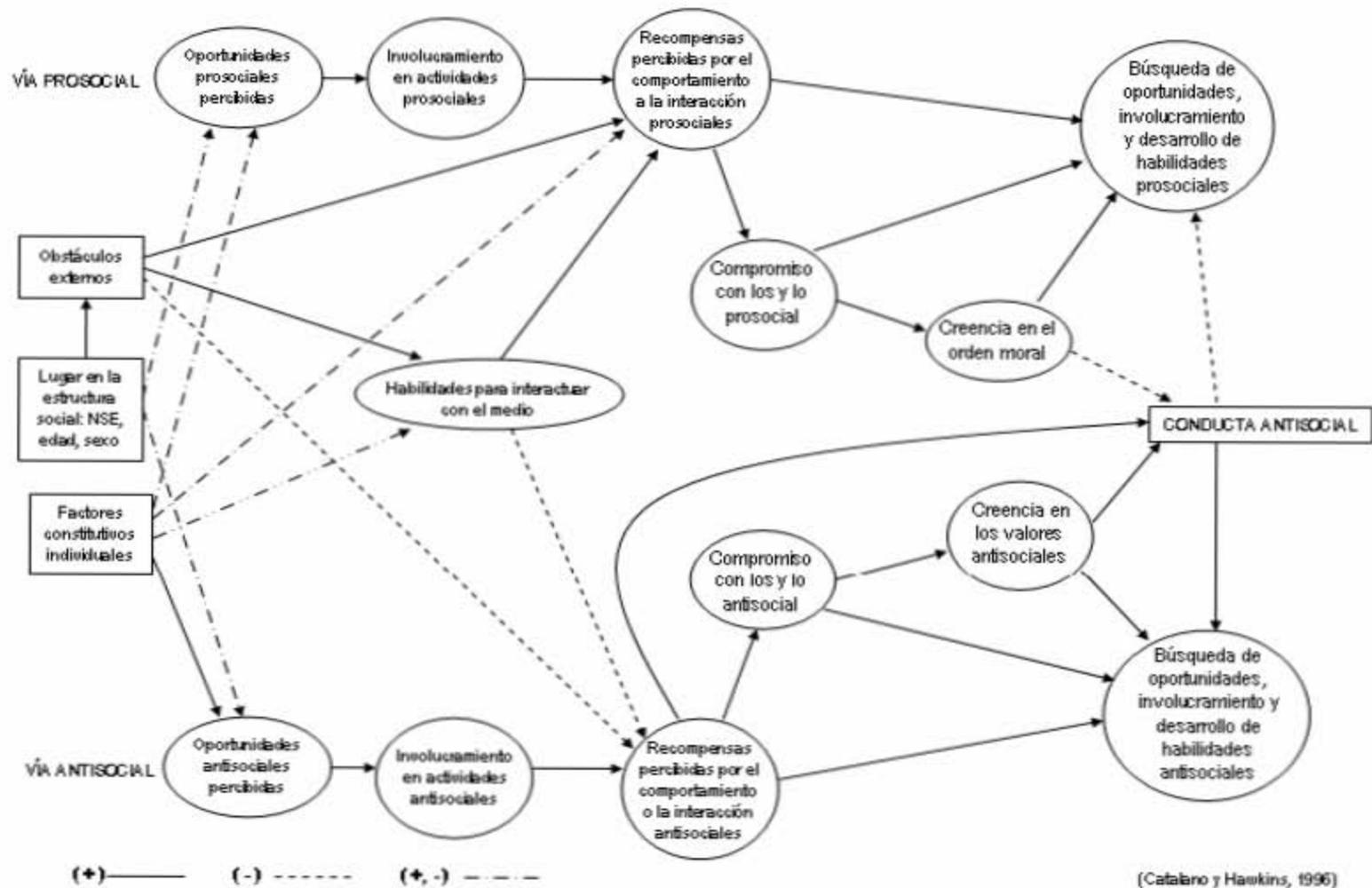
Zarur, A. (1996). El Estado y el modelo de televisión adoptado en México. 1950-1988. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Zylke, J. (1988). More voices join medicine in expressing concern over amount, content of what children see on TV. Journal of the American Medical Association, 260(13). 1831-1832.

Zingler, E. (1994). Early intervention to prevent juvenile delinquency. The Mental Letter. Recuperado de: <http://www.mentalhealth.com/mag1/p5h-ch04.html>. Diciembre 2002.

Apéndice 1

Figura 1. Modelo de desarrollo social



Apéndice 2

Cuadro 1. Resumen de algunos de los estudios realizados

País y año	Autores y título	Sujetos	Tipo de estudio	Instrumentos	Resultados /Conclusiones
Canadá 1968	Imitative behavior of disturbed and non-disturbed children following exposure to aggressive and non-aggressive models. Walters R, Willows D.	48 niños	Experimental	Videos que muestran a una modelo actuando agresivamente, no agresiva y sin modelo. Observadores que califican la conducta de las SS.	La incidencia de conducta agresiva posterior a la exposición a un modelo agresivo fue baja. Los resultados apoyan la hipótesis de que la observación de un modelo agresivo aumenta la probabilidad de mostrar conducta agresiva.
E. U. 1972	Does television violence cause aggression? Eron L, Huesmann R, Lefkowitz M, Walder L.	427 adolescentes	Longitudinal	Cuestionarios para medir conducta agresiva, autoaplicables y contestados por un compañero.	Los hábitos televisivos durante la infancia influyen sobre la conducta agresiva de los sujetos durante esa edad y hasta la adolescencia.
E. U. 1973	Desensitization of children to television violence. Cline V, Croft R, Courier S.	(Exp. I) 80 niños (varones) de entre 5 y 12 años. (Exp. II) 41 niños (varones) de entre 7 y 14 años.	Experimental 2 experimentos	(Exp. I) Entrevista sobre hábitos de exposición. Narco-fisiógrafo Seis para medir la respuesta autónoma. (Exp. II) Entrevista sobre hábitos de exposición. Narco-fisiógrafo Seis para medir la respuesta autónoma y la conductividad de la piel.	Los resultados sugieren que algunos niños que están expuestos por mucho tiempo a la televisión podrían habituarse o desensibilizarse en algún grado a la violencia en general.
E. U. 1974	Does media violence increase children's toleration of real-life aggression? Drabman R, Hanratty M.	44 estudiantes de primaria	Experimental	Observación, después de presentar una película con escenas violentas.	Los niños que vieron la película antes del experimento se mostraron más tolerantes con la violencia que los niños que no vieron la película.
Gran Bretaña 1975	British children and televised violence. Greenberg, B.	726 estudiantes de primaria y secundaria	Transversal	Cuestionario autoaplicable sobre exposición a la televisión y actitudes hacia la agresividad.	Existe relación moderada entre ver programas con alto contenido violento y actitudes agresivas. Las relaciones persisten cuando se elimina la exposición a otro tipo de contenidos y en niños de diferente clase social, edad y raza.
Bélgica 1975	Effects of movie violence on aggression in a field setting as a function of group dominance and cohesion. Leyens J, Camino L, Berkowitz L, Parke R.	85 estudiantes de secundaria, con problemas en la corte o con sus padres.	Experimental	Cuestionarios sobre jerarquía y cohesión dentro del grupo. Opiniones sobre películas violentas.	Se encontró que las películas violentas tienen una asociación moderada con la conducta agresiva de los adolescentes y que ésta varía en casos particulares, además de que ver este tipo de películas no tiene efectos a largo plazo.
E. U. 1976	The role of fantasy in the response to television. Feshbach S.	60 niños	Experimental	Video con violencia presentada como ficticia o real.	Las experiencias de tipo fantástico que presentan algunos programas con contenido agresivo pueden ayudar a controlar o reducir la conducta agresiva.
E. U. 1977	Desensitization to portrayals of real-life aggression as a function of exposure to television violence. Hanratty M, Horton W, Lippincott E, Drabman R.	Estudio 1: 44 niños y niñas 8-10 años. Estudio 2: 59 estudiantes graduados	Experimental	Proyección de películas con contenido de violencia real.	La observación repetitiva de actos violentos en programas de televisión puede resultar sensiblemente emocional a los espectadores y a acciones agresivas similares a las observadas.

País y año	Autores y título	Sujetos	Tipo de estudio	Instrumento	Resultados/Conclusiones
E. U. 1979	Selective exposure to televised violence. Atquin C, Greenberg B, Korzenny F, Mcdermott S.	227 estudiantes de primaria y secundaria	Longitudinal.	Cuestionario respecto a los 29 programas de TV.	La predisposición a la agresión es compatible con la predisposición agresiva del televidente. Los padres pueden efectivamente mediar las predisposiciones de sus hijos.
Canadá 1979	Television viewing and fear of victimization: is the relationship causal? Doob A, Macdonald G.	408 personas de población general mayor de 18 años.	Transversal. Encuesta de hogares.	Cuestionario sobre miedo a ser víctima de algún crimen.	La gente que ve demasiada televisión puede sentir más temor de su ambiente. Esta relación desaparece cuando se intenta controlar otro tipo de variables. Parece que la televisión no es el único elemento ni la causa directa de que la gente desarrolle miedo a la victimización.
E. U. 1981	Television viewing and anxiety: An experimental examination. Bryant J, Carveth R, Brown D.	90 estudiantes universitarios	Experimental	Cuestionarios y 30 horas de programación televisiva..	La exposición prolongada al mundo televisivo lleno de acción y drama puede cultivar en algunos receptores concepciones de una realidad social peligrosa.
E. U. 1982	Parent-child interaction, television violence, and aggression of children. Eron L.	(Long.) 750 niños 6-10 años, seguidos a lo largo de tres años. (Exp.) 169 extraídos de la muestra long.	Longitudinal y experimental	Calificación de pares sobre agresividad, autocalificación de agresividad, conducta con tendencia sexual, escala de fantasía, violencia, realismo y frecuencia de exposición a programas favoritos e identificación con personajes.	La violencia en TV es una causa de conducta agresiva, pero la relación no es unidireccional; es probable que los niños agresivos prefieran programas más violentos. Es posible romper este circuito con intervenciones sencillas.
E. U. 1982	Impact of the introduction of television on crime in the United States: empirical findings and theoretical implications. Hennigan K, Heath L, Wharton J, Del Rosario M, Cook T, Calder B.	100,000 personas población general	Longitudinal.	Indicadores de crimen violento del FBI.	Con la introducción de la TV, se vio un incremento en los crímenes violentos, pero no se puede asegurar que este sea el único motivo del incremento de estos crímenes.
E. U. 1983	Mitigating the imitation of aggressive behaviors by changing children's attitudes about media violence. Huesmann R, Eron L, Klein R, Brice P, Fischer P.	169 estudiantes de 2o y 4o año de primaria.	Experimental	Mediciones de conducta realista, agresividad, preferencia por programas violentos, realismo en televisión e identificación con personajes.	Las actitudes de los SS. cambiaron. Hubo una reducción significativa en la tendencia a portarse agresivo. Ver violencia no correlacionó con la agresividad, pero sí la identificación con los personajes. Se puede reducir el efecto de la televisión sobre la agresividad; los niños están aprendiendo a ser agresivos gracias a la violencia que consumen de la TV.
E. U. 1983	Age trends in the development of aggression sex typing, and related problems. Eron L, Huesmann R, Brice P, Fischer P, Mermelstein R.	758 niños de primaria	Longitudinal	Índice de evaluación de pares, autoevaluaciones, entrevistas para medir el realismo de los programas.	Existen tendencias marcadas por la edad en cuanto al desarrollo de estas conductas. Existe un periodo de sensibilidad durante el cual el efecto de la televisión puede ejercer mayor influencia.
E. U. 1983	Effects of realistic TV violence vs. fictional violence on aggression Atkin C.	98 estudiantes de primaria con edad promedio 11 años.	Experimental	Escena de una pelea entre dos estudiantes, mostrada ficticia y como real. Cuestionario para medir las reacciones al programa y la agresividad.	Cuando un incidente se presenta como un hecho real tiene mayor impacto sobre la agresividad que si se presenta como algo ficticio. Ambos tipos de mensaje incrementan los niveles de agresividad.

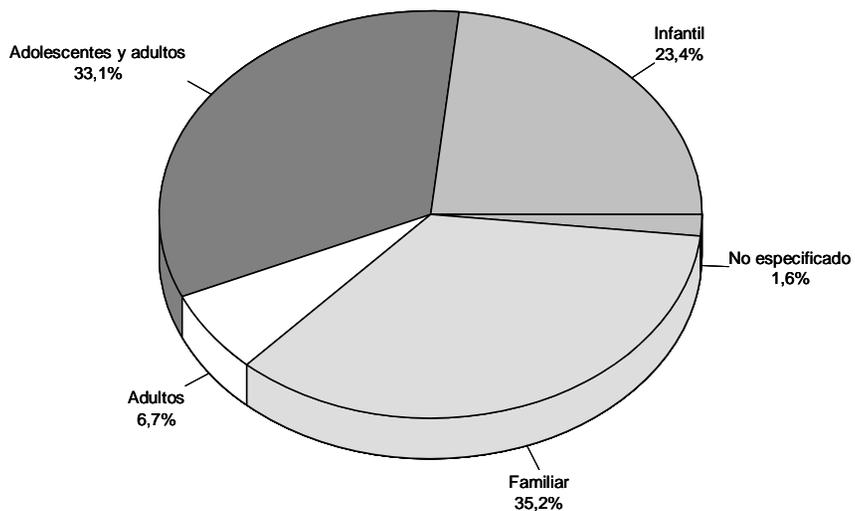
País y año	Autores y título	Sujetos	Tipo de estudio	Instrumento	Resultados/Conclusiones
E. U. 1983	The impact of mass media violence on U. S. homicides. Phillips D.	1825 casos de homicidios en archivos.	Longitudinal.	Se utilizó una escala de análisis de regresión.	Los datos presentados indicaron que la violencia en los medios de publicidad provoca agresión en el mundo real.
Canadá 1987	Television violence and children's aggression: testing the priming, social script, and dishinhibition predictions Josephson W.	396 niños de primaria	Experimental	Escala de evaluación de la agresividad. Extractos de programas violentos y observadores de la conducta agresiva en una situación de juego.	El contenido violento de la televisión incrementa la conducta agresiva (efecto de desinhibición) en los sujetos con puntajes elevados de agresividad característica y quienes están en esta situación se comportan de modo más agresivo si son expuestos programas violentos y a estímulos de este tipo.
E. U. 1989	Psychological desensitization and judgments about female victims of violence. Linz D, Donnerstein E, Adams S.	63 estudiantes de Psicología de la Universidad de Wisconsin	Experimental.	Escala Rape Myth. Acceptance (RMA), (inventario cultural que refleja hostilidad en víctimas de ataque sexual). Escalas de hostilidad, ansiedad y depresión.	La exposición prolongada a materiales de violencia sexual puede causar desensibilización ante las víctimas de este tipo de violencia.
E. U. 1992	Television viewing, aggression, and ethnicity. Harris M.	416 estudiantes universitarios	Transversal	Cuestionario sobre experiencias de agresión con una parte sobre programas favoritos.	No existe una relación significativa entre ver televisión y la agresividad manifiesta cuando se incluyen variables como el sexo, la etnicidad y la educación en una muestra de adultos jóvenes.
Holanda 1993	Learning about television violence: the impact of a critical viewing curriculum on children's attitudinal judgments of crime series. Vooijs M, Van Der Voort T.	437 estudiantes de 4º, 5º y 6º de primaria.	Experimental	Pruebas para medir: disposición para ver violencia, aprobación de la violencia, realidad percibida en las películas violentas, conocimientos generales, agresividad, tiempo frente al televisor, preferencia por programas violentos e identificación con los personajes.	El estudio muestra que los niños pueden adquirir una actitud más crítica hacia la violencia en TV.
E. U. 1994	Children's toleration of real-life aggression after exposure to media violence: a replication of the Drabman and Thomas studies. Molitor F, Hirsch K.	42 estudiantes de 4º y 5º de primaria.	Experimental	Escenas de una película de acción y de una riña entre un niño y una niña.	La violencia en los medios produce un efecto de tolerancia en los niños; éstos tienden a tolerar la violencia en los otros, más aún si la han visto en la televisión o en las películas.
E. U. 1994	National Television Violence Study. Smith S, Wilson B, Kunkel D, Linz D, Potter J, Colvin C, Donnerstein E, Bernhardt J, Brown J, Golden S, Wartella E, Whitney C, Lasorsa D, Danielson W, Olivarez A, Jennings N, López R, Cantor J, Nathanson A, Federman J.	10,000 horas de programación televisiva. 1,600 adolescentes que participaron en cinco experimentos	Longitudinal Transversal	Análisis de Contenido Encuesta	Se encontró como efecto, además de la agresividad en las actitudes y conductas, el miedo y la desensibilización.

País y año	Autores y título	Sujetos	Tipo de estudio	Instrumento	Resultados/Conclusiones
E. U. 1995	Moderating role of trait aggressiveness in the effects of violent media on aggression. Bushman, B.	Estudio 1: 420, estudio 2: 160y estudio 3: 738 graduados en Psicología de la Universidad de Iowa.	Experimental.	Estudio 1: Cuestionario de agresión, inventario de hostilidad Estudio 2: Inventario de hostilidad. Películas. Estudio3: Subescala de agresión física del cuestionario de agresión Medidas de la presión sanguínea y del corazón, monitoreada y capturada en computadora.	Los resultados indican que la violencia en los medios produce conductas agresivas individualmente. Muestran los efectos como repercusiones individuales y no generales.
México 1995	El miedo a la victimización y su relación con los medios masivos de comunicación. Ramos, L., Saltijeral, M., Saldivar, G.	600 personas de población general	Transversal.	Escala de inseguridad percibida y Escala de miedo a la victimización.	Concluyen que la prensa es un factor influyente en el miedo de las personas.
H. Kong 1996	Television viewing and mean world value in Hong Kong's adolescents. Cheung, C., Chan, C.	402 estudiantes de preparatoria	Transversal	Cuestionario sobre hábitos televisivos y opiniones sobre los contenidos.	Los resultados muestran un efecto de cultivación relativamente fuerte, es muy probable que la televisión transmita una perspectiva del mundo como un lugar malo.
E. U. 1996	Children's fright reactions to television news. Cantor, J., Nathanson, I.	285 niños de preescolar y primaria.	Transversal	Cuestionario relativo a televisión. Índice construido a partir de opiniones de los padres.	Los hallazgos revelaron que la mayoría de los niños tienen una notoria reacción de temor a las noticias de televisión que muestran violencia entre extraños.
Gran Bretaña 1997	The psychological impact of negative TV news bulletins: the catastrophizing of personal worries. Johnston, W., Davey, G.	30 estudiantes universitarios	Experimental	Videos con noticias catalogadas como positivas, neutras o negativas. Inventario de Depresión de Beck y Cuestionario sobre Preocupación de Penn State, además de mediciones de ansiedad, depresión y preocupación patológica.	La carga negativa en el contenido de los programas de televisión puede exacerbar un rango de preocupaciones personales y ansiedades.

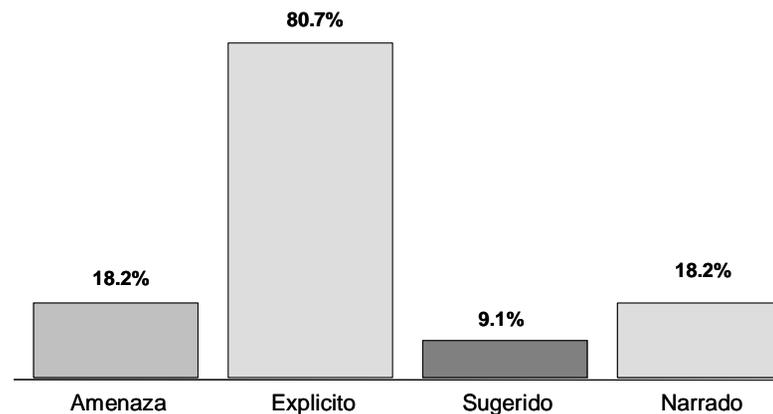
Apéndice 3

Datos de la clasificación de programas y la violencia que presentan

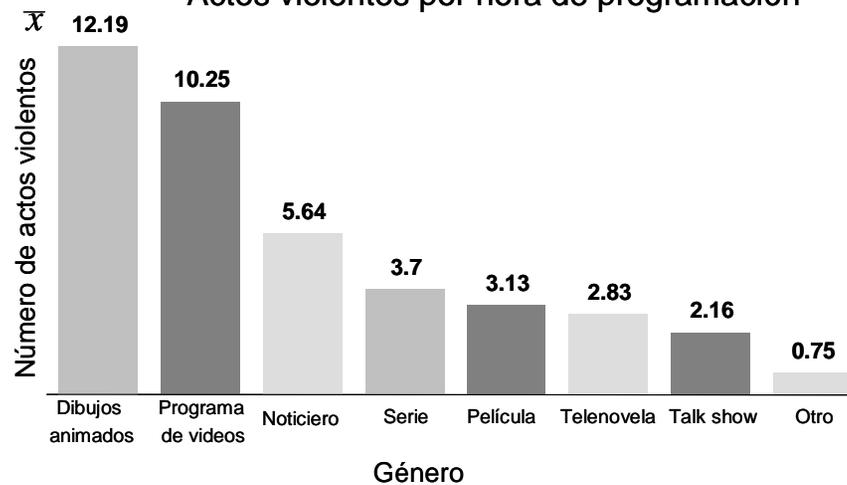
Clasificación de los programas



Modo en que se presenta la violencia



Actos violentos por hora de programación



ANEXO

PRESENTACIÓN

Este cuestionario se está aplicando como parte de una investigación sobre asuntos relacionados con los estudiantes y se está realizando en varias escuelas de la ciudad de México. Las preguntas que se te hacen a continuación tienen que ver con datos generales como tu edad, sexo, grado escolar, etcétera. Otras están relacionadas con tu familia, con tus gustos sobre televisión y algunas más sobre comportamientos que a veces tienen los jóvenes.

Para nosotros es muy valioso conocer tu opinión y tu experiencia, por eso es muy importante que procures contestar todas las preguntas de la forma más sincera y cuidadosa. Toda la información que nos proporciones será completamente anónima (no te preguntamos tu nombre, ni tu número de lista) y no habrá forma alguna de identificar a las personas que respondan el cuestionario.

Por favor lee con atención las instrucciones antes de comenzar a responder.

INSTRUCCIONES

Considera que **ESTO NO ES UN EXAMEN**, por lo tanto **NO EXISTEN RESPUESTAS CORRECTAS O INCORRECTAS**. Lee con atención y responde con cuidado y sinceridad a las preguntas.

En cada pregunta busca la respuesta que resulte más adecuada para ti, márcala con una cruz o un círculo sobre el número que se encuentra a un costado. En algunas preguntas tendrás que escribir tu respuesta completa. Recuerda que debes leer con atención las preguntas antes de contestar. Evita escribir fuera de los recuadros. En caso de que tengas alguna duda, pregunta con toda confianza a la persona que te entregó el cuestionario.

EJEMPLO

En la mayoría de las preguntas deberás escoger sólo una opción de respuesta, sin embargo, hay otras en las que podrás elegir más de una, en cada caso se te indicará antes de que contestes.

A continuación te presentamos un ejemplo sobre cómo contestar a las preguntas. Recuerda que puedes utilizar una cruz (X) o un círculo (O) para indicar tu respuesta.

¿Has comido tortillas en los últimos 30 días?	No.....1 Sí, entre 1 y 5 días.....2 Sí, entre 6 y 19 días.....3 Sí, durante 20 o más días.....4
---	--

SECCIÓN 1

Primero nos gustaría tener un poco de información sobre ti y tu familia. Escoge la opción que mejor describa tu situación.

DM1. Tú eres	Hombre.....1
	Mujer.....2

DM2. ¿Cuántos años tienes?	_____
----------------------------	-------

DM3. ¿En qué grado escolar estás? (especifica si es prepa o secundaria)	_____
---	-------

DM4. Tu escuela es	Pública.....1
	Particular.....2

DM5. ¿Cómo se llama tu colonia?	_____
---------------------------------	-------

DM6. ¿En qué delegación está?	_____
-------------------------------	-------

DM7. Tu casa es	Propia.....1
	Rentada.....2

DM8. Tu casa está construida principalmente con	Madera.....1
	Ladrillos y cemento....2
	Lámina.....3
	Otro.....4

DM9. ¿Vives con tu papá? (o alguna persona lo sustituye)	Vivo con mi papá.....1
	Lo sustituye un familiar.....2
	Lo sustituye otra persona.....3
	No vivo con mi papá y nadie lo sustituye.....4

DM10. ¿Vives con tu mamá? (o alguna persona la sustituye)	Vivo con mi mamá.....1
	La sustituye un familiar.....2
	La sustituye otra persona.....3
	No vivo con mi mamá y nadie la sustituye.....4

DM11. ¿Quiénes viven en tu casa? (marca a quienes SI)	a) Papá o sustituto b) Mamá o sustituta c) Hermanos d) Otros familiares e) Amigos f) Otros
DM12. De las personas que viven en tu casa, ¿quiénes trabajan y aportan dinero para mantener a tu familia? (marca a quienes SI)	a) Papá o sustituto b) Mamá o sustituta c) Hermanos d) Otros familiares e) Amigos f) Otros
DM13. ¿Cuál de las personas que viven en tu casa da más dinero para el gasto familiar?	a) Papá o sustituto b) Mamá o sustituta c) Hermanos d) Otros familiares e) Amigos f) Otros

SECCIÓN 2

Nos gustaría conocer algunos datos sobre la forma en que ves televisión y los programas que más te gustan

TV1. ¿Cuántas televisiones que funcionen hay en tu casa?	Ninguna.....	1
	Una.....	2
	Dos.....	3
	Tres.....	4
	Cuatro o más.....	5

TV2. ¿En qué lugar o lugares de tu casa hay televisión?	a) Sala b) Comedor c) Recámara de adultos d) En tu recámara e) Estudio f) Cocina g) Otro
---	--

TV3. ¿Acostumbas ver la televisión, aunque sea de vez en cuando?	(1) Sí (2) NO (pasa a la sección 3)
--	--

TV4. ¿Cuáles son tus tres programas favoritos?	1. _____ 2. _____ 3. _____
--	----------------------------------

TV5. ¿Con quién sueles ver la televisión? (marcar una opción en cada caso)	Siempre	Casi siempre	Algunas veces	Nunca
a) Con mi papá o la persona que lo sustituye	1	2	3	4
b) Con mi mamá o la persona que la sustituye	1	2	3	4
c) Con mi papá y mi mamá	1	2	3	4
d) Con mis hermanos	1	2	3	4
e) Con mi novia/novio	1	2	3	4
f) Con mis amigos	1	2	3	4
g) Con otras personas	1	2	3	4
h) Solo/sola	1	2	3	4

TV6. Acostumbas comentar sobre lo que ves en la TV	Sí1 NO.....2 (pasa a la pregunta TV8)
--	--

TV7. ¿Con quién y con qué frecuencia lo comentas? (marca una opción en cada caso)	Siempre	Casi siempre	Algunas veces	Nunca
a) Con mi papá o sustituto	1	2	3	4
b) Con mi mamá o sustituta	1	2	3	4
c) Con mis papás	1	2	3	4
d) Con mis hermanos	1	2	3	4
e) Con mi novia/novio	1	2	3	4
f) Con mis amigos	1	2	3	4
g) Con otras personas	1	2	3	4

TV8. ¿Hay alguna regla para ver la televisión en tu casa?	(1) Sí (2) NO
---	------------------

TV9. ¿En qué otro lugar ves TV, además de tu casa? (puedes marcar más de una opción)	a) En casa de algún familiar b) En casa de algún amigo c) En casa de mi novia/novio d) En la escuela e) En el trabajo f) En otro lugar f) En ningún otro lugar
--	--

(En las siguientes preguntas no es necesario que sepas el número exacto de horas, es suficiente si nos dices un aproximado)

TV10. Más o menos ¿cuántas horas de televisión ves en un día normal entre semana (de lunes a viernes)? _____

TV11. Más o menos ¿cuántas horas de televisión ves en sábado? _____

TV12. Más o menos ¿cuántas horas de televisión ves en domingo? _____

TV13. Más o menos ¿cuántas horas de televisión ves a la semana? _____

SECCIÓN 3

Ahora queremos que nos contestes algunas preguntas para conocer cómo es la relación que **TU PAPÁ y TU MAMÁ** (o las personas que los sustituyen) tienen contigo. Por favor, marca sólo una opción de respuesta en cada afirmación.

Por lo regular, tu mamá, tu papá o quien los sustituye	TU MAMÁ				TU PAPÁ			
	Siempre	Casi siempre	A veces	Nunca	Siempre	Casi siempre	A veces	Nunca
RMP1. Te demuestra afecto o cariño.	1	2	3	4	1	2	3	4
RMP2. Realiza alguna actividad agradable contigo.	1	2	3	4	1	2	3	4
RMP3. Habla contigo sobre tu vida (planes, amigos, juegos).	1	2	3	4	1	2	3	4
RMP4. Habla contigo sobre tus problemas.	1	2	3	4	1	2	3	4
RMP5. Se muestra interesado en ayudarte.	1	2	3	4	1	2	3	4
RMP6. Demuestra que se preocupa por ti.	1	2	3	4	1	2	3	4
RMP7. Trata de darte lo que necesitas.	1	2	3	4	1	2	3	4
RMP8. Es justo contigo.	1	2	3	4	1	2	3	4
RMP9. Te expresa el amor que siente por ti.	1	2	3	4	1	2	3	4
RMP10. Sabe a donde vas cuando sales.	1	2	3	4	1	2	3	4
RMP11. Sabe con quien estás cuando sales.	1	2	3	4	1	2	3	4
RMP12. Le gusta hablar contigo sobre las cosas que haces.	1	2	3	4	1	2	3	4
RMP13. Te obliga a llegar a tu casa siempre a la hora fijada.	1	2	3	4	1	2	3	4
RMP14. Habla contigo sobre tus inquietudes sexuales.	1	2	3	4	1	2	3	4
RMP15. Te dice que las relaciones sexuales deben ser hasta la edad adulta.	1	2	3	4	1	2	3	4

Quisiéramos saber qué tan seguido **TU PAPÁ y TU MAMÁ** (o las personas que los sustituyen) han mostrado alguna de las siguientes conductas durante el ÚLTIMO AÑO (últimos 12 meses), cuando se han enojado contigo. Por favor, marca sólo una opción de respuesta en cada afirmación.

¿Cuántas veces tu mamá, tu papá (o sustitutos) hicieron alguna de estas cosas?	TU MAMÁ				TU PAPÁ			
	Nunca	A veces	Con frecuencia	Con mucha frecuencia	Nunca	A veces	Con frecuencia	Con mucha frecuencia
VMP1. Te explicó por qué estaba mal algo que hiciste.	1	2	3	4	1	2	3	4
VMP2. Te mandó a tu cuarto.	1	2	3	4	1	2	3	4
VMP3. Te sacudió o zarandeó.	1	2	3	4	1	2	3	4
VMP4. Te pegó en las nalgas con un cinturón u otro objeto.	1	2	3	4	1	2	3	4
VMP5. Te puso a hacer otra cosa.	1	2	3	4	1	2	3	4
VMP6. Te gritó o te dijo las cosas a gritos.	1	2	3	4	1	2	3	4
VMP7. Te dio de puñetazos o te pateó fuerte.	1	2	3	4	1	2	3	4
VMP8. Te dio de nalgadas.	1	2	3	4	1	2	3	4
VMP9. Te agarró del cuello y te lo apretó.	1	2	3	4	1	2	3	4
VMP10. Te dijo groserías, renegó de ti o te maldijo.	1	2	3	4	1	2	3	4
VMP11. Te pegó demasiado (te dio una golpiza).	1	2	3	4	1	2	3	4
VMP12. Te dijo que te iba a correr de la casa.	1	2	3	4	1	2	3	4
VMP13. Te quemó a propósito.	1	2	3	4	1	2	3	4
VMP14. Te amenazó con pegarte, aunque lo hizo.	1	2	3	4	1	2	3	4
VMP15. Te pegó en alguna parte del cuerpo, que no fueran las nalgas, con un cinturón u otro objeto.	1	2	3	4	1	2	3	4
VMP16. Te pegó en la mano, el brazo o la pierna.	1	2	3	4	1	2	3	4
VMP17. Te suspendió algunos de tus privilegios o te castigó.	1	2	3	4	1	2	3	4
VMP18. Te pellizcó.	1	2	3	4	1	2	3	4
VMP19. Te amenazó con un cuchillo o una pistola.	1	2	3	4	1	2	3	4
VMP20. Te tiró de un golpe.	1	2	3	4	1	2	3	4
VMP21. Te dijo que eras estúpido(a) o algún otro insulto.	1	2	3	4	1	2	3	4
VMP22. Te dio una cachetada o un golpe en la cabeza.	1	2	3	4	1	2	3	4

SECCIÓN 4

VIOLPM: VPM1-VPM19

Todas las familias tienen conflictos y los resuelven de formas diferentes. No importa qué tan bien se lleven tus padres en su relación, hay ocasiones en que no están de acuerdo en alguna cosa o se enojan entre ellos. Ahora quisiéramos saber que ha hecho TUS PADRES (o sustitutos) cuando han tenido alguna dificultad en el ÚLTIMO AÑO. Por favor, marca sólo una opción de respuesta en cada afirmación.

¿Con qué frecuencia TUS PADRES (o sustitutos) hicieron alguna de estas cosas cuando se enojaron?	TU MAMÁ CON TU PAPÁ			
	Nunca	A veces	Con frecuencia	Con mucha frecuencia
VPM1. Discutió el problema de manera calmada.	1	2	3	4
VPM2. Le explicó su punto de vista sobre el problema.	1	2	3	4
VPM3. Trajo o intentó traer a alguien que ayudara a arreglar las cosas.	1	2	3	4
VPM4. Le insultó, le maldijo o le dijo groserías.	1	2	3	4
VPM5. Se puso de malas o rechazó hablar sobre el problema.	1	2	3	4
VPM6. Le corrió a gritos del cuarto o la casa.	1	2	3	4
VPM7. Lloró.	1	2	3	4
VPM8. Hizo o dijo algo para molestarle.	1	2	3	4
VPM9. Destruyó, rompió o golpeó algún objeto.	1	2	3	4
VPM10. Le amenazó con pegarle con algún objeto.	1	2	3	4
VPM11. Le aventó algún objeto.	1	2	3	4
VPM12. Le empujó contra objetos, el piso o las paredes.	1	2	3	4
VPM13. Le dio de cachetadas.	1	2	3	4
VPM14. Le pateó, o le dio de puñetazos.	1	2	3	4
VPM15. Le pegó o trató de pegarle con algún objeto.	1	2	3	4
VPM16. Le dio una golpiza.	1	2	3	4
VPM17. Le quemó.	1	2	3	4
VPM18. Le amenazó con un cuchillo o pistola.	1	2	3	4
VPM19. Usó un cuchillo o una pistola contra él (ella).	1	2	3	4

	TU PAPÁ CON TU MAMÁ			
	Nunca	A veces	Con frecuencia	Con mucha frecuencia
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	
1	2	3	4	

SECCIÓN 5

ACTANT: ANT1-ANT20

Ahora necesitamos hacerte algunas preguntas sobre cosas que a veces la gente hace. Nos gustaría saber si tú haces o has hecho alguna de éstas en el ÚLTIMO AÑO (12 meses). Debes leer con atención cada una de las siguientes afirmaciones.

¿Has realizado alguna de las siguientes actividades en el ÚLTIMO AÑO (últimos 12 meses)?	SÍ	NO
ANT1. Traer un objeto filoso, un arma o un palo para usarlo en caso de que haya una pelea.	1	2
ANT2. Atacar a alguien usando algún objeto (arma, cuchillo, palo, piedras, etc.).	1	2
ANT3. Decir mentiras para faltar a la escuela o librarte de algún problema.	1	2
ANT4. Maltratar a los animales.	1	2
ANT5. Pasar la noche fuera de tu casa sin permiso.	1	2
ANT6. Tomar un auto sin permiso del dueño.	1	2
ANT7. Golpear o dañar a propósito algún objeto o propiedad que no te pertenece.	1	2
ANT8. Vender drogas.	1	2
ANT9. Tomar dinero o cosas con un valor menor de 500 pesos que no te pertenecen.	1	2
ANT10. Tomar dinero o cosas con un valor mayor de 500 pesos que no te pertenecen.	1	2
ANT11. Golpear o herir a propósito a otra persona.	1	2
ANT12. Forzar cerraduras para entrar sin permiso a un lugar que no sea tu casa.	1	2
ANT13. Tomar parte en riñas o peleas.	1	2
ANT14. Prender fuego a propósito a objetos que no te pertenecen.	1	2
ANT15. Golpear o herir a algún representante de la autoridad (maestros, policías, vigilantes, etc.).	1	2
ANT16. Tomar mercancía de una tienda sin pagarla (sin causar daños).	1	2
ANT17. Usar un cuchillo o una pistola para obtener algún objeto de otra persona.	1	2
ANT18. Molestar o insultar a otras personas sin motivo.	1	2
ANT19. Entrar sin permiso y a escondidas a un lugar que no sea tu casa.	1	2
ANT20. Enfrentar a otra persona para despojarla de sus pertenencias	1	2

SECCIÓN 6

AUTOEST: AE1-AE10

Para terminar, te presentamos algunas afirmaciones y queremos que nos digas qué tan de acuerdo estas con cada una. Léelas con atención y marca sólo una opción de respuesta en cada afirmación.

	Totalmente de acuerdo	De acuerdo	En desacuerdo	Totalmente en desacuerdo
AE1. Siento que soy una persona que vale al menos como los demás. ®	1	2	3	4
AE2. Siento que tengo buenas cualidades. ®	1	2	3	4
AE3. En general, me inclino a pensar que soy un fracaso.	1	2	3	4
AE4. Soy capaz de hacer las cosas tan bien como los demás. ®	1	2	3	4
AE5. Siento que no tengo mucho de qué estar orgulloso(a). ®	1	2	3	4
AE6. Tengo una actitud positiva hacia mí mismo(a)	1	2	3	4
AE7. En general, estoy satisfecho(a) conmigo mismo(a). ®	1	2	3	4
AE8. Desearía poder tener más respeto por mí mismo(a).	1	2	3	4
AE9. A veces me siento inútil.	1	2	3	4
AE10. A veces pienso que soy un(a) bueno(a) para nada.	1	2	3	4

¡MUCHAS GRACIAS POR TU VALIOSA COOPERACIÓN!